

JOSÉ LUIS ZÁRATE

XANTO

NOVELUCHA LIBRE



Lectulandia

Sin proponérselo, Arturo Villalobos, un simple maestro de literatura, se transforma en el más famoso luchador de todos los tiempos: El Xanto, ídolo de las multitudes. El fin del mundo y la aniquilación de la realidad están próximos, y sólo el Xanto puede salvarnos, con ayuda de algún esoterista y otros enmascarados del *ring*.

Una ingeniosa y trepidante historia llena de acción y humor, escrita por uno de los autores más reconocidos de la literatura fantástica mexicana.

Lectulandia

José Luis Zárate

Xanto

Novelucha libre

ePub r1.0

Titivillus 20.10.17

Título original: *Xanto: Novelucha libre*
José Luis Zárate, 1994

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

**37.- XANTO* TÉCNICO
EL LUCHADOR DE LAS MULTITUDES**

* ANVERSO Y REVERSO DE LA ESTAMPA 37 “**MIS LUCHADORES FAVORITOS**”, ALBUM EDITADO EN MÉXICO DISTRITO FEDERAL EN EL AÑO DE 1976.

*Dedico esta novela al Enmascarado de Plata
que me enseñó que toda irrealidad es posible*

“habitantes de sombras hambrientas saben lo que nosotros ignoramos:

La realidad es humo”

Martín Díaz

La Vera Historia De Los Bolcanes De La Nueva España

Primera edición Junio 1753

(quemada por la Inquisición en Agosto del mismo año)

PRÓLOGO

La ciudad ardía. Las llamas giraban sobre sí mismas, crepitando, hablando su idioma de fuego. El cielo estaba a punto de ser incendiado por el calor. Los automóviles habían decidido que era el momento de contribuir al caos general y estallaban elevándose como si algo gigantesco les hubiera dado una patada en la cajuela.

Los supervivientes no deseaban tener nada que ver con un incendio tan espléndido, y huyeron despavoridos sin detenerse a admirar los cuartos en llamas. En ellos parecía que se efectuaba un congreso de poltergeist flamígeros que destruían aquello que tocaban, y estaban dispuestos a tocarlo todo, saltando por las ventanas, bailando con el fuego y llamando a todas las puertas. Era un grupo con mucha iniciativa. Y aún así no se atrevían a entrometerse en territorios del Visitante, el ser de los mil ojos, devorador de mundos. El humo se desviaba para no tocar a ese ser, el calor prefería dejarle sitio al frío. El ojo del huracán de llamas, un sitio oscuro en donde reinaba su terrible morador.

Quienes huyeron no tenían, en ese instante, el don de la perspectiva. Según su punto de vista, el mundo se acababa en ese instante. Pero después de todo, viéndolo fríamente (que, por cierto, era la única forma en que podía verlo el Visitante: fría, calculadora, pragmáticamente) todo ese alboroto no era más que una ciudad arrasada. Unos pocos kilómetros en un mundo terriblemente ancho. Un buen inicio que no sería excelente hasta que el planeta entero estuviera envuelto en ese fuego purificador. De saber cómo hacerlo habría sonreído, feliz. Pero el Visitante estaba anatómicamente imposibilitado para ello.

La devastación era su territorio y el desastre su trono.

Pero algo, alguien, caminaba a su encuentro, una figura extraña aún en ese entorno. El calor infernal tal vez justificara que el hombre que se aventuraba en la tormenta de llamas tuviera el pecho descubierto, y la máscara podía ser un buen sistema para filtrar el aire sobrecalentado, y las botas plateadas daban el aspecto de estar hechas del incombustible amianto, pero... ¿qué decir de la magnífica capa que ondeaba detrás de él? Una capa que flameaba con suavidad, enmarcándolo heroicamente. Un hombre, sólo eso, sin armas, pero avanzando como si con él fuera más que suficiente para enfrentarse a algo cuyo poder era casi infinito.

¿Y por qué no?

El hombre entre el fuego, dirigiéndose hacia la oscuridad donde moraba el Visitante no era otro que Xanto, El Luchador de Las Multitudes.

EN ESTA ESQUINA...

I

—Vas a morirte —dijo Gaffé a nadie en particular, refiriéndose a todos: a la gente que rodeaba la entrada del metro Insurgentes, a los puesteros que atiborraban el lugar, al sol de las cuatro de la tarde del DF, a los 234 puntos IMECA que presionaban sobre sus pulmones, al asfalto caliente, al embotellamiento cercano, a los ruidos que se apretujaban tanto como la gente, a un perro que miraba un puesto de tacos con aspecto suicida.

—Vas a morirte —dijo Gaffé, a sí mismo.

Sintió frío. Nostalgia de lo que estaba a punto de desaparecer. Miró todo a su alrededor como quien ve un álbum de viejas fotos. La muerte no iba a ser súbita. No hay manera de hacer la muerte súbita. Todos ellos verían al horizonte incendiarse, testigos de la caída del mundo.

El mundo que Gaffé había derribado.

Con un suspiro se adentró entre la gente. Siempre le desagradó el roce con otras personas, el sentir palpitantes vidas a su alrededor. Hoy quiso abrazarlas, darles a todos un beso de despedida. Incluso al perro.

Gaffé se detuvo ante un puesto de casetes piratas. Desde una grabadora puesta a todo volumen, un muerto le hablaba:

—*Para llegar al cielo, para llegar al cielo se necesita... una escalera grande y otra chiquita...*

Richie Valens. Se desplomó en una avioneta y ardió al final.

Un cantante menos. Pero su voz seguía ahí. Viva pero muerta.

Se supone que los muertos saben más que los vivos. Miles de civilizaciones les han preguntado, mediante ceremonias execrables, sobre el conocimiento que sólo puede adquirirse en ultratumba.

Se necesita... una escalera grande y otra chiquita...

¿Y para salvar al mundo qué se necesita? Primero, por supuesto, que estuviera en peligro.

¿Y cómo hacérselo saber a quienes lo rodeaban? *Fíjese señor, que va a ser masacrado.* Peor que masacrados, las ciudades van a hervir, y hordas de aberrantes seres de múltiples rostros destruirán la Realidad.

Sí, sí, claro, contestarían. Tal vez alguien lo apartara de un empujón, o incluso le diera un par de monedas para que dejara de molestar.

El mundo *estaba* en peligro. Y Gaffé contribuyó decididamente a que lo estuviera. Deseaba que no quedara nada de la humanidad, que la sangre inundara los mares y convirtiera a la Tierra en un mundo rojo. Pero ya no. Se había arrepentido. Más que eso. Deseaba impedir aquello que estaba en marcha.

No podía permitir que ardieran los 231 casetes diferentes de rock que ofrecían junto, los cientos de colgajos de alambre, el tipo que ofrecía *tatuajes que no se*

despintan, o calcomanías de lujo, ni los desayunos triples a sólo 2 pesos, ni el rumor eterno de la multitud, tan pesado como la atmósfera.

Actividades que no tenían que ver con él, que se desarrollaron siempre lejos. Cuando quiso derribarlos no le importaban, ahora que pretendía que continuaran eran suyos: le pertenecían porque debía salvarlos.

Gaffé puso en manos de locos un poder inmenso, fuera de toda proporción: las claves de las Puertas.

Gaffé quiso ponerse junto al tipo que vociferaba las virtudes de un montón de aparatos eléctricos hongkoneses. Explicar, a voz de grito, no lo bueno que son unos *walkman* con *compact disc* integrado y radio banda civil, sino que el mundo es únicamente una dimensión. Pasen, admiren los modelitos, y el concepto de que la realidad en la cual nos movemos, el Universo del que formamos parte, simplemente son una porción del Todo. Hay otras realidades, otros universos, diferentes dimensiones. Otros *walkmans*.

Pero Gaffé no va a explicar nada. ¿Cómo decir que, por fortuna, cada dimensión se encuentra aislada de las demás? Es una suerte y pocos lo saben. Cerca de nosotros hay universos poblados de seres cuya idea de “pasar un buen rato” es cometer algún genocidio.

Las Puertas protegen a los Universos de las otras dimensiones. Cuando están cerradas nada puede entrar a la Realidad desde los otros mundos. Pero si se abrieran...

Como se estaban abriendo.

Universos oscuros donde estrellas hambrientas desangran planetas...

El esoterista se deslizó entre la gente, sintiéndose culpable. *Disculpe por asesinarlo, perdón no quise matarlo. Sabe... me sentía mal, odiaba al mundo, fui maltratado demasiadas veces por la Realidad y decidí que el mejor modo para olvidarme de todo ello era terminando con la humanidad. Si se terminaba podría librarme de mi pasado de la pesada sonrisa de mi padre, del recuerdo de tantas humillaciones.*

Pero no había excusa posible. Lo único que podía hacer, para redimirse, era impedirlo.

Sólo entonces no tendría sentido ya la culpa. El despertarse de repente, y decirse que se estaba comportando como su padre. Él habría destruido al mundo sin remordimientos. *¿Pa'que son pendejos?*, habría dicho.

Debía salvar al mundo.

Y para salvar al mundo se necesita...

Un héroe. *El* héroe. O, más propiamente dicho, **EL HÉROE**.

¿Pero qué sabía de héroes un hombre que pasó toda su vida rodeado de libros monstruosos, estudiando blasfemas ceremonias escritas en lenguas afortunadamente muertas o masacradas?

Era capaz de llamar al mismo demiurgo de Providence, al místico Howard

Phillips Lovecraft. Pero ¿qué caso tenía?

Era demasiado tarde para detener los conjuros.

Miles de hombres y mujeres (que se llamaban a sí mismo Los Convocantes), estaban abriendo en mil lugares del mundo Las Puertas para que un ser de otra dimensión penetrara en nuestro mundo.

Ese ser tenía una misión simple y sencilla: destruir a la Tierra, y a la humanidad entera.

Necesitaba a alguien capaz de enfrentarse al ser. Al *Visitante* de los universos insanos.

Por ello, para detenerlo, realizó ceremonias terribles, pactos con criaturas del submundo. Llenó de poder un objeto que le traería al Héroe. Lo dejó en medio de la ciudad donde iba a realizarse la Ceremonia Última, el lugar desde el cual iba a comenzar el fin del mundo.

Un objeto banal, inocentemente conocido. Un objeto que transferiría a otro la posibilidad de traer al Héroe. De haber minas metafísicas listas a destruir a quien realizara un llamado, sería otro quien muriese, o fuera destrozado por las criaturas.

Mientras Gaffé se hundía en las seguras profundidades del metro, se arrepintió un poco de ello. Pero era necesario. Sólo él podía detener el holocausto. Él, y el Héroe.

Fue por eso que envenenó un videocasete.

II

El miércoles es mi día libre. En realidad no, pero, qué diablos. El mundo se las puede arreglar veinticuatro horas sin Arturo Villalobos. No fui a dar clases y decidí buscar a Aurora. Ella trabaja en Egipto. O sería más justo decir *Egipto Caché*, una tienda de ropa, que pretende ser exótica, disfrazando a las dependientas de exploradoras.

Aurora estaba agachada bajo el mostrador, cuando me escuchó acercarme, ella se levantó con una sonrisa artificial de bienvenida.

—Hola, flaca.

En cuanto me reconoció, sonrió de verdad.

—Hola, loco. ¿No deberías estar dando clases?

—Debería, pero como sé que me amas tal cual soy, y como soy un flojo, quise venir a presumírtelo. Vengo por ti a la salida.

—Faltan dos horas.

—¿Qué son dos horas si al final voy a verte a ti?

—Son 120 minutos.

La besé recargándome en el mostrador de perfumes. Un tipo que pasaba en ese momento, de seguro se preguntó si era una nueva manera de vender aromas. De ser así, querría que le enseñaran el catálogo entero.

—Regreso —le dije a Aurora.

Cuando uno se sale de los horarios, es fácil encontrarse con horas vacías. Gente que no ha llegado, funciones que aún no empiezan, novias que todavía no han checado tarjeta. Pero uno de los placeres de salirse del horario es bucear en esos limbos.

Entré a un supermercado para admirar las barbaridades en lata que sólo las tiendas grandes pueden traer (caracolas en su tinta, vino asturiano de sabores, calamares en almíbar, etcétera.), y buscar un libro que pueda ser expropiado por la ley de “lo caído es caído”.

VIDEO GIGANTE LE PRESENTA LAS MÁS RECIENTES PELÍCULAS DE ESTRENO, dijo de corridito y con dicción propia de anuncio por altavoz una mujer oculta tras un micrófono. De inmediato me fui a ver el catálogo. Uno nunca sabe cuándo va a encontrar una joya cinematográfica.

Y, por supuesto, uno nunca sabe cuándo nuestra cordura va a recibir un buen golpe. En este caso el golpe fue dado por Xanto, el Luchador de las Multitudes, el ídolo de millones. Una de las figuras emblemáticas de nuestro cine, tanto como Pedro Infante, o la Doña antes de anunciar remedios contra las canas. El Xanto fue protagonista de un montón de cintas en que se enfrentaba contra todo tipo de enemigos, desde momias aztecas que regresaban del más allá en busca de víctimas que embalsamar, hombres-lobo para colmo enfermos de rabia y robots asesinos los cuales buscaban pasar inadvertidos, disfrazándose de enanos siniestros y fenómenos de circo. Fue el luchador que se enfrentó con el Abominable Hombre de las Nieves

en Yucatán, el tipo que tenía un laboratorio secreto lleno de foquitos que hacían *bip-bip* y matraces rebosantes, de café hirviendo. Aquel que nunca filmó la cinta XANTO CONTRA LOS FANTASMAS NAZIS y cuya portada (El Luchador de las Multitudes saltando desde las cuerdas contra un tipo que no podía ser otro más que Adolfo Hitler) estaba en un estuche de video con el logo ¡ESTRENOS! ¿Una cinta inédita del Xanto? ¿Sería posible tanta belleza? También tenían otra que no había visto: XANTO CONTRA FU-MANCHÚ Y LOS SIETE SAMURÁIS. No conocía la empresa que distribuía esos video (*El Visitante Sociedad Anónima de Capital Variable*). Aunque fuera un fraude y sólo hubieran rebautizado viejas cintas, siempre he sido un fan de las películas mexicanas de fantasía.

La dependienta del *stand* del videoclub me miró de forma muy sospechosa. Supongo que no hay muchas personas que lleguen saltando de emoción aferrando un par de estuches. O si los hay, ninguno desea rentar dos videos exactamente iguales.

—¿Perdón? —dije, sin entender lo que me había dicho.

—Que si desea rentar dos veces *La ratoncita valiente*.

—¿La qué?

Me señaló las fundas que yo aún aferraba, ya no eran del Xanto, de la empresa *El Visitante S.A. de C.V.* Eran dos estuches muy comunes y corrientes de *La ratoncita valiente*.

No creo que estar loco plantee realmente un serio inconveniente, ni que alucinar tenga algo de malo. El problema es hacerlo en público, enseñar el cobre, demostrar que lo que debería hacer el mundo es encerrarlo a uno bajo llave para que delire diciendo que esas cajas habían cambiado en un instante, que yo no deseaba ver ratoncitas sino fantasmas nazis. Pero eso no sonaba muy cuerdo.

—Creí que eran *ratoncita* I y II —dije para cubrir las apariencias, mientras sacaba mi tarjeta de socio del videoclub.

Sí, por supuesto. No era la mejor respuesta, ni una buena excusa, pero mi cerebro en ese instante estaba tartamudeando y autointerrogándose sobre su salud mental.

Los estuches no pueden cambiar en un instante. Pero yo los había visto, admirado, no los solté ni por un segundo, y ahora eran otros. No sé por qué los renté. Tal vez para convencerme que eran reales.

Huí del videoclub cuando por el rabillo del ojo vi XANTO: LA COMEDIA MUSICAL.

Sólo era otro casete de *Rambo IV*.

III

Gaffé, sin saberlo, ha entrado en una trampa. El aspecto de la asesina que lo aguarda en la taquilla de los vuelos a Puebla no puede ser más inocente. Es una ancianita de pelo blanco, vestido negro y un cuchillo de combate Gerber escondido en un oso de peluche. La anciana finge que espera a sus nietecitos mientras vigila con ojos de serpiente. Sabe el nombre de su víctima y el porqué se ha decidido su muerte. Es Gaffé, el famoso esoterista, uno de los cabalistas más prestigiados de ese mundo subterráneo en donde se buscan las claves secretas. Muy conocido porque nadie lo conoce realmente. A pesar de su fama se ha mantenido en las sombras llenando páginas y libros de blasfemos artículos sobre Realidades que pueden destruirse. Él ha transitado los caminos secretos y los ha abandonado: convocó a las oscuras fuerzas y pretende darles la espalda. Es imposible. La oscuridad tiene sirvientes que darían su vida por ella. Esa mujer no se detendrá ante nada para acabar con el hombre que en ese instante compra un boleto lejos del Distrito Federal. La anciana empieza a caminar reumáticamente hacia él. No puede saber que Gaffé mira con horror su boleto: es rojo y está sangrando. *No, se dice, es un aviso.* Hay peligro. Sus sentidos pueden ver más allá de las apariencias, las ceremonias secretas le han enseñado los colores ocultos de la Realidad. Y lo han puesto muy nervioso. Mira a su alrededor sin ver nada más extraño que una abuelita abrazando un osito de peluche de casi un metro de alto. El osito sonríe. Sin ningún motivo aparente Gaffé recuerda la última vez que vio una sonrisa tan muerta. Su padre le sonreía así desde su ataúd. Casi parecía contento, un cadáver con un excelente humor. ¿Y por qué no iba a estar con ese humor? Encontró una manera tan buena como cualquier otra de huir, de abandonar a la esposa, las tres hermanas solteras y al hijo gordo y enfermizo que parecía una sombra y fingía no existir. “Ahí los dejo a todos”, habría dicho si los muertos hablaran y no le hubieran cosido la boca para que no se viera mal durante la ceremonia de cuerpo presente. Gaffé se sintió abandonado: esa sonrisa era como una burla.

—¡Quédate! —Quiso decirle— quédate a ver cómo destruyo todo lo que quisiste, cómo despedazo la realidad, la forma en que voy a hacer arder al mundo.

Pero no se quedó. Lo cremaron y esparcieron sus cenizas. Luego, todos empezaron a pelearse por la herencia. Menos él. Para entonces había descubierto las Puertas. Sabía ya que era posible convertir el mundo en cenizas y esparcirlo. ¿Para qué luchar por una propiedad en Nuevo Laredo? Mejor colaborar con el desastre. Y ahora Gaffé encontró el mismo gesto en el oso peluche que la anciana levantaba sobre su cabeza como si pretendiera tomar vuelo para lanzárselo al cuello.

Un grito *¡Abuelitaaaaaa!* Lo distrajo. Un niño se lanzó hacia las piernas de la anciana sacándola de balance. Gaffé, sin fijarse en nada (como, por ejemplo, el espléndido gancho al hígado que la viejita le propinó al niño despistado) se dirigió hacia la puerta de salida. La anciana lo siguió sin darse cuenta de que atravesaba un

detector de metal. Antes que pudiera hacer nada, tres oficiales le arrebataron el oso, el cuchillo, su misión. El grito que lanzó al comprenderlo fue suficiente para inmovilizar a todos. Gaffé se dio vuelta para verla. Uno de los oficiales empezó a decirle algo a la anciana antes de que ella le lanzara un impecable golpe de karate a la garganta. Los huesos artríticos son excelentes para ese tipo de cosas. La mujer recuperó el oso, y con un gesto furioso le arrancó la cabeza. Fue posible, entonces, ver el cuchillo de combate.

Gaffé supo que el objetivo de la anciana era él.

La gente rodeada de magia, conocedora del poder de los conjuros no puede ser muerta más que con un arma blanca: el acero noble es capaz de drenar la energía de los círculos de protección. Y además, destripar enemigos siempre es bonito.

El metal lucía tan frío como los ojos de la mujer.

Los otros dos oficiales saltaron sobre la anciana. Hubo ruido de golpes, huesos rotos, quejidos agónicos. Los pasajeros del vuelo 234 a Puebla tardaron unos segundos en comprender que los oficiales iban perdiendo. Gaffé no se quedó a ver el final de la pelea.

La cabeza del osito parecía asentir sobre la sangre.

IV

Frases desconcertantes: *ratoncita valiente*, por ejemplo. Aurora me dijo otra ayer: *¿Has estado haciendo pesas?* Ella insiste en que me veo diferente como si confiara más en mi musculatura (¿cuál?). No le quiero decir que el único ejercicio que hago en esos momentos es un esfuerzo sobrehumano para que mi cara siga pareciendo normal. Hay gritos en mi cabeza. Han estado ahí desde que me vi unas tres veces el videocasete para convencerme que no era el que deseaba ver. Gritos. Los hubo ayer con Aurora y los hay ahora, cuando me despierto solo. Creo que estoy loco, pero eso es un problema exclusivamente mío. ¿Qué importa a los demás que los gritos tengan un ritmo preciso? Parecen una premonición. Gritos, gritos. *Xanto-Xanto-Xanto-Xanto-Xanto-Xan-To-Xan-To-Xan-To*. ¿Qué puedo hacer? Nada. Así que me pongo de pie, desnudo y friolento sin importarme que una ovación retumbe en mi mente. ¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH!

Ya, ya. Ni es para tanto. No puedo mirarme de cuerpo completo pero no soy la gran cosa. Ahora lo difícil: ir al baño. Imprescindible. Recorrer un pequeño pasillo. Sólo eso. A mi lado hay alguien que me alarga una toalla como si estuviera en un torneo de box. El pasillo se ha vuelto inusualmente largo, alto y oscuro. Aunque vibre con mil voces, con la multitud allá afuera, no deja de ser el pasillo del baño. Una puerta grande se abre y puedo ver la luz al final del túnel. ¿Es necesario decir que ilumina un *ring*?

XAN-TO-XAN-TO-XAN-TO.

Coreo multitudinario. Tan parecido a un ensalmo, a una invocación.

Miro todo a través de los ojos de una máscara. *Mi* máscara. Mi rostro termina en la tela, es ésta; mis expresiones se han reducido a las entonaciones de mi voz.

—¿Qué...?

Voz profunda, por supuesto. Densa y sin entonaciones. Luego, entonces, ¿a qué estoy reducido? A una máscara que quiere ir al baño. A una máscara que le gritan, interminablemente *XAN-TO-XAN-TO*. Reflectores sobre mí. Antes de poder decir algo, estoy en el *ring*. La lona es inusualmente firme, por el modo en que he visto rebotar a los luchadores, hubiera jurado que era elástica. Es un maldito suelo duro. Y lo que viene por el otro pasillo, en medio de silbidos y los abucheos generales, es una bestia de 1.80 disfrazada de Asesino Vengador. El rudo. Por supuesto. ¿No soy yo un técnico?

No. Soy Arturo Villalobos que se prepara para el combate, sintiendo todos los músculos pesados, torpes e ineficientes, es decir, igual a como los he tenido toda mi vida.

El réferi es una sombra que me dice algo así como *sinnominipatriifilietspiritisanti* y desaparece en el mismo instante en que el Asesino Vengador se arroja sobre mí. Yo me hago a un lado con la demencial sensación de estar haciendo una verónica. El público grita ¡*Ole!* acorde con mis pensamientos.

Debería verme Aurora.

Un jamón con forma de mano me da un golpe. Salgo botando hacia atrás, directo a las cuerdas. Ya no siento ni la máscara. Sólo soy consciente de que alguien me toma del cuello, de un muslo, que soy levantado en vilo. ¿No gira la Arena a una velocidad inaceptable? ¿No es muy pronto para que se derrote al Xanto?

El Asesino Vengador grita mientras me arroja al piso. Yo, para no ser menos, grito mientras me dirijo a la lona.

Definitivamente, los pisos de los baños son muy duros.

Abro los ojos y veo una perspectiva totalmente nueva de la taza: al nivel del piso. Me pongo de pie, me miro al espejo suponiendo encontrarme con un rostro blanco, sin más rasgos que la raya de los ojos y una boca gruesa. Sólo estoy yo.

Yo. Barba de un día. Ojos rojos. Nariz sangrante.

Nunca había estado tan alegre de verme. Nunca he estado tan desconcertado.

¿Qué decir?

Que debo huir de aquí. De este *ring* que no está. De esa máscara que no llevo puesta. De los gritos que siguen una hipotética lucha en mi cerebro.

V

Cuando Acevedo contestó el teléfono en medio de la noche ¿cómo podría suponer que estaba a punto de entrar en una batalla dimensional para salvar a la Tierra del Caos?

—¿Sí? —le gruñó al aparato.

—3 Poniente 501.

Trabajo. Supuestamente estaba cubriendo el turno de noche de la Delegación. Buscó su cámara, su ropa. El reloj sonrió al decirle que eran las dos de la mañana. Se miró al espejo pensando si valía la pena rasurarse, limpiar la saliva seca en la comisura de sus labios, arreglarse un poco. ¿Para qué? Era el aspecto de todo buen corresponsal de *Amarga Realidad*. Sacó una traqueteante motocicleta del pasillo de su casa y se estremeció ante el frío de la madrugada. 3 Poniente 501. Debía de ser algo bueno; Gómez no lo llamaría a menos que el asunto fuera tan horrible que no podría ser publicado en ninguno de los periódicos de la ciudad. Debía de haber cuerpos desnudos, sangre y vísceras tiradas por todas partes. Mientras recorría las calles casi totalmente vacías, el reportero se preguntó para qué la prisa, el Ministerio Público siempre aparece hasta después del desayuno. Tal vez era el momento para ver al asesino en el lugar de los hechos.

Gómez estaba en la entrada de la casa, junto a una motocicleta azul aún más acabada que la de Acevedo.

—¿Qué pedo?

—Cuarto tres. ¿Trajiste la cámara?

—Yep.

—Trabaja rápido, los jefes vienen en media hora. No van a dejar tomar fotos.

Acevedo miró al policía. ¿No sería un asunto político? *Amarga Realidad* era tan segura porque lo único que buscaba era la venta y no se metía (ni a sus empleados) en problemas.

—Yo...

—Sube. Mira lo que es... luego me dices.

El reportero se encogió de hombros. Vería. ¿Qué de mal hay en eso? Nada.

Tres escalones, un pasillo, un cuarto con una puerta ominosamente abierta. Supo lo que iba a encontrar. El olor metálico de la sangre se lo dijo. Una sensación pesada, como si los gritos todavía estuvieran en el aire. La luz estaba encendida. Había algo en el ambiente que era incapaz de definir... como si en ese cuarto donde aún no había entrado, hubiera un animal acechante, el olor de una selva extraña.

Gómez se quedó abajo, fumando. Acevedo quiso estar con él, dejar todo esto antes de comprometerse, pero la puerta abierta lo llamaba, la oscura promesa que el sitio le ofrecía. Lo fascinaba el aroma del desastre. No en balde había durado tanto tiempo en *Amarga*, no por nada era su mejor fotógrafo. Había visto de todo y sabía cómo hacer más sucia, triste y sórdida cualquier escena. **NIÑO ATROPELLADO**

EN VIA DEL TREN... ¡LO DESTROZO! 24 fotos. A colores. Era posible armar el cadáver con éstas. Los restos junto a la vía, manchados de tierra y aceite, en la mesa de autopsias, sangrantes. Buen trabajo. Descuartizamientos, balaceras, atropellados, suicidas, ajusticiados. Detrás de los ojos de Acevedo había imágenes suficientes para mil revistas amarillistas. Acevedo observaba el mundo con esos ojos. Todo era peligroso y la vida no era más que una sucia trampa, una ratonera sádica que podía cerrarse en cualquier momento, que podía estar esperándolo al otro lado de la puerta abierta.

¿Quieres ver?

Sí.

Alguien había sido asesinado ahí dentro. Era evidente. Habían deshecho el cuerpo, barnizado las paredes con la sangre disponible; todas las vísceras estaban a su disposición. Varios huesos y cartílagos colocados en el centro del cuarto para que sirvieran de base a un brazo cercenado, con una crispada mano destrozada. Acevedo empezó a fotografiar todo antes de decirse que no era posible tal destrucción. El lugar estaba manchado de sangre hasta el último rincón, y era imposible encontrar una sola marca de quién o qué hizo todo eso. Seis ojos lo miraban desde la pared de enfrente: globos oculares deshechos, colgantes, acomodados de tal manera que observaran la puerta. Un cráneo continuaba sonriendo desde el techo. ¿Cuánta fuerza se necesitó para incrustarlo ahí?

Gómez miró los fogonazos desde la calle. Él había vomitado, pero ese loco tomaba fotografías.

El reportero miraba aquello sin pensar en nada. Sentía una sensación muy lejana, casi ajena a él, el inicio de un dolor de cabeza, el ambiente que presionaba sus sienes.

Es aire, m'hijo.

El aire, claro está, se adquiere en los panteones, ante los cadáveres, frente a la muerte; es su aroma, el roce con sus ropas.

—¿Ya? —gritó impulsivamente Gómez, sobresaltando al reportero.

—Ya.

El secreto de ser buen fotógrafo de nota roja, lo que impedía recordar los restos sangrantes cuando se come un buen bistec, era no ser más que testigo, no haber hecho otra cosa que tomar fotos, no pensar en ello. Ojos. *Sólo soy eso.* Ojos. Una mirada, un instante. Nada de aire, nada de miedo, nada: únicamente fumar un cigarrillo junto con Gómez, sintiendo la noche como un bálsamo, escuchar que es el tercer cuarto que se encuentra así y que los jefes no quieren que nadie se entere.

—Pero se enterarán.

Gómez lo sospechaba, creía que quién fuera el asesino, los asesinos, no iban a detenerse.

Un crimen más. Nada nuevo. Otra serie de instantáneas.

Acevedo fumó, mientras detrás de sus ojos el dolor de cabeza palpitaba.

Un asesino anda suelto.

No, ramplón. Suena a chiste.

DESCUARTIZADOR EN LA CIUDAD
¡DESCUARTIZADOS!
LOCO CRIMINAL LA HIZO PEDAZOS

Sangre. La mano (mano de mujer bonita). El silencio.

Acevedo tuvo miedo. Fumaba sin darse cuenta de ello, sin decírselo. Un miedo más allá de ser un desecho sanguinolento, más allá de su pesimismo, del otro lado de la locura normal en una ciudad. Un temor que, por irracional, era más extraño.

Era el aire. El aroma a selva. Era la noche.

VI

Augusto César Rojas era delgado, alto, amarillo, enfermizo, delicado. Tuberculoso, tal vez. Desnutrido, seguramente. Tenía toda la pinta de un cuadro de Lewis Carroll maltratado por el tiempo. Era el jefe de los Convocantes, el hombre que se había embarcado en la ya de por sí desprestigiada ambición de dominar al mundo.

Un plan lógico y demencial se desarrollaba a las mil maravillas en ese instante. Entonces ¿dónde diablos estaba el aliento épico de la conquista, la grandeza? No había nada de eso. Sus hombres (y mujeres) se integraron a las redes de poder de la ciudad de Puebla gracias a los signos y a los conjuros, no porque les interesaran ser dueños de ese lugar: pero la Angelópolis era el sitio donde iba a abrirse la última Puerta, donde convergen las energías del cambio. El Cambio que acabaría con la humanidad. Augusto dominaba por completo a la policía de la ciudad. Todos ignoraban que los jefes eran esclavos de imágenes, que los cuartos ensangrentados y violentos eran una trampa, un signo enorme y reiterativo que marcó sus mentes con mil ojos y las palabras clave. Había sido sencillo.

Augusto suspiró en el Salón Rojo, del Mesón del Alba, en donde compartía asiento con el hastío y las horas.

Demasiado sencillo.

Buscó dentro de sí la emoción que debería sentir. Después de todo, él era quien iba a tener a los seres humanos que sobrevivieran al Cambio, totalmente a su merced, las Fuerzas iban a concederle un Umbral donde reinar. El *Visitante* iba a mostrarle cómo el pasado entero hervía en sangre, pero a esa hora, mientras esperaba que fueran las tres de la tarde, Augusto se dijo que no importaba. Todo era igual dentro de sí: nada despertaba en él una emoción, ni siquiera que el Fin estuviera tan cerca. En su memoria guardaban igual proporción el recuerdo de lavarse las manos y esa vez que degolló a un hombre con una navaja sin filo. Miraba a la gente en las calles deseando poder odiarla, enfurecerse ante la vista de una pareja despreocupada de todo, excepto de su deseo, envidiar a los niños sumergidos en ese partido de fut, desear intensamente la sonrisa de los ancianos cuando algo despertaba un eco en sus memorias. Pero la ciudad tenía demasiados novios, niños, ancianos para odiarlos personalmente. Era una masa informe de sensaciones que él nunca iba a experimentar.

¿Quién iba a pensar que destruir al mundo iba a resultar una experiencia tan gris?

Faltaban algunas horas para que sus subordinados se reportaran, para que los Cazadores dijeran si habían capturado ya a Gaffé. Pero, durante ese tiempo, estaba solo, únicamente con su hastío, ni siquiera el *Visitante*.

El Ser había llegado ya, con su propio séquito. Habían preparado todo un piso para recibirlo, el dinero fluyó a manos llenas y el octavo piso del Mesón del Alba fue transformado, cegadas todas las ventanas, cambiados los muebles y tapices, clausurados los ascensores, puesto guardias en todas las entradas. Mil botes de

pintura, 700 kilos de tierra, 27 cuerpos pasados de contrabando, un millón de signos diferentes, los techos convertidos en otra cosa, las estalactitas y estalagmitas preparadas con cuidado, un vaporizador de azufre funcionando las 24 horas del día. 32 calentadores, 16 ventiladores, tres generadores de luces ultravioleta, una máquina de humo-niebla, piedras extrañas, arenas negras en el suelo y el aspecto total de un infierno armado con papel maché. Y, ni siquiera había visto al ser que habían traído del otro lado de las esferas. Una noche, simplemente, todos habían quedado dormidos, dentro de sueños reiterativos y geométricos, y al despertar el *Visitante* ya estaba en sus aposentos, pasando notas llenas de faltas de ortografía con un Mensajero de movimientos forzados y furtivos.

Augusto sabía que el Mensajero estaba muerto. Y, esa mano amarillenta, seca, arrugada no tenía una sola gota de sangre en su interior. Un zombi, un nosferatu, un auténtico no-vivo. Que usara mezclilla, camisas floreadas y una gorrita de los Dodgers no le quitaba en nada su aspecto sobrenatural de ojos inmóviles y lengua negra, además, si por alguna causa se hacía el silencio a su alrededor, nadie lo escuchaba respirar. Esa vez que se puso a arreglar el televisor del cuarto de Augusto, pudo ver que todos sus movimientos eran terribles y que la forma en que aferraba el destornillador no correspondía a este mundo, pero fuera de eso no era diferente a los muchachos; aunque tuviera la costumbre de beber formol cada tres días.

César Augusto sabía que la curiosidad por ver al *Visitante* no era más que un capricho, lo sabía, un sentimiento amortiguado que, al cabo de los días, iba a desaparecer por completo. Ya lo conocería, dentro de algún tiempo ese ser sobrenatural iba a presentarse a sí mismo. Mientras tanto, aguardaba. Las estrellas giraban con su natural indiferencia y bastantes ceremonias dependían de su posición: el Cambio necesitaba múltiples llaves para suceder. Así, pues, estaba aprisionado en la espera. ¿Qué diablos hacía Napoleón mientras se trasladaba al último frente abierto por sus ejércitos? ¿Habría ocupado Julio César su tiempo en algún juego desconocido y trivial en su viaje hacia Egipto? ¿Cuáles eran los pensamientos de los pilotos de los ya extintos B-52 mientras transportaban las bombas nucleares a su destino final?

VII

Acevedo miró a Agustina Concepción Contreras Vázquez, más conocida como Conchita la de la esquina. Sabía que esa mujer se dedicaba a poner inyecciones a cualquier hora, vender hierbas medicinales, y estampitas de santos. Además hacía limpias.

El reportero ignoraba que estas últimas eran cada vez más escasas. Los niños de hoy ya no soportaban muy bien la ceremonia y generalmente ponían todo el tiempo cara de ay-mamá-como-se-te-ocurre. Incluso los propios hijos de Conchita no dejaban ya que los limpiara contra espíritus, aires, embrujos, mal de ojo, envidias y demás. Si bien es cierto que su técnica no era la común y corriente. Ella la había aprendido de su madre, a la cual limpiaron sólo una vez en la vida y le cobraron una cantidad tan escandalosa que nunca regresó por otra y se acordaba más o menos de todo el proceso. Se sorprendió un poco de ver a Acevedo esperando una limpia. Sabía ya que era un reportero y que no era un muchacho serio (¿30,31?) se le conocían algunas novias y ninguna era estable, bebía mucho y tenía malos amigos, además que nunca iba a misa, parecía hasta drogadicto y borracho y con esa facha de no haberse bañado en un año y cambiado de ropa en dos, y con esos ojos fijos y amarillentos pues cómo que iba a estar difícil que sentara cabeza, y después de todo, a ella no le importaba la vida de los demás y podía decirse que desconocía por completo a Acevedo pero cuando este le dijo *Necesito una limpia* como que le cayó bien, y más ese billete fuera de toda proporción que le dio, completamente arrugado y como no importándole nada el vuelto.

—Pase, pase —dijo mientras Acevedo miraba fijamente el lugar.

—¿Qué es eso? —preguntó el reportero señalando una ristra de ajos atados con un listón rojo, escondidos en un rincón del cuarto, juntando polvo y telarañas.

—Es para que no entren los espíritus.

—¿No era para los vampiros? ¿Y eso? —Un San Martín rompiendo su capa brillante en dos, rodeado de más ajos, una estampita de Juan Pablo II, una copia de la Perpetua todo envuelto en papel celofán amarillo pergamino.

—Para que vayan bien los negocios.

No le preguntó por la palma bendita, ni por el altarcito de la virgen, ni por el diploma YO ESTUVE JUNTO AL PAPA en donde se encontraba una fotografía del pontífice a un lado, y la de Conchita del otro. Dejó, simplemente, que la señora fuera a juntar lo que necesitara para la limpia mientras su cabeza se dedicaba a lanzarle cada tres segundos la advertencia: me estoy rompiendo, rompiendo, rompiendo. Maldito dolor de cabeza. Tan grande que ninguna medicina, borrachera, remedio pudo nada contra ella. Como dedos entrando en su cráneo, un corazón sombrío latiendo su enfermedad. Acevedo no quiso pensar en hemorragias internas. Sabía muy bien lo que era: aire. No era posible confundir ese dolor tan peculiar de la niñez, proveniente de espectros y tumbas, de maledicencia y envidias, magia barata al

alcance de la mano. El único credo de Acevedo era bastante sencillo: a nadie le importas; ni tú al universo, ni el universo a tí. Cada quien debe rascarse con sus propias uñas. Fuera de eso no tenía otras creencias, la magia le era tan ajena como cualquier filosofía política, como las buenas intenciones. No las rechazaba de plano porque tarde o temprano podía aprovecharse de ellas. Le era difícil creer en la magia, pero si era posible utilizarlas para librarse de ese maldito dolor, estupendo, que venga la magia y Conchita la de la esquina con un manojo de hierbas de olor estridente, con un huevo diminuto de los que venden en la tienda de junto, con un vaso de agua adornado con figuritas de flores.

—Acuéstate ahí —dijo la señora.

Y él se dio cuenta que estaba sentado en un sofá que tenía más facha de pertenecer a un psiquiatra que a una curandera. Pero aún así se quitó los zapatos y trató de relajarse lo más posible mientras Conchita le pasaba las flores encima como si lo desempolvaba, musitando algo que sonaba a letanía y conjuro, tan rápido que Acevedo únicamente captaba las sílabas y las eses. ¿No debería haber un humo misterioso flotando por ahí? Claro, por eso Conchita encendió un cigarro *Del Prado* y fue arrojándole encima el humo, lo más cerca posible para que no escapara nada, como si lo fuera arrojando con una sábana de olor fresco en donde podría reposar, dormir. Luego siguieron unas cuantas oraciones que él intento seguir, un padrenuestro, una lista de artículos religiosos, tres dichos extraños y los restos del cigarro fueron rotos, dos tiras del papel humedecidas con saliva y puestas en las sienes palpitantes de Acevedo. Después el huevo. Primero en la frente, sitio del dolor, apretándolo de tal manera que el reportero esperaba de un momento a otro sentir la clara escurriendo por su rostro, pero el huevo resistió para empezar a recorrerle el cuerpo. Conchita tenía la boca llena de palabras y —aunque sus propios hijos lo dudaran— embebida por completo en lo que hacía, sin pensar en nada más que en la limpia. Era un aire muy fuerte, por ello la vibración del huevo no la sorprendió, ni que de repente el cascaron se llenara de venas rojas y palpitantes. Algo inusitado, desde luego. Pero al creer, aceptaba. Los puntos del cuerpo: la frente, las manos, los pies. Hay que limpiarlos todos. Cuando tocó la palma de la mano derecha, el huevo cambió de forma. En la otra empezó a palpar, como si un aberrante animal anidara en su interior. Había que romperlo, ver en el agua la forma que creaban la clara y la yema para dar el veredicto de lo que era ese dolor de cabeza.

Lo rompió, y lo que salió fue un ojo humano en medio de sangre.

Conchita la de la esquina miró fijamente a Acevedo que se prometió en ese instante jamás probar otro huevo en su vida.

—*Brujería* —diagnosticó la mujer, como si anunciara un cáncer.

VIII

Los Cazadores habían localizado a Gaffé en la ciudad de Puebla, tal vez siguiendo su rastro psíquico o porque había dejado su nombre verdadero al firmar la entrada en ese hotel. No importaba, más que un simple hecho: si salía de su cuarto en ese instante tendría una muerte más allá de la física.

Gaffé recordó múltiples formas de cerrar un círculo mágico alrededor de una persona inmóvil. Ese fue su problema: El no desplazarse continuamente. El movimiento es una dimensión en sí misma. Aquel que se desplaza se mueve en diferentes estratos puntuales, está en diversos sitios que hacen a su posición astral variable, y era, por lo tanto, ilocalizable mediante medios esotéricos. En cierta manera olvidó su condición de presa. Y ahora, los asesinos esperaban terminar sus complejos ritos de protección y luego vendrían por él. ¿Sólo hombres o algo más los iba a acompañar? Seres de ojos múltiples. No podía quedarse esperando que algo así entrara por esa puerta, dejando detrás un rastro de cieno y aguas putrefactas dispuesto a saltarle al cuello. Diaz había especificado en el terrible libro de saber prohibido *La Vera Historia De Los Bolcanes De La Nueva España* tres ritos de protección, pero le faltaban materiales. ¿Dónde demonios conseguir una mandrágora fresca en la ciudad? ¿Qué hacer? Había soñado con detener los planes de Augusto y salvar a la humanidad, con ofrecer pelea pero lo ignoraba todo, sabía las proporciones del plan pero jamás imaginó los recursos de los Convocantes. Se preparaba un Cambio enorme, sin precedentes. Buscaban no sólo romper la realidad. Querían alcanzar los planos astrales del género humano, su rastro en el tiempo. Los hombres serían borrados de la forma más definitiva: destruyendo su pasado. Incluso su as bajo la manga, el Héroe, resultó ser la carta de un juego que no se estaba jugando. Él, como Augusto César, había traído algo a este mundo. Al no haber una guía, más ceremonias, un cuidadoso seguimiento de los espacios requeridos, se trajo cualquier cosa.

Imaginó mil posibilidades, pero no aquella. Miró los dibujos esotéricos, la imagen que el usuario del videocasete trajo: el Xanto. Gaffé bufó. Valiente asunto, precisamente al Xanto. Un luchador que había sido muy popular hace unos diez, quince años. ¿Qué demonios tenía que ver un deportista con el Fin del Mundo? Gaffé no recordó algo que había aprendido recientemente: de alguna forma estaba fuera de todo. Se descubrió ignorando los hechos más simples: cómo rentar un cuarto de hotel, dónde conseguir frascos, cómo arreglarse fuera de su estrecho círculo y sus cómodas y bien aprendidas rutinas. Oía pláticas crípticas sobre hechos que no conocía en modo alguno. Tardó un buen rato en comprender que la Amaranta Sofía de quien tanto escuchaba era un personaje de telenovela. Así pues, ignoraba todo del Xanto, sólo sabía un hecho: podía llamarlo, convocarlo, traerlo aquí. ¿Qué más podía hacer? Nada, pero digámoslo de esta manera. ¿Qué se hace al comprender que algún horror informe se encuentra al otro lado de la puerta esperando que llegue la noche para

atacar? Simple: llamar al Xanto.

Cinco personas se dirigían, en ese instante, hacia el hotel de Gaffé, desde diferentes puntos de la ciudad. El Xanto iba en un Corvette 1957 de color rojo brillante con dinámicas franjas laterales blancas que por algún motivo había aparecido frente a la casa de Arturo Villalobos un día de tantos. El Xanto sabía que estaba dirigiéndose a luchar contra las fuerzas del mal. No era necesaria esa impresión de urgencia, ni sentir que alguien (de algún modo) lo estaba llamando. Bastaba con el viento sobre la máscara y oír su capa cubierta de diamantina chasqueando detrás de él para que supiera que iba a salvar a alguien. No muy lejos de ahí, en dos autos negros, se acercaban un par de Cazadores. Quien los viera no podría imaginar que eran asesinos despiadados: en ese instante iban muertos de miedo. En el asiento de atrás, había un par de multiseres. Cada vez que, por error, los asesinos echaban una mirada al espejo retrovisor veían algo nuevo y nauseabundo... Siempre con garras y dientes y ojos sanguinolentos; pero nuevo. Ahora un perro con mil bocas, después un ojo enorme con tentáculos azules y afilados, y luego un retrato de ellos mismos sentados tranquilamente viendo el paisaje. El sol corría hacia la noche y ambos sabían que sólo en la oscuridad los multiseres se mostraban por completo. Mucho más atrás, recién salido del Mesón del Alba, se encontraba Augusto César Rojas en un auto azul marino conducido, evidentemente, por un muerto vivo. El jefe de los Convocantes se prometió jamás volver aceptar un nosferatu como chofer. César iba para observar un poco de sangre y a ver si sentía algo más que hastío, y el Xanto estaba más contento que preocupado. Un multiser masticaba pensativamente las colillas de los cigarrillos que encontró en el piso del auto negro, mientras que el otro masticaba el piso del auto negro, comiéndose el metal únicamente de nerviosismo. Olían a su presa, miles de presas, una ciudad entera de presas al otro lado de la ventanilla, un apetitoso chofer al alcance de sus garras; pero se contenían a duras penas porque no ignoraban que su misión era otra. Gaffé miraba cómo oscurecía demasiado rápido. Un agente de tránsito le dio paso libre al Xanto y contestó al amable saludo del luchador y se quedó sonriendo por diez minutos sin saber bien porqué. Un niño vomitaba después de ver por la ventanilla de un auto negro, al mismo tiempo que algo arrebatava un-ramo-de-flores-para-su-novia a un atónito vendedor que se quedó con la impresión de que algo tan grande y feroz como un escualo había fallado a sus dedos por escasos milímetros. La sincronización de los diversos vehículos fue casi perfecta. Los autos negros llegaron al hotel un minuto antes que Augusto César y tres minutos después el Xanto encontró un lugar libre justo frente al hotel. Saltó de su vehículo sin molestarse en quitar las llaves. El tipo encargado de la recepción, aún blanco del susto de ver pasar junto a él a un par de bestias improbables, una de ellas con un incongruente ramo de flores en la mano, no

pudo menos que saludar con una inclinación de cabeza al Luchador de las Multitudes. Por supuesto ¿quién más podía ser? Augusto César, junto con los Cazadores y un muerto vivo seguían los pasos de los multiseres que corrían felices por el pasillo hacia la puerta 23, la cual fue deshecha con un simple empujón que la convirtió en aserrín. Gaffé, gordo, sin afeitarse, enfundado en un sobretodo gris, rodeado por un pequeño círculo de protección cabalístico, les pareció una golosina irresistible. El esoterista sabía que los multiseres eran incapaces de penetrar un círculo de protección pero al parecer nadie se molestó en informárselos a ellos, los cuales saltaron limpiamente sobre este y fueron a caer encima de Gaffé que sólo pudo pensar que ese aliento agrio y putrefacto se parecía bastante al de sus tías. Comprendió que esas cosas cambiantes estaban decididas a comérselo, y si fallaban un nosferatu que acababa de entrar abriendo la puerta destrozada se veía bastante dispuesto a beber su sangre y detrás de él venían dos tipos, cada uno con una maldita magnum .44 en la mano, como si fueran asesinos, y, sí, claro, con esos lentes negros que acaban de ponerse lo parecían y detrás venía Augusto César con cara de acabar de escuchar un informe presidencial y Gaffé no se preguntó porqué los multiseres no lo habían matado aún. Sabía la respuesta: el jefe de los Convocantes no deseaba perderse ningún detalle. Uno de los Cazadores le trajo una silla para que estuviera cómodo, el muerto vivo encendió comedidamente la luz para que la oscuridad de esa noche no ocultara nada. Augusto César sacó unos lentes de profesor, de un bolsillo, se acomodó en su lugar y suspiró.

—Mátenlo —dijo sin siquiera ponerle dramatismo a las frase, pero ni lo necesitaba.

Una sonrisa parecida a la de *Alien*, el Octavo Pasajero, se abrió frente a la cara de Gaffé el cual balbuceaba algo que nadie entendía, una frase incoherente, que no tenía nada que ver con los idiomas secretos: **toxan toxan toxan toxantoxanto xanto**. *Interesante*, se dijo Augusto César, sintiendo lástima por el que había sido su segundo en el mando, cuando de repente comprendió el significado exacto de esas palabras. Xanto. ¡XANTO!, por supuesto, era... era... claro, el Xanto el cual sin molestarse siquiera en decir *agua va* había pasado corriendo entre los Cazadores justo a tiempo para apartar a un multiser que tiraba una tarascada que habría dejado a Gaffé sin cabeza y le daba al otro una patada terrible con una bota blanca que quedó roja-verdosa por la sangre de la criatura. Augusto se quedó con la boca abierta mirando cómo un hombre moreno, vestido de luchador, con una máscara sin rasgos le daba una patada voladora a un ser de otra dimensión y cómo se las arreglaba para aplicar una llave al cuello a algo que ni siquiera tenía cuello. Fue cuestión de unos minutos para que los dos multiseres fueran restos sanguinolentos en el piso. Increíblemente la máscara brillante seguía estándolo, como si algo en ella hiciera que los fluidos de los multiseres resbalaran sin dejar una sola mancha. El Xanto miró frente a frente a Augusto antes de que este diera la señal a los Cazadores para que dispararan. *Hay fuerza en él*, pensó el Convocante. A los ojos de César, el Xanto era más que un

luchador, era como si el viento hubiera cobrado forma, o tener alguna fuerza elemental al alcance de la mano. Las Magnum no funcionaron, pues sólo las armas blancas pueden enfrentar a un ser rodeado por la magia. Hubo un momento de vacilación antes de que los Cazadores y el muerto vivo se lanzaran contra el Xanto. Los humanos fueron víctimas fáciles. Durante un instante inmovilizaron al Luchador de las Multitudes tomándolo cada uno del brazo pero todo el mundo sabe que ese momento es el más peligroso para los atacantes. El Xanto se apoyó en ellos para darse una media vuelta de campana que los lanzó dando tumbos hasta el otro lado de la habitación, no habían acabado de rebotar cuando ya estaba sobre ellos, mientras Gaffé pasaba gateando a su lado sin recibir más que ocho patadas hasta que se parapetó en una esquina. El problema fue el nosferatu, como estaba muerto no sentía los golpes y tenía la fuerza de los animados por las artes negras. Fue directamente al cuello, decidido a ahogar al Luchador de las Multitudes que empezó a ponerse morado detrás de la máscara. Los golpes no lograban abrir las manos. Xanto se tiró al suelo junto con su enemigo y en un súbito revoloteo de ropas, capa, cuerpos, se encontró libre y aplicándole la famosa llave de caballito al cadáver que golpeaba tres veces el piso rindiéndose pero el enmascarado aplicó toda su fuerza y de pronto se encontró con una cabeza cercenada en sus manos que musitó *gacho* y se deshizo entre sus dedos como si fuera arena, polvo, niebla. Antes de que alguien pudiera decir algo Augusto César desapareció, no en medio de una nube de humo, si no por el simple método de ponerse de pie rápidamente y salir de ahí en lo que el ocultista y el luchador miraban la última metamorfosis del muerto convertido finalmente en nada. Pudo escapar gracias a que el Xanto dudó entre seguir al jefe de los Convocantes que huía, o rematar a una dentadura que continuaba lanzando mordidas mientras se arrastraba penosamente hacia Gaffé que ni siquiera la había visto, fija la mirada en el Luchador de las Multitudes el cual de una patada mandó a la dentadura por la ventana, hacia la acera donde se rompió en 34 piezas dentales extremadamente filosas, las cuales Augusto César ni siquiera notó al pasar sobre ellas mientras hacía mil gestos tratando de contener la risa que intentaba escapar de su boca, porque sabía que si empezaba a carcajearse no iba a parar hasta orinarse o, mínimo, llorar y él no deseaba ninguna de las dos cosas pero el pensamiento de *llamó al Xanto*, *Gaffé llamó al Xanto* era demasiado gracioso para detenerse con unas cuantas muecas, y cuando subió al automóvil azul una especie de risita histérica (jijijiji) bullía en él hasta que, bastante lejos del hotel y en un territorio seguro, permitió que se convirtiera en una carcajada que lo dobló en dos mientras intentaba decir *llamó al Xanto*, *por supuesto*, *llamó al Xanto* y aunque sabía que el asunto era bastante grave, siguió por espacio de media hora hasta que su frío y analítico cerebro le dijo que no era cosa de risa, sino de auténtica preocupación y se detuvo, pero para entonces era demasiado tarde: las lágrimas corrían por sus mejillas y el asiento necesitaba una lavada.

IX

Sí, Aurora Roldán Parrilla podía vivir sin Arturo Villalobos. Lo recordaba, eso sí y los recuerdos eran gratos y cálidos, nada más. Pero lo extrañaba. Vaya que sí. Y era en los malditos detalles: extrañaba sus lentes siempre sucios, sus manos tibias, y todo ese tipo de cosas. Sin embargo, podía estar sin él. Es más, *estaba* sin él: el maldito no la había buscado en un buen rato. Aurora sabía esperar, y de vez en cuando se daban sus vacaciones, pero no tanto, no sin un motivo, no así de golpe. Por eso mismo fue a buscarlo, no por nada, sino por él. Podía haberle pasado algo al idiota.

La casa de Arturo estaba hecha un asco, lo cual no era raro y aunque no encontró ningún cadáver, el sitio parecía reclamarlo a gritos. Aire de desastre, de algo ajeno a la normalidad le dijeron a Aurora que Algo Extraño Pasó Aquí. El espejo estaba roto sobre el lavabo, como si fuera un grito. Fuera de eso no había señales de violencia a no ser que se contara la saña con la que un viejo tubo de dentífrico fue apretado. Aurora se sentó en la cama, después se acostó en ella y se quedó mirando el techo. Azul, como lo recordaba. Todo tenía un aire de haberse pasado bastante tiempo inmóvil. Los restos de comida habían desarrollado vida por sí mismos, era lógico pensar que llevaban ahí una semana, mínimo. Como no iba a averiguar nada echadota en la cama, Aurora fue al teléfono a llamar a todas las personas que se le ocurrieron, buscando a Arturo.

—No, ni madres, por aquí no está.

—No lo he visto.

—Si lo ves me lo saludas.

—Pero estoy yo...

—No, señorita, ese señor no trabaja aquí.

—Pinche Arturo, ni sus luces.

—¿Quién? ¿Arturo Villalobos? No, no lo conozco.

—Me debe dinero.

—Se desapareció desde hace rato.

—Lo vi hace tres meses.

—¿Qué no andaba contigo? Etcétera.

En su trabajo de maestro lo habían despedido después de haber reclamado su cheque quincenal atrasado con una quebradora.

—¿Una quebradora?

La secretaria de la preparatoria *Héroes de la Batalla de Puebla*, tomó aliento, contenta de poder relatar una vez más el incidente.

—Sí, señorita, de pronto me vio con ojos de loco. Ya los tiene, ¿sabe? pero como que se le notaron más. Se quitó los lentes, se inclinó sobre el escritorio y me dijo que *como-era-posible-que-no-estuviera-el-maldito-cheque-pinche-vieja* y yo me quede con la boca abierta y, sí, era el décimo que me decía pinchevieja ese día —a todos los de la escuela se les atrasaron los cheques— pero bien podían pasarse una semana sin

su sueldo, tan fácil que es. Yo me quedé con la boca abierta porque el tono de su voz cambió, de pronto se hizo profundo, como de actor ¿sabe?: grueso, grueso. Y él está tan flaco, se le pueden ver todos los huesos y de pronto le sale un chorro de voz como si tuviera un cuellote y un pecho para que le cupiera guardado ahí. Yo sentí re-feo y hasta deseé tener su cheque, pero ¿sabe que nunca reclamaba? se ponía rojo, y bufaba y no me hablaba como en un mes pero nunca se había puesto así de extraño. Se fue sin decirme nada más y le vi la espalda toda tiesa, dura y pues como que de espaldas no parecía Arturo y yo no lo hubiera reconocido por atrás. Luego, continué diciéndoles a los demás maestros que se retrasaron los cheques y se hizo una pelotera, montón de maestros todos gritándome y yo ya me sentía mal y de pronto que se callan, y todos voltearon a ver algo que desde el escritorio yo no podía observar, y me puse de pie para enterarme a quién le estaban dando paso, y no, pues la verdad, me quedé de nuevo con la boca abierta porque ahí estaba el Xanto. Xanto, señorita, el Luchador de las Multitudes. Claro que no era él. El tipo de la máscara, descamisado y con pantalones de lucha libre no era otro que Arturo. Era él y no era, que extraño ¿no?, y no lo hubiera sabido si no es porque me dice *Emita, los pinches cheques ya sé que se los jinetean pero no sean descarados* y no sé que más pero nos puso como lazo de cochino al director y a mí, y de pronto que empieza a sacar trapitos al sol, que si yo era así, y asado, y que el director era mi viejo y cosas así y sentí re-feo y salió el director a decirle sepa Dios qué cosas pero lo único claro que oí fue DESPEDIDO y la verdad, la verdad, me reí, no que muy chingón, y ahí estaba el director volando sobre los escritorios y, pobrecito, cayó de panza y el Xanto estaba dirigiéndose a él y yo estuve segura, vaya a saber porqué, que iba a aplicarle una aplanadora y pues me le fui encima, ni lo pensé, después de todo el director es mi gordo, si ya todos lo saben, y no iba a dejar que se lo descontara así como así, y pues la verdad saqué las uñas para dejar al Xanto tuerto, y antes de que me diera cuenta ya me estaba aplicando una quebradora hasta que vio que era yo y pues me dijo *discúlpeme* pero ya me había desgraciado el cuello y muy atento me sentó en una silla cercana y después de comprobar que el director estaba fuera de combate se fue muy quitado de la pena y los maestros, medio ojetes si me disculpa la palabra, señorita, no le aplaudieron pero como que todos tenían ganas de hacerlo, y desde ese día no hemos vuelto a ver a Arturo Villalobos en la escuela.

¿Arturo disfrazado del Xanto? Así cualquiera se preocupa, hasta Aurora que se quedó esa noche en la casa de Arturo, sorprendiéndose de no oír ninguna rata merodear por ese paraíso de desechos.

¿*Dónde chingados está ese cabrón?*, pensó sinceramente preocupada por él, con miedo a alguna respuesta. Aurora acabó por dormirse sin saber el momento en que dio el paso de la espera al sueño y no supo quién abría la puerta en la oscuridad pero el peso que sintió primero en la cama y después sobre ella era tan familiar y conocido que no hizo nada más que esperar las caricias que estaban ahí, como surgiendo del sueño, de esa espera que de pronto ya no lo fue. Aurora acarició y se encontró no con

un rostro conocido sino con una máscara y sus manos supieron que la tela que acariciaban no era una simple tela sino una piel viva, cálida, anhelante. Y esos labios eran los labios que aguardaba y las manos del hombre conocían su cuerpo del mismo modo que ese cuerpo no le era ajeno, y ella buscó el cabello del hombre para hundir sus dedos en él y no encontró cabellera alguna pero recorrer las agujetas que cerraban la máscara la hicieron estremecerse y fue bastante sencillo quitarle la capa, los estrechos pantalones de lucha, las complicadas botas relucientes y la blusa de Aurora había cedido y estaba tan desnuda como el hombre que entraba en su interior lentamente y ella sintió su fuerza y supo quién era sin lugar a dudas y le ofreció sus pezones a los caminos que esa lengua recorrería y el sabor de sus pieles era un sabor añorado y lucharon dulcemente en esa cama en la cual ya no había sitio para las horas, las dudas, los reclamos, el miedo, únicamente lugar para el placer, los músculos de él eran duros y relucientes y ella conoció de nuevo ese cuerpo, y descubrió terrenos que habían sido y eran conocidos tiempo antes y a la vez supo que su cuerpo era nuevo/conocido a quien la saboreaba con tanta premeditación y cuando el orgasmo estuvo con ellos lo aceptaron sin ponerle ningún reparo y se estremecieron juntos antes de decirse sus nombres como si fuera necesario otro reconocimiento en esos instantes de calma que el placer había dejado y él dijo *Aurora* y ella dudó antes de decirle *Arturo* pero de todas maneras lo dijo, y sí, era Arturo, pero el Xanto sonrió para sí, acariciándole aún esos senos maravillosos y dijo:

—Casi.

—¿Casi qué?

—Casi Arturo.

Y ella no dijo nada porque habían empezado a hacer el amor de nuevo, y sus cuerpos se embarcaron en una lucha libre de prejuicios o restricciones, y ella le arañó la espalda y él intentó no aplicarle una de esas llaves tan conocidas y Aurora no tuvo tiempo de preguntarse qué tan casi Arturo era porque de alguna forma, en la nueva calma, él pudo ver a la mujer y decirle que era Arturo en su mayor parte y ella lo besó dándole la bienvenida.

X

Muerto el muerto-viviente, o mejor dicho, remuerto; Augusto César había perdido contacto con el *Visitante*. Comunicarse con un ser ultradimensional, rodeado por los elementos del Cambio como una tercera piel, era imposible sin un Mensajero: la visión del Ser era capaz de destruir a quien no estuviera preparado. Augusto lo había intentado todo. Desde la tabla güija que daba siempre el mismo mensaje desconcertante OCUPADO VUELVA A MARCAR, los planos astrales, recaditos llenos de símbolos cabalísticos deslizados bajo la puerta, hasta faxes aberrantes. Y nada. Detrás de la puerta no había más que la sensación de un enorme vacío helado.

Por esa simple molestia el luchador y Gaffé merecían ser hervidos en aceite rancio. Mientras tanto no cabía más que esperar, los planes para el Cambio seguían con la aburrida eficacia de siempre.

En el límite de la visión, Augusto creyó percibir un movimiento, se volvió rápidamente esperando ver un enemigo, algo más que su reflejo en el cristal de la ventana. Se veía como quien ha contraído la etapa terminal de la tos ferina. Lo más saludable en él era la sombra de una barba de tres días. El jefe de los Convocantes decidió rasurarse de inmediato.

—¿*Xanto*? —dijo una voz de vidrio, de mil afiladas astillas rompiéndose cristalinamente.

Augusto César miró el espejo, desde el cual pareció surgir la voz, en él su reflejo se estaba rasurando mejor que él. *Plop*. La navaja cayó de sus manos mientras que el reflejo conservaba la suya, definitivamente desincronizados.

—¿*Xanto*? —dijo la imagen en el espejo. El nuevo Mensajero del *Visitante*.

—*Xanto* —confirmó Augusto César.

—¿*De dónde surge? ¿Cuál es su rito?*

—De las luchas libres.

—¿*Luchas libres?*

—Un altar llamado *ring* en donde dos fuerzas compiten siempre.

—*Interesante. ¿Gaffé?*

—Sí. Él lo trajo. No sé por qué. Podría haber convocado al mismo demiurgo de Providence... ¿por qué el *Xanto*? Tal vez lo trajo por accidente.

—*No hay accidentes en el Cambio. ¿El Xanto es mágico?*

—Es técnico.

—¿*Técnico?*

—Bueno, justo, correcto, noble, derecho. Sigue las reglas aunque nadie más las siga, respeta los acuerdos aunque estos sean una desventaja, puede enfurecerse y generalmente lo hace pero siempre brinda una digna oportunidad a su contrincante. Esa es su fuerza.

—¿*Cuál es su grey?*

—Todos aquellos que desean ser así. El *Xanto* aunque pierda, gana, aunque el

réferi le de la victoria a los rudos la grey sabe quién es el vencedor. Todos aquellos que desean arreglar su vida mediante patadas voladoras...

—*¿Cuáles son sus poderes?*

—Las llaves, sabe del mundo mágico, ha derrotado poderes oscuros antes.

—*¿Él?*

—No. Su imagen. Una representación falsa, un reflejo en una pantalla de cine. Pero lo ha hecho para sus admiradores.

—*Peligroso.*

El reflejo terminó de rasurarse, dejando con delicadeza la navaja en el lavabo. Augusto no recuerda esos movimientos de insecto, pero sabe que son suyos.

—*¿Sabes de física?*

—Sí.

—*¿A cada acción corresponde una reacción en sentido opuesto y de la misma fuerza?*

—Sí.

—*¿Sabes que a cada Visitante corresponde un Contrincante?*

—Lo sospechaba. Todo era demasiado fácil.

—*Gaffé no lo sabe pero el azar lo trajo a nosotros y el Cambio lo volvió en nuestra contra. Era necesario para atraer al Contrincante.*

Silencio. Augusto César se tocó la barbilla, pensando, desconcertándose ligeramente al ver que su imagen continuaba con los brazos cruzados. Debería acostumbrarse a ello.

—*¿Quieres decir que Gaffé fue manipulado por el Cambio? ¿Podría regresar a nosotros? ¿Una vez cumplida su tarea puede que vuelva a estar a favor del Cambio?*

—*Tal vez.*

—*¿Qué hacemos con el Xanto?*

—*Destruirlo. Con tanta energía suelta es peligroso dejarlo libre. ¿Cuál es su símbolo? ¿El signo que lo representa?*

—Su símbolo es la máscara.

—*Deberás traerla, tienes que arrancársela. Es necesario que el Visitante la devore. El resto quémalo.*

Augusto César dudó un segundo.

—*¿Puedo quedarme con la capa?*

El reflejo sonrió. En ese rostro lleno de músculos enfermos, de venas marchitas, era como ver un manantial en el desierto, dulce y desconocido. Por un instante Augusto casi comprendió por qué sus seguidores darían la vida por él, casi enamorado de su imagen.

—*Ambos podemos quedarnos con su capa.*

Esa noche los jefes policíacos de la ciudad de Puebla, y todos los hombres y mujeres que entraron a los sangrantes cuartos en donde cercenados brazos sostenían multitudes de ojos, soñaron lo mismo: a un hombre enfermizo que les hablaba con todo el peso de la razón. Aunque lo que ordenara estuviera fuera de toda lógica, aunque la locura anidara en sus palabras:

—Capturen al Xanto, persigan al Xanto, destruyan al Enmascarado, acaben con el Luchador de las Multitudes.

Narcoluchador
Capo enmascarado de la droga libre
Técnico de los estupefacientes
Traficante encubierto y enmascarado
Luchador de la mota
Luchador de las Multitudes de la coca
Máscaradrogadicto
Jefe del cartel de la Arena por la droga
LSD (Luchador Siempre Drogado)

Acevedo soñó con Augusto César. Él también había entrado a los cuartos sangrantes, había penetrado por voluntad propia al interior de un hechizo. También recibió la orden del jefe de los Convocantes. Pero la limpia hizo que esa voz llegara lejana, un eco al fondo de una gruta.

Bajo la cama del reportero, Conchita había puesto un vaso con agua. Un remedio. En el agua, una yema.

Cuando la voz llegó a Acevedo en la yema surgieron ojos...

Al día siguiente salieron datos, notas, boletines. Asalto en el centro de la ciudad: se vio huir al Luchador de las Multitudes. Se descubre fraude inmobiliario: el sospechoso es un luchador. Hacienda persigue al enmascarado porque, desde que subió al *ring*, no ha pagado sus impuestos. El Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática levanta una denuncia contra él: qué es eso de andar con la cara tapada, oculto. No se ha tomado la foto, se lanza el rumor de que el Xanto tiene SIDA, la peste, debe ser detenido, quemado de inmediato.

¿Ha visto a este hombre?, rezan mil carteles pegados en la madrugada.

¿Reconoce esta máscara? Ayude a la sociedad y detenga al Xanto. Vivo o muerto, pero de preferencia muerto.

Las danza de los millones. La riqueza al alcance de la mano. Entréguelo, denúncielo, acúselo, muéstrelo, expóngalo a la luz. De inmediato llegarán patrullas, instantáneamente mandaremos hombres.

Los Cazadores se han vestido de policías y guardan armas especiales en sus cartucheras. Las armas blancas son las únicas que pueden terminar con un ser rodeado por la magia, el acero noble... por ello las metralletas son cambiadas por machetes, las pistolas por cuchillos, las UZIs por estiletes.

Nuevas tácticas, nuevas órdenes. Hay que cumplir, hay que obedecer.

DI NO AL XANTO, faltaba más.

Y del Xanto, ni sus luces.

XI

La Amenaza Roja no se veía nada amenazante. El luchador estaba fuera de lugar en el hospital, viendo el interesante espectáculo de un suero bajar gota a gota hasta su sangre.

Cuatro fracturas múltiples, un esguince en el atlas. Pinche Masacre, tan pendejo: no debería haber arrojado a la *Amenaza* fuera del *ring*. ¿Resultado? Fuera de las luchas, por lo menos, durante tres meses. ¿Y la papa? La Amenaza Roja suspiró. Lo único bueno es que la Arena se encargaba del Seguro, aunque no le gustó que le rechazaran la fotografía para la credencial en la cual estaba su conocida máscara y su nombre en grandes letras negras La Amenaza Roja. En cambio, decía Carlos Rodríguez Rojas y estaba su cara gorda y su pelo lacio y su bigote pequeño. Un hombre más. El hombre que en ese instante se puso a contar las moscas que caminaban en el limpio techo de su cuarto de hospital: ninguna. Qué bueno que se habían llevado el reloj. Así era imposible que calculara cuánto tiempo faltaba para el insomnio. Su esposa estaba en la casa, dándoles de comer a los niños.

Fuera de las luchas, por un tiempo. Solo con su rutina...

¿Cuál? Si su rutina eran los entrenamientos, las pláticas con los cuates, las parrandas que el Cavernario y el Tlaloc Vengador se aventaban cada vez que los técnicos (ellos) ganaban, el tiempo sobre el *ring*.

El cuello ortopédico impedía ver otra cosa que no fuera el techo. Ni siquiera una ventana. Pinche suerte.

¿Puedo estar peor? se preguntó y alguien, como respondiendo, tocó a la puerta.

—Pase —dijo, y miró el techo esperando que, quien fuera, se pusiera en su campo visual para identificarlo.

Era un desconocido. Peor aún, era un desconocido que estaba degollando un gallo negro sobre él.

La Amenaza Roja no pudo esquivar la sangre que bañó su rostro y, furioso, intentó apresar al desconocido para hacerle ver que nadie le hacía eso sin sufrir, mínimo, una llave al coxis, o una huracarrana.

El dolor lo sorprendió a medio gesto amenazante, pero eso no fue lo que lo inmovilizó por completo. De pronto, su mente se llenó de palabras. Voces oscuras coreando la voz del hombre parado ante su cama.

—Aghtw Hwsgu Ars Serv Det —decían.

Voces inhumanas, primordiales. El desconocido abrió la boca de la *Amenaza*, sin que él pudiera hacer nada, y lo obligó a comerse una yema negra.

Su mente se derretía, sus pensamientos. Bajo su carne los huesos empezaron a unirse, como si nunca hubieran estado rotos. Los ligamentos se curaban. La *Amenaza* se dijo que nadie regala nada, nunca. Sabía que el precio sería mucho mayor al de la salud recuperada.

No podía imaginar qué tan mayor.

XII

La Amenaza Roja miró la fábrica abandonada. Una autentica fábrica abandonada que iba a ser usada como Centro de Operaciones.

Era imprescindible portar una máscara de luchador para entrar. El Estrangulador conocía todas las máscaras y sabía cuáles estaban autorizadas y cuáles no. El tipo debería llevar una metralleta pero portaba una lanza. Parecía prehistórico y él estaba encantado de esa imagen. Todos estaban encantados. Hasta la Amenaza Roja, felices como chiquillos jugando a la guerra. Pero la guerra era real. Aún así, los luchadores estaban felices. En caso de que empezaran a masacrarlos en ese instante, seguirían felices. El hechizo que los ataba lo exigía así. A Gaffé a veces le desconcertaba ese efecto secundario: los Libros Prohibidos no mencionaban que al final de las ceremonias iba a tener un comando tan contento. Que guerrilla tan de buenas. Pero no podía quejarse. Era un ejército tan bueno como cualquier otro. Con pocos hombres, eso sí, sólo aquellos que fueron inmovilizados en el *ring* de la Arena Puebla y obligados a tragar una yema amarga.

El Gaffé que estaba sentado en su oficina era un hombre diferente al aterrizado Gaffé en el piso del hotel. Sus peores temores se habían concretado, y había escapado de ellos. De pronto vio a Augusto César no como el príncipe de lo Oscuro, sino como un hombre que necesitaba gafas para no perderse una masacre. Las gafas lo cambiaron todo. Era humano, débil. Podía ser destruido. Augusto era un peón de fuerzas enormes. Como Gaffé. El círculo debió protegerlo contra los seres influidos por el Cambio, y no lo hizo. Porque él también estaba influido. Ningún círculo mágico puede protegernos de nosotros mismos. Era un títere. Un maldito títere del Cambio. Por ello cambió de bando súbitamente, por eso vio la sonrisa de su padre muerto en un oso de peluche y en el rostro del Jefe de los Convocantes. El motivo por el cual sobrevivió a los Cazadores que debían impedir que saliera del DF. Era un lacayo de los que anuncian las vistas. *My Lord: Xanto, El Luchador de las Multitudes*. Era todo su papel. El encargado de llamar al Contrincante. Cumplida su misión, era desechable. Una ficha menor. Tendrían su ficha menor. Vaya si la tendrían...

La Amenaza Roja apretó el botón del ascensor. Cuando un elevador se abre, no se espera encontrar un escritorio en él, ni un hombre sentado detrás en una mecedora. Gaffé le hizo señas que pasara, mientras se balanceaba. Las puertas se cerraron y Gaffé apretó los botones necesarios para que el ascensor subiera. La Amenaza Roja sonreía aunque estaba desconcertado.

—Estratos puntuales —explicó Gaffé— el movimiento es una dimensión. Mientras me mueva constantemente no podrán localizarme.

—No hemos encontrado nada —dijo una risueña *Amenaza*.

Gaffé suspiró. Había olvidado que no importaba la nacionalidad del héroe: siempre huían antes de aceptar las gracias o cualquier otra palabra. El esoterista pudo

ver la capa del Xanto revoloteando al salir antes de que encontrara las palabras necesarias para decirle que debía salvar al mundo. Ahora, no podía localizarlo.

—Lo buscan para matarlo —informó la *Amenaza* como quien contara el final de un chiste demasiado bueno.

—Tenemos que localizarlo.

—No sabemos cómo. —El luchador tenía aspecto de acabar de recibir una herencia.

—Los héroes acuden siempre que hay peligro...

—En toda la ciudad hay peligro.

—Siempre se presentan cuando un colega está en problemas...

—¿Un luchador?

—Creo que te pondremos en un auto sin frenos, atado de manos, por una pendiente que acabe en un barranco con una bomba a bordo mientras la carrocería se incendia.

—De acuerdo —dijo una *Amenaza* que tenía el aspecto de quien ha descubierto que todas las mujeres con las que ha soñado están haciendo fila para entrar a su recámara.

Flotando en la felicidad la *Amenaza Roja* se bajó en el primer piso. Antes de que las puertas del elevador se cerraran Gaffé hizo una última recomendación.

—Hazlo con cuidado.

XIII

No recuerdo nada antes de despertar al lado de Aurora.

—Te quiero —dijo— y te voy a ir a visitar al manicomio siempre.

Un detalle tierno de su parte, pero creí que era una de nuestras tantas frases bobas que acostumbramos decirnos.

—No hasta que me metan.

—Te tengo que entregar.

Me volví a verla. Sus ojos eran grandes, tiernos y completamente decididos. Entonces, sí sonó real.

—No puedes ir por ahí haciéndole llaves a todo el mundo. Tú no eres el Xanto.

—Nunca he dicho...

—Te han visto, ya deben de andar buscándote —me abrazó, temblando— no opongas resistencia.

—¿Podría vestirme? digo, si vas a ir al manicomio debes ir bien presentado.

—Ni tanto, allá siempre tienen uniformes blancos, como batas de hospital hechas de tela de papel.

—¿Para qué?

—No te puedes ahorcar con ellos.

—¿Es en serio?

—Claro, no soportan más de 30 kilos...

—Lo de entregarme al manicomio.

—Puede no ser necesario. Depende de lo que diga el psiquiatra. Tal vez con terapia, descanso, medicina, tranquilidad, electroshocks...

—No me siento loco.

—No te ves loco. Pero le fregaste el cuello a Emita, la secretaria de tu escuela.

—Debió sentirse increíble.

—¿No te acuerdas? Amnesia, lagunas: síntomas de esquizofrenia aguda. ¿Te gusta pintar con crayolas?

—¿Para...?

—No sé qué llevarte al hospital. No fumas y allá te dan mantas.

—No creo que me este agradando esta conversación.

Aurora se sentó en la cama, estaba adorable y se veía dispuesta a llevarme cargando sobre su hombro hasta el consultorio del loquero más cercano.

—Algo debes hacer. No eres el Xanto.

—¿Y si te digo que todo fue una broma?

—Te diría que llegaste vestido como el Xanto a tu propia casa y te veías muy cómodo.

—Estoy más cómodo ahorita.

—¿Vas a ser tan cruel que me vas a obligar a llevarte por la fuerza?

—¿Podemos desayunar antes de ir a ningún lado?

Ella se puso de pie, ofendida, como si le hubiera hecho algo imperdonable. Se puso a recoger su ropa con manotazos enérgicos, después me miró de frente.

—¿Dónde está? ¿Dónde dejaste la capa?

—¿Cuál capa?

—La del Xanto ¿cuál habría de ser?

—Debe estar tirada por...

Empecé a ver a mí alrededor. Una máscara del Xanto, unas botas de luchador, una capa de 1.59 de alto, no es algo que se pierda así como así. Pero se habían perdido. En algún momento de la noche desaparecieron. No supe porqué, pero la boca se me secó de pronto, como si me hubieran comunicado una mala noticia.

Aurora me sirvió de desayunar, y apartó discretamente todos los cuchillos a mi alcance, mientras hablaba serena e implacablemente de nuevos descubrimientos médicos que podrían calmarme. No pude enfadarme. La locura no puede tomarse como falta de confianza.

Salimos a la calle y entonces nos encontramos que el Xanto tenía puesto un precio a su cabeza. Y qué precio. Por esa cantidad podría ir a entregarme yo mismo. Pero no creo que sea divertido gastarse tantos millones en una celda. ¿Qué podría hacer?, ¿decorarla? ¿Y desde cuando el Xanto es narcoluchador?

—Tienes que esconderte —me dijo Aurora después de haber visto el primer cartel de recompensa.

—No saben que soy yo.

—¿No saben que eres tú? ¿Me estás diciendo que eres el Luchador de las Multitudes?

—Digo, que no saben que yo me creo el Xanto.

—¿Y crees que Emita no va a decir nada?

—...

—Lo suponía. Tampoco podemos ir a mi casa. Ni a la de tus amigos.

—¿Dónde está la mujer que me iba a llevar al manicomio?

—Aquí, pero todo es muy raro. ¿Narco? ¿Tú? Por favor. Cuando comes, limpias los platos con demasiada premeditación para pensar que tienes dinero en algún escondrijo. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Vamos? Podría ocultarme por ahí solo.

—No te vas a atrever a dejarme al margen ¿verdad?

Se veía peligroso contestar a esa pregunta. Sobre todo, porque yo mismo no sabía lo que estaba pensando. Mi mente estaba al borde de un acantilado, y la razón susurraba, con la voz más baja posible, que lo mejor era no moverse.

No tenía recuerdos de ser el Xanto pero sí sabía que fue agradable haber derrotado a dos asesinos. Recuerdos que no debían estar ahí, que le ocurrieron a otro. ¿Cómo decirle a Aurora que el aire sobre nuestras cabezas tenía facha de estar haciendo figuras geométricas de viento y que yo debía impedirlo? ¿Cómo hacerle sentir la certeza de que la máscara no estaba oculta en ningún otro lado más que

dentro de mi cabeza, agazapada como una psicosis, dispuesta a salir cuando fuera necesario?

¿Cómo decirle que a la novia del Xanto siempre la secuestran en sus películas?

XIV

Para destruir al mundo se necesita socavar la realidad. Efectuar múltiples ceremonias para cambiarla, mutarla, transformarla. Los ritos estaban casi terminados y en todas partes era posible ver los resultados de esas frases blasfemas entonadas mediante ritmos precisos e impías ceremonias. La tecnología permitió tener un mayor control del proceso. Videograbadoras se prendieron al unísono para empezar a reproducir un mismo casete en diferentes lugares de la ciudad, cumpliendo uno de los ritos más difíciles de llevar a cabo: la ceremonia de la ubicuidad. Augusto César, en pantalla, dijo las palabras execrables, inició los últimos requisitos para destruir al mundo. Apuntadores electrónicos hicieron posible que ninguno de los Convocantes olvidara ni una sola de las sílabas de la liturgia escrita por seres no humanos (con ortografías, por supuesto, no humanas). Incluso el gran órgano de la Catedral de Puebla fue usado para sus propósitos. Mediante el simple pretexto de la reparación, le fueron adosados amplificadores y conductores de sonido y cuando sacaron a los monaguillos curiosos, un hombre conectó una guitarra eléctrica a un aparato y un requintista tocó una nota terrible, un tono blasfemo que fue interpretado por el órgano y amplificado por los tubos e invadió la Catedral con su sonido, haciendo vibrar las cúpulas, la piedra oscura. De inmediato surgieron hormigas blancas convocadas por esa nota. Hormigas albinas, que empezaron a fluir como invisibles corrientes desde lo más alto del edificio: un mar de seres, ríos en filita india de hormigas con ojos incandescentes que fueron a distribuirse por toda la ciudad. Casi invisibles, columnas terriblemente blancas que caminaban, sin fin alguno, incesantemente. En las noches era posible oír el rumor de las hormigas arrastrando los pies, eran tantas, interminables. Se fueron a hundir en la tierra de los jardines, se metieron entre las grietas, entraron en los condominios, aguardaban en los mercados, subieron a los edificios, viajaban en los camiones. Y la ciudad se hacía la desentendida, como si esa invasión silenciosa no tuviera que ver con ella.

Mientras tanto, los gatos se encontraron en sus correrías nocturnas con nuevos seres. Quienes se enfrentaron a esas cosas delgadas y llenas de nervios, terminaron en calidad de cuerdas para violín. Si no se les acercaban mucho no hacían más que brincar silenciosamente, bailando en los techos. A Emergencias llegaron víctimas de mordiscos bizarros, como si algo con tres hileras de dientes los hubieran atacado, generalmente amantes furtivos que no se dieron cuenta dónde demonios se apoyaban. Y había quienes cerraron las cortinas para no ver esas cosas aserrando con sus pequeños dientes todo el metal a su alcance. Por no hablar de las nuevas arañas que vivían en los callejones: esas no podían aplastarse con un pisotón, escuchando un agradable crujido como de totopo. Pisarlas era como pararse en tachuelas hirvientes, sobre un cable con electricidad. Arañas que susurraban lo que eran casi frases humanas, ominosas por esa particularidad. Si uno se esforzaba mucho (y la mayoría se esforzaba por no escucharlas) era casi posible descifrar el mensaje: *Sopa...* decían,

Sopa... ¿Sopa de qué? ¿De quién? La gente no les servía la sopa y punto. Era igual a su actitud frente a los múltiples carteles con la figura del Xanto. Algunos comentaban que raro se estaba poniendo el mundo, y algunos otros empezaban a acechar luchadores. Pero la mayoría no hizo nada más que leer el cartel y luego borrarlo de su memoria siguiendo costumbres ancestrales del lugar que aconsejaban no hacer nada, con la inmovilidad se acaba el problema, todo estará bien, mientras todo continúe como ayer y puesto que sobrevivimos el ayer el tiempo suficiente para llegar al hoy, el ayer era seguro, o no tan terrible, o mejor que el presente que quien sabe si alcanzará para llegar al mañana, y si el ayer nos permitió sobrevivir es lógico suponer que los tiempos pasados fueron mejores. El pasado era una guía aprobada para protegernos de cambios tan imprevistos como las nuevas décadas o los recientes monstruos nocturnos. No digas que hay criaturas aberrantes en tu techo y todos nos haremos los locos y será como si, efectivamente, no existan allá arriba más que gatos y amantes, y uno que otro escaso ladrón. Y tal vez desaparezcan si no se les mira. Nada pasa, todo está bien. Hasta las arañas que piden sopa, hasta las hormigas albinas que, en cuanto se dé la orden, segregarán aceites combustibles, un sudor hirviente que será encendido con sus ojos incandescentes. Aunque no exista un solo lugar en la ciudad libre de esos seres, todo está bien. Todo está bien.

XV

¿Cómo saberlo? ¿Cómo imaginarlo? Acevedo, el reportero gráfico de la *Amarga Realidad* y Agustina Concepción Contreras Vázquez, más conocida como Conchita la de la esquina. Dos adultos que no tenían nada que ver uno con el otro, a excepción de las limpias. Fuera de eso, la edad y los gustos de cada uno debieron mantenerlos alejados, pero ellos dos eran parte uno del otro, se esperaban sin sospecharlo siquiera. Acevedo oculto en sí mismo, seguro de ser el único que se interesaba por él, y eso sólo a veces; ella, salvadora sin empleo. Dos, uno. Ying, yang. ¿Cómo iba a imaginar Acevedo que se entregaría por completo al saber de Conchita, la cual trataba de librarlo del dolor atravesado entre los ojos del reportero, sin decirse que ella estaba dispuesta a todo por salvarlo del dolor punzante? Esa mañana en que ella iba con una purga compuesta a partes iguales de ruda, aceite de ricino, emulsión de aceite de bacalao SCOTT, kaopectate y epazote, en realidad era como si le llevara flores, chocolatitos a su amor. Pero, ¿cómo decirlo? Ni siquiera ella lo sabía, pero puso cara de estar enternecida al ver cuán valientemente se tomaba él esa cosa, confiando en forma ciega en ella y en que no se le notara mucho su deseo de vomitar esa substancia verdosa. Acevedo miró a la mujer sin saber que esperaba una recompensa en esa mirada, que le dijera que le agradaba así como estaba a las 6 am, cochambroso y enfermo y en cuanto vio un destello de algo en esos ojos (¿De qué? ¿Qué es lo que estaba esperando descubrir ahí?) le sonrió a pesar de que su estómago gruñía ominoso.

—Muy bueno —dijo queriendo decir otra cosa, tal vez que ella estaba muy buena, con sus casi cincuenta años encima, con esa figura densa y maternal y pesada, como diosa africana, como maría de mercado, como lo más hermoso que podía ponerse frente a sus legañosos ojos a esa hora.

—Hace efecto de inmediato —dijo ella, *y tu barba de tres meses también me hace efecto de inmediato y tus pelos parados en la cabezota y tu cuerpo todo seco y enclenque también me hace efecto de inmediato, pero yo sólo te traía un poco de... una purga, eso, una purga amor mío.*

—Gracias —dijo él—. ¿Qué va a hacer esta tarde?

—¿Por qué? —Martilleo en las sienes.

—¿Podríaaaaas...?

—¿Podría...?

—¿Hacerme otra limpia en la tarde? Me sigue doliendo la cabeza. —Era una manera de que las manos de ella le tocaran, pasaran por su cuerpo. Y, la verdad, no había ninguna razón para esa timidez tan fuera de lugar en personas de su condición (disponibles) pero la vida había sido tan cómoda desde que estaban solos, todo tan sencillo sin la carga de otras vidas. Además, no era su estilo enamorarse de pronto, derretirse por nada, balbucear frases, no hacerle caso a los intestinos que empezaban a bullir por la purga.

—Claro, en la tarde está bien.

—De acuerdo. Debo ir al periódico, y hacer un par de cosas, matar al Xanto y vengo para la limpia.

—¿Matar al Xanto?

—Sí, lo ordenan, dan regalos si lo entrega uno, pero eso no importa, anoche me dijeron...

La cara de ella se iba poniendo seria, dura.

—¿Le dijeron qué...?

—Una voz. En sueños. Me dijo que debía... matar, destruir, capturar, asesinar al Xanto...

Conchita se sentó en la cama de Acevedo, se le quedó mirando sin decir nada, recordó que venía a limpiarlo, que a él le habían hecho un *trabajo*, una brujería de primerísima clase.

—¿Vio a alguien en sueños?

—Un hombre amarillo —dijo Acevedo mientras su mirada se alejaba, como si estuviera dentro del sueño, como si una pregunta tan simple volviera a introducirlo en ese momento.

—¿Y lo conoce?

—Ninguno de mis conocidos es tan amarillo.

—¿Estaba solo?

—Él sí. Yo no.

—¿Quién estaba con usted?

—Azules, uniformados, policías, comandantes, jefes, Gómez.

—¿Y todos iban a matar al Xanto?

—Sí, al tipo de la máscara, al narco que se cree luchador.

—¿Y usted va a matarlo?

—Sí. —En ese instante Acevedo se dio cuenta de sus palabras: ¿matarlo? ¿Él? ¿Ponerse al frente de la cacería de un narcotraficante? ¿Qué demonios estaba diciendo?— Yo... pensé... debo... esa voz dijo... esa voz ordenó...

—Esa voz es el hechizo —completó Conchita mirándolo con aspecto lúgubre, preocupada por él.

Grunoij, dijo el estómago del reportero.

—Piense: ¿quiere matar al Xanto?

Bludunob, afirmó con tono reflexivo el intestino delgado.

—No.

—¿Qué quiere hacer, Acevedo?

Huk huk job, canturreó el intestino grueso.

—Quiero hacerle el amor, Conchita —dijo Acevedo, sorprendiéndose a si mismo mientras corría al baño—. ¡TE AMO! —le gritó desde ahí.

Para Conchita la voz del reportero fue el mejor sonido del mundo. Todos los demás ruidos que surgían de ese baño eran intrascendentes.

XVI

Manuel Hernández declaró ante la policía que él era guardia de seguridad de la agencia automotriz Alpha Hermanos, no el único guardia pero sí el más chingón. Sonrió, pero debió aclarar ante el aspecto serio de los policías: de acuerdo, no tan chingón, después de todo se habían volado un carro de la agencia. El declarante dijo que estaba viendo la calle, cuando se detuvo frente a la agencia un camión lleno de luchadores y la verdad, de inmediato echó ojo a ver si no había un Xanto en medio de tanto enmascarado porque unos milloncitos no le hacen mal a nadie, pero no reconoció ninguna máscara. Había de todos colores: máscaras blancas y verdes y azules y brillantes, muchas máscaras y muchos luchadores que entraron, eso sí, de muy buen humor, preguntando qué cuánto costaba un auto. Querían uno sin carrocería, y pues tenían uno en exhibición, para que los clientes vieran qué motorsote; pero no se vende. Y los luchadores deseaban ese auto pelón, y no paraban de sonreír, como si todos compartieran un chiste común. Y como quien no quiere la cosa, el que declara se revisó no fuera a traer el cierre bajado y no, nada, nada justificaba ese buen humor, y creyó que a lo mejor se habían sacado la lotería y querían comprar un auto pelón para ponerle una especie de máscara al vehículo, y él también estaría sonriendo si pudiera hacer eso. Pero le dijeron que no. Lo que deseaban era que se incendiara y querían que las llamas se vieran bien bonitas saliendo del auto y que un luchador, y entonces señalaron a uno con una máscara roja, estuviera subido ahí y había sugerido que las llamas iban a lucir más chidas si quitaban toda la carrocería. Uno de ellos le preguntó al declarante dónde podrían conseguir una bomba, y les dijo que ahí tenían un surtido completo de bombas de gasolina, pero le respondieron que bomba, bomba, de esas como las de las películas: con un relojito con números rojos que marchan hacia atrás y cuando llegan a cero explotan, desgraciando todo lo que se encuentre junto. El declarante les dijo, ya que estaban en ese plan, que para qué una bomba. Que subieran al chasis una salchicha, de esas que venden en las ferreterías para el gas, pero sin gas sino repleta de gasolina. Con el calor del carro incendiado el aluminio con el que están hechas esas cosas se iba a poner caliente. Caliente el aluminio se calienta la gasolina en su interior. Caliente la gasolina se evapora. Evaporada iba a hacer presión contra la salchicha, y cuando la presión fuera mucha iba a desgarrar el aluminio. Desgarrado el aluminio iba a dejar escapar un chingo de gasolina evaporada, y ese gas era reteinflamable y al tener aire y llamas juntos iba a hacer un hermosísimo hongo de fuego. Y el hongo de fuego de seguro iba a hacer barbacoa a su amigo y ni la máscara iba a quedar. Y el que declara jura que se los dijo porque se veían tan contentos que creyó que nomás iban de mamones, y agregó que disculpen la palabra, pero se veían mamones. ¿Cómo diablos iba a saber que le iban a hacer caso?

Hubo cosas que el teniente Adalberto Villa Chimal no declaró ¿para qué decirles a los judiciales que una voz en sueños le había ordenado matar al Xanto? Cuando entraron esos luchadores a su oficina, todos muertos de la risa, de inmediato su mano saltó a la pistola y aferró la culata dispuesto a disparar sin previo aviso a cualquier máscara del Luchador de las Multitudes, pero todas las que habían entrado eran diferentes. Escuchó una risita detrás de él y antes de que pudiera hacer nada, ya le habían aplicado una llave terrible de tan sencilla: bastaba con que el tipo que lo aferraba tensara los bíceps para que el cuello del teniente crujiera por última vez. Uno de los luchadores le quitó la radio del cinturón, y dijo:

—Bloquee el paso a desnivel de la central camionera e impida el tránsito de todas las calles hasta Plaza San Pedro, y un poquito más allá.

El teniente no preguntó el motivo, sólo dio la orden mientras los secuestradores competían a ver quién podía enseñar más dientes con las más absurdas sonrisas. Todos ganaron. *Estos me van a matar*, pensó el teniente, tanto buen humor no tendría otra explicación. Adalberto no le dijo a los judiciales, pero les ofreció una lanita a los enmascarados para que lo dejaban ir. Nomás la cuota que les cobraba a los oficiales con moto, nomás eso pero suficiente ¿no? Las máscaras lo miraban como quien ve un estupendo número cómico y él empezó a sudar frío y dijo que ya podían irse pero le contestaron que esperaban hasta que terminara todo. Y a pesar de que la llave no había sido retirada, y su cuello (su preciosísimo cuello, el único que tenía) continuaba en peligro, hizo la cosa más valiente que había hecho en su vida.

Sonrió.

—Yo puedo estar de su parte —dijo—. Yo los puedo ayudar.

Pero no le creyeron. Las sonrisas pierden mucha credibilidad si castañetean los dientes.

El reflejo miró hacia el cielo, aunque dio la impresión de estar examinando el marco del espejo de mano que Augusto César llevaba a todas partes.

—*Alguien...* —dijo esa voz de uñas de acero sobre aluminio congelado.

—¿*Alguien...* qué?

—*Alguien está realizando una invocación. Puedo sentir las corrientes del llamado.*

Augusto César, experto en invocaciones, imaginó a hombres ominosos en habitaciones negras entonando cánticos blasfemos.

—*Preparan un altar.*

—¿Dónde?

—No lo sé. Un altar sobre ruedas. En vez de incienso queman gasolina. Y tienen una no-víctima.

—¿Una qué?

—El sacrificio negativo.

—No entiendo.

—Alguien que no debe morir, que debe ser salvado y para ello es ofrecido en sacrificio. Lo atan al Altar, lo encadenan, esposan, amarran con nudos marineros y nudos gordianos, le ofrecen un cigarrillo que acepta, se lo quitan ahora. Es malo para la salud.

—¿Quiénes? ¿Dónde?

—No lo sé. El altar es puesto en una pendiente. Le han prendido fuego. El altar arranca.

—¿Qué hace **qué**?

—Es un altar último modelo, de cuatro cilindros. Buen motor. QUITAN el freno de mano. Ahí va, bajando. Está rodeado de fuego. Atrás hay una salchicha. La víctima es roja. Aún a salvo. El fuego es mantenido atrás de él por la velocidad. Pero la salchicha se calienta.

—¿Es cosa de Gaffé?

—¿De quién más?

—Es una ceremonia extraña.

—Eso no es nada —el reflejo miró de frente a Augusto, a este le encantaba que lo hiciera, aunque su voz de hielo tuviera un tono ofendido, como quien habla de una terrible falta a las buenas costumbres— *no sé por qué, pero los Invocantes se han sentado a ver su altar alejarse en llamas, y se están riendo.*

El auto bajó a toda velocidad desde la cumbre del paso a desnivel. Los puesteros que rodeaban la central camionera aplaudieron cuando el vehículo empezó su llameante camino. Los motociclistas que bloqueaban las calles vieron pasar el auto envuelto en fuego, dejando detrás de sí las huellas oscuras de las llantas derritiéndose. Todo se veía terriblemente peligroso. Parecía cómo un acto de magia, escapismo enmascarado; buscaron un segundo a las cámaras de televisión pero no había ninguna. No importaba. Las llamas eran hermosas y todo estaba bien, porque si no hubiera estado bien ¿habría sonreído el tipo atado al asiento?

Y el único que sabía qué demonios esperaban, La Amenaza Roja que en ese

momento era la Amenaza Acalorada, se dio cuenta de que estaba a unos 200 metros de una patrulla atravesada en el camino, y que ese era el fin del viaje, quiso mirar a su alrededor pero la forma en la que estaba atado sólo le permitía ver al frente, a ese acero gris que marcaba el fin de todo, la salchicha empezó a crujir y de pronto se escuchó una serie de golpes y un silbido y algo se prendió allá atrás, más fuerte que el anterior fuego, tan brillante que opacó a la luz del medio día, que hizo posible ver la sombra de las llamas del incendio anterior y, bueno... ¿no era hora que se apareciera el Xanto?

XVII

—¿Cara de qué tengo?

Aurora no lo pensó ni un instante.

—No quieres que te responda a *eso*.

—En serio. ¿Cara de qué tengo?

—¿La verdad?

—¿Aún me veo como Arturo?

—*Eres Arturo*.

La miré. Quise creerle. Seguí conduciendo, mientras ella me hacía un millón de preguntas con la mirada.

—No me siento muy Arturo —le dije, para tranquilizarla.

—No te ves muy Arturo.

Sabía cómo me veía: pálido, tembloroso, sudando, con las manos retorciéndose sobre el volante del VW. Más o menos como lucía desde que empezaron de nuevo los gritos en mí cabeza. Gritos nuevos, hasta eso. ¿*Listos?* ¿*Luces?* *CÁMARAAAAA...* El rumor de gente que no estaba ahí, correteo de ratas en mi mente. Incesante.

¿*Listos?*

No, no me encontraba listo. No mientras no terminara de decidir si estaba tan loco como para haber contagiado al mundo. Había gente convencida que era el Xanto, tanto que daban dinero por mi captura. Aurora, para tranquilizarme, hablaba de personalidades múltiples. Tal vez sí fuera un narcoluchador, pero mi parte consciente (bueno, aquello que llamaba consciente) ni se enteró. Aurora y yo, nos habíamos tragado un montón de libros de divulgación sobre problemas mentales. En sí, las lecturas nos dijeron que todo era posible.

Casi todo.

¿*Luces?*

En los ataques de epilepsia psicomotora había algo que llamaban un aviso sensorial: a veces era una alarma y a veces un disparador de la psicopatía. Generalmente un olor desagradable, un sabor extraño, un sonido desconcertante.

CÁMARAAAAA...

Tal vez los gritos fueran eso, pero...

¿*Listos?*

¿Qué había de la sensación de que no había nada malo, y si todo bueno, en convertirme en el Luchador de las Multitudes?

—No puedes permitírtelo —dijo Aurora— no con estos precios, no mientras sea tan atractivo entregarte.

O sea que nunca, jamás, podría permitírmelo.

¿Y quién decía que yo me lo permitía?

Era la sensación de una tormenta que se acerca, el aroma húmedo y eléctrico de la lluvia; tan inevitable como la marea. Y más cuando...

—¿Hueles el humo?

—No huelo nada.

Miré al frente. Los autos se estaban deteniendo, empezaron a sonar bocinas. Un embotellamiento. Otro.

—Cerraron las calles de la central camionera —dijo Aurora.

Lo cual no era ninguna novedad, desde que hicieron el famoso paso a desnivel por una razón u otra se cerraba a cada rato. Todo el mundo se sabía una ruta alterna cuando no func...

¿Luces?

—Tenemos que ir allá —dije, como quien dice que desea ir al baño, con ese tono de urgencia que no admite replica alguna.

—Sólo tienes que volar sobre estos carros.

—Tengo que ir...

—Arturo. ¿Estás bien?

—Llevamos semanas discutiendo sobre personalidades múltiples, leyendo sobre locura, examinando síntomas ¡¿Y me preguntas si estoy **bien**?! Sí. Estoy bien. Pero tengo que ir a ese paso a desnivel.

CÁMARAS...

—Van a quemar a alguien si no estoy ahí.

—¿Qué?

Traté de explicarle a Aurora que, simple y sencillamente lo sabía, cuando me di cuenta que no había tiempo de nada. Lo supe porque empezaba la frase final del estribillo.

¿Listos? ¿Luces? CÁMARAAAAS...

Me bajé de un salto del VW, yo que siempre me enredo con el volante, me engancho con las manijas, atoro los pies en los pedales. Un salto heroico. Empecé a correr, pero los autos estaban casi defensa contra defensa. Durante un rato salté entre ellos, y después, sin pensarlo ni por un segundo, estaba sobre un capacete, sobre un techo, corriendo. Para entonces sentí que la camisa estaba de más y quise quitármela mientras corría como supongo hace Clark Kent, pero no era necesario. Ya no tenía camisa. Había desaparecido. Junto con mis zapatos y mis pantalones. Pero no corría desnudo. Tenía botas relucientes, capa ondeando detrás de mí, y sin dejar de abollar láminas de combi, fibras de vidrio de autos, corría sobre el metal caliente del embotellamiento. Me toqué la cara. No tenía. Tenía algo más.

Máscara.

¿Listos? ¿Luces? CÁMARAAAAS ACCIOOOOOOOOOOOOOOOOÓN.

Aurora gritó. En el mismo instante en que Arturo se transformaba, el VW (que después de todo, era el auto del héroe) se volvió otra cosa; vibrando, como si se

hubiera convertido en una cama de agua. El de por sí pequeño espacio, comenzó a compactarse. La mujer vio como el volante se volvía más pequeño y un tablero nuevo ocupaba el lugar del anterior, como un espejismo solidificándose. El techo desaparecía, y mientras las curvas del auto se alargaban, el metal enrojecía, y antes de darse cuenta se encontró sentada en un Corvette 1957 rojo con franjas blancas. De inmediato sacó un libro de su bolsa. Una de sus nuevas lecturas. Se puso a buscar en el índice CONTAGIOS.

Saltar, brincar, correr sobre los autos. Las bocinas empezaron a sonar pero nadie podía ver quién estaba ahí arriba; sólo lograban atisbar unas botas relucientes, la punta de una capa. Quienes pudieron sacar la cabeza a tiempo y ver al luchador no se animaron, por nada del mundo, a echarle bronca al Xanto. A lo lejos se veía el paso a desnivel. Un conjunto de tubos amarillos fingiéndose un puente elevado, una montañita con una carretera arriba. Y sobre todo ello: un auto sin carrocería y un hombre atado al asiento. El Xanto de un salto se colgó a un tubo, y antes de darse cuenta estaba trepando con una prisa increíble, dispuesto a luchar, a hacer polvo a quienes en ese momento se encontraban prendiendo una mecha, arrojándola a un colchón sobre el cual habían puesto una salchicha con gasolina.

Con un último esfuerzo el Luchador de las Multitudes, saltó en medio de ellos, tensando los músculos dispuesto a la batalla, listo para derrotarlos a todos mediante patadas voladoras, llaves de caballito y revoloteo de capa. Pero los luchadores sólo lo saludaron con una sonrisa. Desconcertado, el Xanto dejó caer los brazos. No iba a haber pelea. Oyó el rugir del motor y se volvió a tiempo para ver cómo el automóvil en llamas empezaba su furioso recorrido. De un brinco trató de alcanzarlo. Pudo haber aferrado el parachoques y subido al auto y desatado a la *Amenaza*, pero el auto no tenía parachoques. Simplemente cayó de bruces sobre el pavimento, con una mano cerrándose inútilmente en el aire y vio como la *Amenaza Roja* se alejaba a toda velocidad.

No era tiempo de lamentaciones, se puso de pie y vio la bajada del puente. Sin pensarlo se subió al tubo que hacía las veces de barrera de contención y se deslizó por él como si fuera un tobogán, una resbaladilla. Por supuesto, su velocidad no podía compararse a la del auto; pero avanzaba. Un remache, dos, tres, marcaron líneas sangrantes en sus piernas. Cuando se acabó el tobogán la *Amenaza Roja* le llevaba una clara ventaja, menos mal que ahí estaba la motocicleta de un oficial que dudó, el tiempo suficiente, entre sacar un arma o pedir un autógrafo, para que el luchador se subiera de un salto al vehículo y se lanzara detrás del auto.

Los espectadores que miraron pasar el chasis incendiado, casi se perdieron de ver, un segundo después, al Xanto en la moto detrás de él, pero una vez que ubicaron quién iba al rescate aplaudieron, felices, porque hay pocas cosas que se vean tan

bonitas como un hombre con capa brillante yendo a cumplir con su misión.

Estaba a unos cuantos metros, las llamas saltaban hacia la motocicleta, el parabrisas de plástico se retorció por obra del calor. El luchador se puso al parejo con el auto y se preparó a saltar. Lástima que en ese instante la capa se enredó en la llanta trasera. Alguien que no tuviera un cuello tan fuerte como el Xanto podría haber sido ahorcado, pero la tela se desgarró, trabando el eje y el luchador fue despedido fuera de su transporte, que dio espectaculares saltos y brincos y se dispersó en cientos de pedacitos en vano porque nadie le hizo caso, pues todo el mundo que veía el rescate estaba atento a la trayectoria de la caída del Xanto que en el aire logró, de alguna manera que no tenía nada que ver con la lógica, interceptar el camino del carro en llamas y caer sobre la salchicha. Las botas empezaron a despedir humo mientras sus suelas de llanta se derretían. La *Amenaza* no podía escuchar los aplausos porque los dejaron atrás de inmediato. Enfrente, a unos cuantos cientos de metros, había una patrulla atravesada en medio del camino, cuyos oficiales entendieron cómo estaba la situación y salieron hechos la mocha del vehículo y se arrojaron al piso previendo una explosión la cual, por cierto, estaba a unos cuantos segundos de producirse. El Xanto se bajó de la salchicha, tomó el asiento de la *Amenaza Roja* que no se daba cuenta de nada más que la cercanía del fin (cosa que, por el hechizo, le parecía de lo más graciosa). No había tiempo de desatar tanta cadena y cuerda y moñito, el Luchador de las Multitudes (las cuales también se dieron cuenta de lo inminente del choque y la explosión inevitable y se habían arrojado prudentemente al suelo y atisbaban, muertas de curiosidad) tomó el asiento y con un titánico esfuerzo lo arrancó de la carrocería. En ese instante hubo un resplandor detrás de ellos, el inicio de la explosión, mientras el frente del auto se incrustaba artísticamente contra la puerta de la patrulla. Tal vez por ello, o por una última acción del Xanto, el asiento, la *Amenaza* y el Luchador de las Multitudes fueron despedidos de lo que era ya una bola de fuego y cayeron a salvo al otro lado de la patrulla; algo quemados, rasguñados, amoratados, heridos, pero a salvo.

El Xanto trató de tomar aliento mientras que la *Amenaza*, aún encadenado al asiento sonreía.

—Te necesitamos —dijo.

—Me necesitabas —corrigió el Xanto.

—No. Lo peligroso aún no ha comenzado.

Antes de que el Xanto pudiera pedir detalles, los policías de la patrulla cayeron sobre ellos.

XVIII

No hubo ninguna imagen televisiva, ni un reportero a tiro de cámara. Llegaron cuando ya el auto y la patrulla eran escombros, humo aclarándose en el aire. La multitud se había ido a su casita, maravillada por los acontecimientos del día. Los niños se llevaron, como juguetes y memoria: pedacitos de capa, de coche, de moto. Los pocos testigos fidedignos se habían marchado ya a divulgar la noticia más allá de la comunicación de masas; por medio de la comunicación de mesas (de cantina, de cafés, sobremesas familiares). Y mientras la anécdota daba vueltas, se transformaba: era más brillante al pasar por cada nueva boca, tenía más aire de verosimilitud entre más se repetía. La leyenda en marcha. El Xanto en motocicleta esquivando mil obstáculos y a una patrulla llena hasta los topes de gendarmes ametrallando a quien estuviera junto, que si bien nunca se encontró ahí, la imaginación la colocó porque hacía falta: alguien echando tiros y tratando de detener la heroica acción de liberar a un inocente atrapado en una pipa de gas. Las charlas sobre esa acción eran ceremonias sencillas, pero aún así profundas. Quien lo narraba se volvía no sólo un mero espectador, sino una parte importante del hecho. De alguna manera, todos los que hablaron de esos segundos vertiginosos se convirtieron en el Xanto. Ese mismo Xanto que de inmediato identificaron como el verdadero, el real Luchador de las Multitudes. El auténtico enmascarado que, por supuesto, no tenía nada que ver con el delincuente que los miraba desde los carteles de recompensa, acusado de todo, culpable de cualquier crimen; según los impresos narcoluchador, porque ahora los malos eran narcos y si aún los caballos fueran lo máspreciado en un mundo sin autos sería acusado de ladrón de caballos, cuatrero. El público empezó a desconfiar. Intuía, como hace siempre, que se buscaba al Luchador de las Multitudes por algo muy diferente a lo que se afirmaba. Estaban en lo cierto. De pronto, cada uno de los carteles que prometían una recompensa se volvió una aclamación. *Les gané*, decía la voz silenciosa del luchador, gritaba con su ausencia: *triunfé sobre estos millones, ya que nadie me ha entregado soy más poderoso que la codicia, que estos carteles obsesivos y los perros tras mi pista*. Una ovación impresa. Un triunfo sobre esos traidores a dos tintas. Y a la gente le encantaba que alguien ganara en alguna ocasión. Cuando el jefe de la policía habló de los daños causados por el enmascarado al paso a desnivel, culpable de dañar una importante arteria de esa ciudad desangrada, aún los que no habían estado presentes, ni habían oído del rescate, desconfiaron. La magia no tuvo nada que ver en ello. Fue la magnitud de la cacería, los rumores terribles contra el Xanto. En un principio la ciudad los ignoró, pero el rescate no fue un rumor. Fue un hecho comprobado. Ahí estaban los restos de los autos, el par de oficiales heridos que fracasaron al intentar capturar al Luchador de las Multitudes. No invenciones. Todos lo vieron. Todos fueron testigos. Todos podían jurar que era verdad. Aún los que no estuvieron ahí. El Xanto bajó del paso a desnivel ondeando su capa, a salvar a alguien en problemas. Cualquiera podía estar en problemas. Cualquiera, en esta vida

tan rara, podría encontrarse, sin saber cómo, atado a una pipa sin control. Qué bueno que exista el Xanto, qué hermoso, qué justo que haya Xantos. Aunque los medios de comunicación digan lo que digan; sólo es importante esa sensación de justicia, ese símbolo de que no todo está perdido. Las leyes parecen que se han vuelto en contra de todos aquellos que no tienen ningún poder, entonces, si hay alguien tan chingón como el Xanto, si existe alguien dispuesto a sacrificarse por un desconocido atado a las llamas, entonces no es raro que los códigos y las reglas no lo entiendan, es ya difícil explicar cosas tan sencillas como un héroe. Es lógico que, ahora, los héroes estén al otro lado de la ley. Por ello, por eso, por todo, la gente recordó que, en realidad, siempre les ha ido a los técnicos, aunque los rudos tengan de su parte al réferi. Siendo así se ama más a los técnicos.

De pronto fue sencillo darse cuenta de que, aunque los técnicos perdieran, ganaban. De pronto todos regresaron a esas épocas en que podían confiar al menos en algo:

El Xanto daría una buena lucha. Era bueno recordarlo.

XIX

El último de los ritos importantes ya había sucedido. La llegada del Contrincante. En cuanto el marco astral fuera propicio: la destrucción. Sólo era cuestión de tiempo, independientemente de las acciones de los Convocantes. Pero no había que aburrirse esperando el holocausto de la humanidad. Había cuestiones en qué ocupar el tiempo. El *Visitante*, rodeado por la energía cambiante de la nada, se volvió a ver con un millón de ojos a su séquito. Si un humano estuviera ante todas esas formas aberrantes enloquecería. Perfecto. Iba a salir a realizar un desfile en cuanto terminara con el deber agradable de devorar esa máscara que lo retaba. El *Visitante* podría haber sonreído, pero anatómicamente estaba impedido para hacerlo. Le dio una orden a sus criaturas y estas desarrollaron babeantes bocas, labios palpitantes de gusanos, dientes afilados, oscuros como lápidas negras, y les ordenó que sonrieran por él. Que se rieran por él. Que se carcajearan por él.

El reflejo de Augusto César leía tranquila, serenamente, fingiendo no darse cuenta que Augusto tenía el libro al revés y le lanzaba rápidas miradas. La imagen sabía que César se bañaba con agua fría para no empañar el espejo. La figura de cristal, con su libro, ocultó una sonrisa (casi tímida y cruel, muy propia de Augusto).

No quiso decirle que el deseo del jefe de los Convocantes se había cumplido al fin. Dentro de ese cuerpo enfermo alentaba un sentimiento. Más sorprendente aún, un sentimiento por alguien. Que ese alguien fuera él mismo, su imagen animada, era intranscendente. Los placeres de la espera, del atisbar furtivamente buscando un instante, algo que atesorar del ser amado.

De pronto la imagen dejó a un lado el volumen y empezó a carcajearse.

—*César* —dijo, en cuanto pudo recuperar un poco de aire, su resuello se escuchaba como vidrio molido en una licuadora— *es hora de entrar en acción.*

Primero: el ejército. La infantería. Soldados que despertaron sin saber que habían sido reclutados, abriendo los ojos (los que aún tenían) rodeados de oscuridad y tierra. Cadáveres en diversos estados de putrefacción que empezaron a moverse sin previo aviso provocando más de un ataque cardíaco entre los gusanos que se alimentaban de ellos. El primer batallón (el único, por el momento) se encontraba bajo el panteón municipal de la ciudad de Puebla. Tenían una orden precisa: reunirse al toque de diana al caer la noche. Para ello debían salir de sus tumbas, escapar de sus nichos, abrirse paso a través de las criptas. Hubo quienes tuvieron el trabajo sencillo, sólo debieron escapar de sus ataúdes de madera y abrir tierra reciente. Algunos cuerpos no eran aptos para las filas, sobre todo los esqueletos que se deshacían con sus patéticos esfuerzos por avanzar como una unidad y no como una multitud ósea, o la ceniza de

los cremados que se deslizó de sus contenedores y avanzó como un viento oscuro y fue a formarse en inofensivos montoncitos grises dispuestos a la batalla. Pero hubo ejemplares magníficos; cuerpos que casi podían pasar por humanos muy pálidos y medio podridos, y muertos con todo el aspecto de que esa había sido siempre su apariencia natural, orgullosos de sus mortajas oscuras y de sus ojos hundidos y sus dientes negros y su saliva viscosa. Esos fueron los Oficiales. Los que recorrieron las filas escogiendo a sus subordinados. No era un ejército muy resistente en cuanto lucha cuerpo a cuerpo. Por ello, cada uno recibió la consigna de conseguirse un pedazo de metal y afilarlo como una lanza. Una armada sin pertrechos, valiente ejército, murmuraron unos pocos quejosos, pero así es la vida. Es decir, la muerte. El pelotón estuvo reunido en cuanto salió la luna y para entonces los veladores del panteón, habían decidido que lo más sano para su cordura mental era fingir que allá afuera nada pasaba, mejor era prender la tele y refugiarse en su resplandor azulado y responder a la pregunta. ¿HAN VISTO A ESTE LUCHADOR? con un:

—No, pero lo que daría por verlo ahorita.

Pero el Xanto no estaba ahí para detener a la disciplinada fila de muertos que salieron a las calles de la ciudad en busca de una máscara que destruir.

Más tardó Emita, la secretaria de la preparatoria *Héroes de la Batalla de Puebla* en denunciar a Arturo Villalobos como presunto Xanto; que las patrullas en llegar a su departamento. Tiraron la puerta para entrar ametrallando el desorden, todos en bola en busca del botín, pero no había ahí más que un cuarto desarreglado que fue puesto de cabeza buscando pistas. Como, por ejemplo, la foto de Aurora en bikini. Fue identificada como Aurora Roldán Parrilla no por ningún sistema sofisticado de investigación, sino porque una vecina fue a asomarse para ver qué pasaba en la casa del maestrillo. A esa vecina no es que le importara la vida de los demás, porque uno ya tiene suficiente con la propia, pero no sólo dio el nombre y el lugar de trabajo y el horario y la dirección de Aurora sino el tipo de vehículo que manejaba y hasta las placas y, ahora sí, no había sólo un dibujo del Xanto, sino un par de rostros que perseguir.

XX

Gaffé miró al Xanto. Un hombre. Tendría que bastar. Miró a Aurora, una mujer. Las mujeres le resultaban extrañas, aún más que los seres de otra dimensión. Pero, en cierta forma, tenía derecho a estar ahí, aunque torciera la boca y lo mirara con evidente desconfianza. Durante un segundo se hizo el silencio en la fábrica, sólo había el chirrido provocado por las cuerdas de la hamaca en que se balanceaba Gaffé.

—El movimiento es un estrato puntual... —empezó a decir, pero el Xanto lo interrumpió.

—Lo sé.

Era una voz extraña, profunda y gruesa, al parecer desincronizada de sus labios, como si las palabras vinieran de otro tiempo o lugar. ¿Quién hablaba con la voz del Xanto?

—Profesor —dijo el Luchador de las Multitudes, y Gaffé no pudo decirle que él no era profesor de nada porque el enmascarado estaba habituado a tratar con profesores esotéricos, con científicos locos, policías honestos, reporteros excelentemente bien vestidos— comprendo que el mundo está en peligro.

—No sólo el mundo —contestó Gaffé— también la Realidad.

—¿La realidad? —dijo Aurora, incrédula, como si no estuviera rodeada de luchadores.

—La huella astral de la humanidad. Ya sé que sin el saber de los Estudios Secretos, las afirmaciones esotéricas suenan como afirmaciones esotéricas. Podemos decir que el mundo va a terminarse y que hay fuerzas generando Cambios, y de no probarlo sólo queda como una tontería, pero, señorita ¿no ha visto a los niños últimamente jugar bastante con brujas?

—¿Brujas? ¿Hechiceras?

—No, no, brujas, esos parientes cercanos de los cohetes.

Pequeñas esferas de papel que se arrojan al suelo y truenan.

—Sí, los he visto —admitió Aurora, ahora que lo pensaba había estado oyendo esas diminutas explosiones, como si los niños estuvieran desarrollando una minúscula guerra sin bajas— ¿qué tiene que ver con...?

Gaffé hizo un gesto casi elegante para callarla. Luego, se agachó, y tomó algo del piso, algo que se había ido moviendo imperceptiblemente y después de incorporarse con evidente esfuerzo (los años, los kilos, el no dejar de balancearse) lo arrojó contra el piso.

Bang. Bruja. Chinampina.

—¿Y?

—Lo que acaba de escuchar no era una bruja, ningún juguete pirotécnico para niños. Era una hormiga. Y si no me cree, vea el piso.

Hormigas blancas, moviéndose. De pronto Aurora fue consciente de que las había estado mirando a últimas fechas por todas partes. Hormigas albinas. Tomó una, con

mucho cuidado. Mayor que cualquier hormiga; con demasiadas patitas, asimétricas, impares. Con un ligero movimiento de muñeca, la soltó.

Bang.

Hormigas explosivas. Habría sonreído, pero existían demasiadas arrastrándose por el suelo, por toda Puebla.

—Son seres del Cambio. También pueden encender cigarros o estufas. Basta con frotarlas contra una superficie áspera. En cuanto se dé la señal, tan pronto como las estrellas estén en posición: incendiarán la ciudad. Sus llamas se alimentan del Cambio, pueden quemar aún lo incombustible. Se reproducen en el fuego en magnitudes geométricas.

—2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256... —empezó a murmurar el Xanto, que lo sabía todo.

—No son tantas.

—Piense en millones de unidades, en miles de centígrados —dijo Gaffé, que hace unos meses lo había deseado así, alegrándose en esos tiempos por las cifras, seguro de tener un cómodo sitio en el Umbral alejado del desastre, cuando no era más que una sombra de Augusto César, otro más de los Convocantes. Ahora ya no lo era, pero no existía refugio alguno—. Tardan segundos en multiplicarse. 120 horas después de la ignición, su masa total será igual a la del continente. Para entonces la temperatura que generarán habrá derretido al planeta.

¡MUNDO DESTRUIDO POR HORMIGAS!

No era un buen titular, pensó Aurora, pero aún así sintió miedo. Tal vez, sólo tal vez, todo fuera parte de un ataque esquizofrénico estilo *pas de deux*, pero eso no quitaba la sensación de que se hallaba al borde de un precipicio.

—¿Cómo podemos destruir a las hormigas?

¡A pisotones no!, estuvo a punto de decir ella.

—Las hormigas no son el verdadero peligro. Hay cosas peores allá afuera. Hemos dejado pasar demasiado tiempo. Es imposible acabar con el Cambio, hemos perdido ya una buena parte de Realidad. —Gaffé miró, reflexivo, al Xanto. Después fue consciente de que estaba en una fábrica abandonada recién salida de la nada, y que él era el general de las fuerzas del bien. Con un ligero sobresalto se dio cuenta que había desarrollado un gusto por fumar en pipa, y una voz con un acento levemente austríaco y un aire de sabiduría surgido sólo de su apariencia. ¿Quién demonios necesitaba la Realidad?

—¿Qué debemos hacer, profesor?

Debemos dejarlo todo como está, pensó Gaffé. *Me gusta que el mismísimo Xanto, el Contrincante me pida mi opinión, que mi ejército me ame incondicionalmente. Ahora puedo hablar con mi padre cara a cara. Sonreírle con burla como él hizo conmigo.* Pero era imposible.

—El Cambio no puede mantenerse estático —dijo Gaffé, a su pesar— y no ha ocurrido por mera casualidad. Hay quien lo generó. Una comunidad esotérica, un

grupo de poseedores del saber secreto, que se dan a sí mismos el nombre de Convocantes. Convocantes del Fin. Ellos desean que el Cambio derive hacia el holocausto. Nuestra misión consiste en desviar dicho Cambio. Tenemos que evitar que el *Visitante* empiece su obra.

—¿El *Visitante*?

Gaffé los miró. Ninguno de ellos se había sumergido en los estudios del saber oculto. Estaban en desventaja. Él era su carta a favor.

—No hay forma de describir a ese Ser. En los libros ocultos sólo describen con minuciosidad su sombra. No hay concepto que lo englobe. Se dice que un hombre logró captar en su totalidad su forma. Pero ese hombre se cortó las venas y realizó ceremonias para que incluso su esencia, lo que ustedes llamarían alma, desapareciera en la nada. Era lo único que podía hacer para huir de esa imagen que gritaba en el fondo de su mente.

Aurora miró a ese extraño hombre, el tono de esa voz era terrible, como si sus frases se hubieran contagiado con la esencia del mal. Si sólo describir al *Visitante* era así, con frases de hielo, ¿cómo enfrentarse a *eso*?

—Cuando los Convocantes supieron de su existencia quisieron traerlo aquí, a la Realidad. Para destruirla. De alguna forma el mundo los había herido. Era la única manera de huir de aquello que los hundió en oscuridades diversas —*como yo*, pensó, *como yo con la sonrisa de mi padre*.

—Siempre hay dementes, profesor —dijo el Xanto.

Sí, pensó el esoterista *y estamos todos aquí dispuestos a luchar*.

—En cualquier caso no importa qué nombre le diéramos al *Visitante* porque, de cierta forma, todos lo conocíamos. En su interior tiene todos los aspectos, todas las máscaras que desea. Es el sueño oscuro, el peligro que presienten los débiles antes de morir, la sombra informe avanzando por nuestras pesadillas. Si un trauma pudiera tener forma sería la del *Visitante*. Su silueta es la de la locura. Asesino de mundos. Esa es su función, su verdadero y principal poder. Es el encargado de destruir a dentelladas la Realidad. El cómo, no lo sabemos. Creemos que destruirá la humanidad al destruir su pasado.

Gaffé tomó aliento y miró al luchador que se mantenía sereno en su lugar.

—Ese Ser es tu adversario.

El Xanto se levantó y dijo lo que todos esperaban oír.

—¿Dónde lo encuentro?

Sabía ya que iba a retarlo a una pelea de dos a tres caídas sin límite de tiempo. ¿Qué más había que saber? Nada. Era el momento de la batalla.

CAÍDA

XXI

Gaffé encontró de nuevo el miedo en el viaje hacia el Mesón del Alba. Augusto César confiaba en sus fuerzas, ya que no cambió de sitio su cuartel general. ¿Los demás eran conscientes del poder del *Visitante*, de Aquel que Vino de la Nada? Ni siquiera Gaffé podía entenderlo del todo. Iban a enfrentarse a ello, aferrando hechizos en frágiles botellitas que podían arrojar como granadas. El Xanto manejaba el camión lleno de luchadores como si fuera su Corvette 57, y Aurora le decía algo que él no alcanzaba a oír, y los luchadores estaban contándose chistes que sólo eran divertidos porque todos ellos estaban hechizados. Nadie había estado en combate pero estaban a punto de descubrir que lo coreografía propia de la guerra era invisible para sus participantes. Así fueran muertos vivos como los que se lanzaron sobre el camión armados hasta los dientes (los que aún tenían dientes) con lanzas y picas y espadas, o simples acarreados como Aurora que no se decidió dejar solo al Xanto y a su grupo no sabía si por amor a un posesionado Arturo, o porque no hay forma honrosa de desertar del grupo del bien. Aurora tomó aire para preguntar si acaso no era un muerto vivo eso que se abalanzaba contra el camión seguido de una multitud de cadáveres. Pero ya era demasiado tarde para preguntas porque estaban encima, a los lados (incluso abajo, el Xanto no había pisado el freno en ningún momento) y un brazo descarnado había entrado por la ventanilla para cerrarse inexorable alrededor de la garganta de Aurora. En el Mesón del Alba, Augusto César escuchaba embelesado la voz cristalina del Mensajero y esperaba una pausa de su reflejo para decirle que lo amaba. Siete pisos más abajo se escuchó un golpe como si un camión hubiera atropellado un montón de colchones de hule espuma, pero no eran colchones sino muertos vivos que se burlaron de que los atropellaran y cuyas partes y retazos se arrastraron persiguiendo al camión que hervía de actividad. La Amenaza Roja descargó un karatazo sobre el brazo intruso que soltó a su presa, y Aurora ni siquiera pudo dar las gracias porque en ese instante un no-muerto bastante fornido, levantaba una pesada y afilada barra de hierro y ella pensó que iba a ser atravesada de parte en parte, pero no, el muerto clavó la pica profundamente en el cofre del camión y de inmediato el motor se puso a gritar su agonía de piezas rotas. El vehículo se detuvo. Todos los cadáveres apuñalaron al fallecido transporte y estar en su interior era como haber aceptado hacer el tradicional truco de magia del cesto hindú realizado por un mago asesino. El Xanto, de un solo golpe, dobló una espada que había entrado en el metal y el muerto no pudo sacarla; pero doblar todos los filos que entraban era una tarea que exigía una rapidez sobrenatural que el Xanto no tenía. En ese instante pudo terminar todo (de hecho terminó para el Tlaloc Vengador que trató de decir algunas últimas palabras y sólo le salió una risita que se escuchó burbujeante porque tenía la boca y los pulmones inundados de sangre). Gaffé se levantó y dijo algunas palabras mágicas y estrelló en el piso del camión un frasco de mayonesa de litro y medio que contenía elementos muy ajenos a la mayonesa y liberó un humo verdoso que habría

hecho enrojecer de vergüenza al azufre y al amoníaco, y si bien es cierto que hizo un agujero en el piso tan grande que Gaffé cayó por él, también es cierto que de pronto los cadáveres que no se alejaron del contacto de ese humo, volvieron a su condición anterior de desechos. Gaffé, sentado sobre una masa putrefacta de cuerpos atropellados, se dijo que ojalá su acción sirviera de algo porque ya no tenía más frascos de gas verdoso. Los muertos se habían bajado de un salto del camión seguidos por todos los luchadores que huían tratando de encontrar oxígeno en el campo de batalla. Cuando Gaffé, boqueando como un pez fuera del agua, pudo salir del agujero del piso, el combate se había generalizado en el estacionamiento. Gaffé supo que tenía que llegar al edificio principal del Mesón del Alba, aunque entre el vehículo y la entrada hubiera decenas de luchas cuerpo a cuerpo, y alguien estuviera arrojando flechas desde el techo y ¿no era eso de allá arriba un perol enorme lleno de aceite hirviendo? ¿Y de dónde diablos habían sacado el perol con aceite hirviendo? No importaba, gritando como Atila el Huno se lanzó hacia el hotel. Antes de avanzar medio metro, un cadáver le hizo una zancadilla y le saltó después a la espalda buscando enterrarle los dientes en la nuca. Augusto César se habría puesto muy contento de saberlo, pero en ese instante su reflejo le dijo que también lo amaba, y César se acercó a un espejo de cuerpo entero para darle/darse un beso frío. Mientras, el *Visitante* sentía en sus habitaciones que el Contrincante se acercaba. La Amenaza Roja, que estaba en plan salvador esa tarde en el estacionamiento, pudo arrancar la cabeza del cadáver justo a tiempo, para salvar a Gaffé. Para entonces todos los huéspedes del hotel miraban lo que parecía un enfrentamiento entre rudos en harapos y técnicos multicolores. Los jefes de la policía, recibían ya una orden vía onírica para que se presentaran con sus efectivos y masacraran, de ser posible de inmediato, a todos los luchadores que pudieran. Acevedo se enteró, por un amigo con radio civil, que muertos y vivos se estaban dando en la máuser (palabras de su informante) en el bulevar Hermanos Serdán. Conchita, que había estado en la cama con Acevedo, dijo que los muertos eran mala señal y que los luchadores podían estar combatiendo al dueño de los hechizos, aquél que intentaba hacer puré el cerebro del reportero. Ella fue por hierbas y huevos para limpias. Él sacó una viejísima Colt. Se fueron juntos en la ruinoso motocicleta sin que Acevedo le preguntara a la mujer el porqué se arriesgaba a ir con él. Comprendía que hay ciertas cosas que una pareja no necesita decirse, como cuando empezaron a desnudarse rápidamente, mientras se acariciaban casi con furia y antes de entrar a su cuerpo no le preguntó a Conchita si deseaba hacer el amor porque la respuesta estaba en sus manos, en la boca exigente de la mujer, en la humedad de su sexo, y ahora, mientras se dirigían a la batalla no era necesaria ninguna palabra porque el enfrentarse juntos a las fuerzas sobrenaturales también está implícito en las obligaciones de toda relación de pareja. Ella nunca iba a dejarlo desprotegido contra la magia y él sabía que ella lo amaba y en cierta manera era suficiente. Aurora se habría sentido contenta de saber que los hechizos pueden unir a las personas, porque mientras corría detrás del Xanto no sabía detrás de *qué* corría.

Ya no era Arturo. Los músculos de ese hombre estaban demasiados llenos de poder para que fuera Arturo Villalobos, al que Aurora ayudaba a abrir los frascos de café porque era incapaz de aferrar las tapas con la fuerza suficiente. La mujer se preguntó qué tan diferente podía ser del hombre que amaba, ese luchador que se detenía en seco para enfrentarse a seis muertos vivos que le saltaron encima sin darle tiempo de nada. Un cadáver de casi dos metros le interceptó el paso. ¿Cómo podría saber que ese cadáver la había conocido hace mucho tiempo? En la mente del zombi los recuerdos avanzaban con pies de plomo en oficinas de gobierno y entre el acto de reconocerla y el de decirle que era su primo Felipe muerto hace unos añitos, había siglos de espera. El Xanto tenía la impresión de que el tiempo se acababa y que los muertos, por el contrario, no se terminaban; sobre todo por la mala costumbre que tiene la materia inanimada de no dejarse desmayar con unos cuántos golpes. Aunque les hundiera el cráneo de un puñetazo y lo que quedaba de cerebro escurriera dramáticamente por la cara, los enemigos seguían atacando, y por un segundo pensó que eran demasiados. El Xanto empezó a sudar frío detrás de la máscara pues, muy lejana dentro de él, la voz de Arturo Villalobos aseguraba que estaban a punto de ser eliminados no por el malo principal sino por sus esbirros. Justo entonces, el Luchador de las Multitudes le arrancó el brazo a un cadáver, y aunque el brazo se retorció como una serpiente en sus manos, al no tener un centro de apoyo, ya no era una amenaza. Comprendió que la solución estaba en el desmembramiento selectivo, en quitar cabezas, y romper piernas y eliminar brazos. Para entonces, no era el único que se había enterado de ello y los miembros arrancados volaban por todas partes. Los luchadores casi se felicitaron de lo fácil que había resultado todo, cuando el batallón antimotines de la policía de la ciudad de Puebla y el comando canino les cayeron encima. Entonces fue el golpear cascos azules, arrebatar escudos de plástico y patear perros. Las armas dejaron de funcionar, porque la magia exige que quien deseara acabar con sus criaturas se enfrentara cara a cara, energía contra energía y lo único que era capaz de conducirla adecuadamente era el metal noble, como el acero y la plata, pero mientras, unas macanas de plástico extraduro no estaban mal para fracturar algunos cráneos. En la entrada del Mesón del Alba a Gaffé casi le cayeron encima 145 litros de hirviente aceite de girasol Tres Marías. Gaffé miró a los muertos vivos en las alturas, y al mismo tiempo que comprendió que el acaparamiento de todo ese aceite había motivado una súbita escasez de garnachas y molotes en la Angelópolis, también supo que esa era su oportunidad: 145 litros de aceite tardan en hervir y mientras no alcanzaran cierta temperatura a lo más que se arriesgaba el esotérico era a ser aceitado. Saltó sobre el charco hirviente donde se freían algunos pedazos de muerto y por ningún motivo en especial Gaffé recordó que no había desayunado. El Xanto pasó junto a él, y ya volaba por las escaleras mientras que Aurora decidió esperar el ascensor en donde había, por supuesto, un montón de muertos vivientes que la agarraron antes de que ella pudiera gritar y la metieron con ellos al ascensor que de inmediato subió mientras que el Luchador de las Multitudes

se dedicaba a tirar puertas en el primer piso porque ignoraba el sitio donde se encontraba el *Visitante*. La Amenaza Roja se replegaba junto con sus efectivos que ya no eran tan efectivos, heridos, golpeados, fracturados como estaban. La gran mayoría de su ejército estaba esposado, y en los camiones de la policía los macaneaban a gusto sin entender porque a pesar de ello seguían riéndose. Los huevos que llevaba Conchita estallaron como si hubieran sido puestos por gallinas guerrilleras en cuanto vieron a lo lejos el Mesón del Alba. Hasta ellos llegaba el fragor del combate, un fragor extraño, ruido de pelea, y risitas. Acevedo detuvo la moto porque una cosa es arriesgar a la mujer que se ama frente a la magia y otra llevarla a donde hay golpes y policías pero ni siquiera pudo pensar mucho porque el comando canino al ver un motociclista se abalanzó de inmediato: al fin un enemigo ancestral. Gaffé esperaba el ascensor sin saber que los muertos en vida bajaban con la consigna de ya no tomar prisioneros. Aurora era llevada al piso de Augusto César (el séptimo) mientras aún se podía escuchar que alguien estaba rompiendo puertas allá por el cuarto. El *Visitante* se puso de pie (bueno, en realidad se puso en mil pies, sobre tentáculos, e innumerables patas de insecto) aspiró fuerte y se desperezó dispuesto a hacer su parte en la batalla. Con un solo gesto mandó a volar el techo del Mesón del Alba como si fuera una plumita, pero la plumita pesaba varias toneladas y el sonido del despegue fue ensordecedor. Todo el mundo se olvidó de qué diablos estaba haciendo para ver cómo se elevaba un techo de cemento. Un instante inmóvil en que los golpes se detuvieron, las macanas se congelaron, los perros se quedaron con la boca abierta y los ojos trataban de convencerse que no era una ilusión óptica, que efectivamente el techo estaba volando como un OVNI manufacturado, fracturándose en escombros, el cual alcanzó su cenit en unos cuantos segundos, hacia arriba y ligeramente a la izquierda y después de ese instante horrorizado hubo otro peor al comprender que el techo estaba cayendo, hacia el estacionamiento y directo a la batalla y todo el mundo comprendió que no importaba la velocidad que imprimiera a su huida era casi imposible que se pudiera huir de ese alud de piedra y acero que se venía encima. El Xanto había deducido que ese titánico estruendo sólo podía ser el techo y se dirigió hacia el último piso seguro de encontrar allí al *Visitante* muy orgulloso entre las ruinas, sin permitir a Arturo gritarle la pregunta de cómo demonios iba a enfrentarse a alguien capaz de hacer polvo un techo. Aurora gritó, pero nadie pudo oírla y los muertos, con semblantes de mayordomos ingleses, siguieron su camino, aunque es cierto que también se habían asustado con el sonido, pero el miedo y el acto reflejo de protegerse contra la catástrofe tardarían sus buenos minutos en recorrer esos nervios cadavéricos, un mensaje de pánico arrastrando los pies. Gaffé vio como se abría la puerta del ascensor repleto de muertos vivos y como las armas y las navajas y cuchillos se dirigían a toda velocidad a su voluminoso cuerpo cuando el techo fue arrancado y arrastró en su vuelo a los cables de sustentación del elevador por lo que el cubo del ascensor desapareció en las alturas cercenando unos cuantos brazos estirados y Gaffé se puso blanco al comprender qué tan cerca estuvo de ser asesinado.

Era el único que supo que la destrucción del techo no era más que un gesto del *Visitante*, una acción sin importancia antes que empezara, verdaderamente, a actuar. Casi pudo sentir las terribles fuerzas del Cambio arroparlos a todos como una lluvia de sangre envenenada. La *Amenaza* estaba más preocupada por la lluvia de hormigón armado que se les venía encima y con su tropa hizo el mismo gesto desesperado: con movimientos relampagueantes dieron un inmenso paso atrás y entraron al *lobby* del hotel justo a tiempo para evitar las toneladas de escombros. Acevedo y Conchita vieron el techo volar y caer como si fuera una ciclópea moneda que al desplomarse no dio ni águila ni sol sino nubes oscuras de polvo. Únicamente los alcanzó el estruendo, porque después de todo un techo no es la gran cosa pero las Fuerzas Públicas de Puebla no estaban para comprender esas sutilezas cuando la mayor parte de sus miembros estaban convertidos en licuados de policía abajo de toda esa piedra. El comando canino huyó del lugar, aullando, porque sus sentidos, que abarcaban no sólo el sentir el picante olor de la droga sino también ver a los fantasmas, les advertían que el techo no dejaba de ser insignificante porque algo peor estaba saliendo del hotel y lo mejor era poner patitas en polvorosa. Augusto César abrazó temeroso su cristal, y su imagen lo miró emocionado porque se preocupaba por ella, salvada de volverse astillas cuando el cuerpo del jefe de los Convocantes absorbió la vibración simpática que deshizo todo el cristal del Mesón del Alba. Gaffé se preguntó qué demonios estaba pensando al subir los escalones del hotel, si aún era posible huir y no llegar al octavo piso inundado de la luz del día porque le faltaba un techo. Entonces pudo observar al *Visitante*, lo mismo que el Xanto y ambos se quedaron un segundo inmóviles viendo ese cuerpo inmenso mientras sus respectivos cerebros trataban de convencerlos que aquello era real. El *Visitante* se había convertido en algo muchas veces más grande que el Mesón del Alba como si hubiera sido un muñeco de resorte monstruoso desplegándose en toda su putrefacta magnitud. El Ser bajó la vista para observar con un millón de ojos a los insectos que se atrevían a enfrentar su poder. Gaffé sólo fue consciente que esa cabeza llena de excreciones y detalles repugnantes tenía el tamaño de un estadio y se dijo que no necesitaban al Xanto en ese momento, sino a Godzilla. El Xanto, después de todo, un hombre de acción, había saltado hacia el Ser y estaba tratando, mediante una de sus famosas llaves, de fracturarle un dedo. El esoterista comprendió que su táctica era errada porque nadie podía enfrentarse a eso mediante la mera fuerza bruta y no pudo sentirse más bruto que con sus hechizos en sus bolsitas y con el Xanto aplicándole una llave de caballito a un dedo y con su tropa subiendo desordenadamente las escaleras para ayudarlo pero ¿cómo ayudarlo? Sobre todo cuando el Ser hacía signos cabalístico de increíble poder, con miembros del tamaño de trasatlánticos. Gaffé supo que el *Visitante* pretendía hacer algo peor que aplastarlos. Aurora, un piso más abajo, era arrojada bruscamente a los pies de Augusto César que abrazaba un espejo de cuerpo entero y sonreía enfermizamente diciéndole que ya no era necesaria y era el momento de morir. Los muertos vivos se adelantaron a cumplir con la orden cuando el mensaje del

pánico llegó al fin, y los cadáveres gritaron y se agacharon tratando de esquivar un techo que ya era polvo y Aurora vio en un instante la oportunidad para actuar en vez de estar ahí esperando que la mataran nomás porque sí. Hizo lo único que le vino a mente: le dio una patada con todas sus fuerzas al espejo. En cuanto sus mocasines entraron en contacto contra el cristal, sintió que golpeaba no un vidrio sino una membrana oscura, una célula gigante que estalló en un sonido asquerosamente líquido y biológicamente enfermo como si reventara un absceso gigante y no un espejo. Augusto César se encontró de pronto que ya no abrazaba a su imagen sino a un millar de partículas de cristal y gritó convertido súbitamente en alfiletero. Su grito fue opacado por el aullido de la imagen, con el tono exacto que afirma que quien lo lanzaba se hundía en el horror informe de la Nada, destruido en forma absoluta. El segundo Mensajero deshecho por las fuerzas del bien. Augusto César se dio cuenta que le habían arrebatado al amor de su vida. Bajó la vista con las llamas del odio fulgurando en sus ojos, y se preparó para asesinar él mismo a la asesina pero la criminal no se había quedado a ver cuáles eran los efectos de su acción y ya volaba por los pasillos buscando una salida. Ante los sorprendidos ojos de Aurora, las paredes se combaron, y el techo empezó a granizar sobre su cabeza, las puertas se volvieron curvas chirriantes de madera y comprendió que el hotel se estaba derrumbando ante algún peso terrible. Se lanzó de inmediato a una de esas habitaciones que se empequeñecían ante el peso del desastre y tomó un colchón de la cama individual como si no pesara y se lanzó por una ventana confiando en caer en blandito sin ponerse a pensar que, después de todo, estaban en un séptimo piso. El hotel no pudo soportar al Ser sobrenatural (sobre todo en el tonelaje) y empezó a desmoronarse por capas, con una lentitud que tenía mucho de majestuosa, como un cinematográfico Titanic hundiéndose con tiempo suficiente para verse hermoso en la destrucción. Augusto César se había lanzado por la ventana en persecución de la mujer, también por cierto, indiferente a la caída que sólo le rompió una pierna (A Aurora le había costado un brazo fracturado, tres costillas rotas y descubrir que los colchones de hule espuma tienen la mala costumbre de planear de tal manera que no suelen posarse bajo los cuerpos que caen confiados en su seguridad). Desde la esquina, Acevedo y Conchita pudieron ver cómo el edificio se contraía como un acordeón, preguntándose qué diablos estaba pasando ahí. No podían ver al *Visitante*, porque para ellos las Puertas no se habían abierto hacia las dimensiones del Cambio, y sólo fueron conscientes de una niebla rojiza, como si el mismo aire se gangrenara ocultando en su interior un tumor que ha cobrado vida. Nada demasiado horrible para Acevedo que había visto cosas peores embarradas en las carreteras después de un accidente. Pero las proporciones del fenómeno le dijeron que lo más aconsejable era alejarse de ahí y hacer lo que siempre había hecho toda su vida: nada. Que el mundo se las arreglara como pudiera. ¿Qué tiene de malo tener un hechizo latiendo en la mente? Conchita sintió cómo Acevedo temblaba dispuesto a la huida y ella no tenía inconveniente en marcharse de ese sitio que estaba secando casi instantáneamente

todas las yerbas que llevaba como protección. Ella no iría a su casa para esconderse bajo las sábanas y olvidarse de todo sino para ir a buscar el equivalente metafísico de una bazooka para enfrentar aquello que carcomía la mente del hombre que amaba (¿o creía que amaba? A Acevedo se le obligaba a querer tanto al hombre amarillo que debía obedecerlo ¿podría haber una transferencia de magia mientras lo limpiaba? Interesante, horrible pregunta). En vez de responder a ello, dio un salto y se bajó de la moto. Si Acevedo continuaba huyendo tarde o temprano huiría de ella y era mejor correr hacia el hotel, hacia la maldad que anidaba en su interior que hacia las posibilidades reales de su relación. Sin saberlo fue entrando en las emanaciones del Cambio seguida por Acevedo que no había pensado en nada antes de arrancar la moto e ir detrás de Conchita. En un nivel muy profundo de su mente, sabía que terribles fuerzas primordiales estaban desatadas en ese lugar que tenía aspecto de haber sido bombardeado. Para remarcar esa impresión empezó a brotar una columna de humo de los escombros y recordó, entonces, que un hotel derrumbado debía contener en alguna parte de sus ruinas unas instalaciones de gas lo suficientemente grandes para estallar en cualquier momento cubriéndolo todo de un manto de fuego. El reportero gritó a su mujer para advertirle, y aspiró el horrible olor a muerto que tiene el gas. Gaffé, el Xanto, el *Visitante*, y la desordenada tropa que había subido corriendo las escaleras (cuando aún existían escaleras) ni siquiera se enteraron que se había derrumbado el Mesón del Alba, sumergidos en las corrientes del Cambio, suspendidos en la magia. Es cierto que el piso se agrietó bajo sus pies y que cayeron varios metros pero con una lentitud tal que no fue una molestia. El esoterista supo que el *Visitante* les imponía su tiempo, un tiempo no-humano: para el Ser proveniente de otra dimensión, el tiempo no era una sucesión de hechos, sino esquemas sin continuidad. El *Visitante* terminó sus hechizos y dijo, con millares de bocas que surgieron de todo su cuerpo, una frase en su extraño lenguaje y el cielo se oscureció en una forma tan súbita que todos se vieron obligados a dejar de ver la inmensa mole y se concentraron en el firmamento sobre él, en el cielo rojizo desde el cual podían ver que algo descendía vertiginosamente, un círculo perfecto de oscuridad, bajando, bajando, de tal tamaño que incluso el *Visitante* lucía pequeño. *Cae la noche*, pensó Gaffé, pero esta caía con la expresa voluntad de aplastarlos en su interior donde absurdas estrellas ardían con los fuegos pálidos de la muerte. El esoterista sintió que todo había sido demasiado sencillo. La derrota un mero trámite, y era ese sentido de futilidad lo que hacía tan alarmante la cercana oscuridad. Gaffé se dijo que debía pedir otra oportunidad, una cita para mañana, un “disculpe vuelvo al rato” para planear de nuevo el asunto entero, pero no hay misericordia en los hechos que se desgranar a sí mismos casi como si estuvieran preconcebidos y el que hubiera diseñado ese instante eterno había decidido que lo más lógico era la destrucción de Gaffé, de la Amenaza Roja y su ejército y sobre todo del Xanto, el Luchador de las Multitudes, el Enmascarado que ya había logrado arrancar un dedo e iba por otro dispuesto a destrozarse al *Visitante* así fuera pedacito a pedacito. No había tiempo para

desmembrar al enemigo, ya no, allá afuera, en el curso normal de los acontecimientos brillaba una explosión, una columna de fuego que no los tocó a ellos porque ya no eran parte de ese espacio, no cuando la oscuridad estaba ahí, sobre ellos, tragándose los. Gaffé levantó los brazos tratando de detener la neblina que avanzaba, y vio a sus manos sumergirse en ella como si fuera un agua primordial, un abismo oceánico que lo reclamaba como suyo y abrió la boca para gritar y la noche entró a sus pulmones a borbotones y no supo más de él. Sólo tuvo tiempo de oír dos hechos alarmantes:

El primero es que su tropa había dejado de reírse, perdido su buen humor.

El segundo fue que entendió las palabras del Visitante, dos palabras que lo llenaron de un horror espeso, mayor al comprender que no podía huir.

Dos palabras.

Una frase. Con tonos de pesadilla, absurdamente alegre, el tono cantarín de una cuchilla de guillotina al caer.

Una afirmación:

FUERA MÁSCARAS.

XXII

Juan Pablo Segundo la miraba desde la pared. *Estoy drogada*, quiso pensar Aurora, pero su mente se estaba dando zancadillas mal intencionadas. Junto al Papa estaba una mujer. La conocía, aunque le era imposible precisar de dónde. Quiso levantarse de la cama. Naturalmente, cualquier movimiento estaba más allá de sus posibilidades. *Un diploma*, se dijo, *estoy viendo un diploma: YO ESTUVE JUNTO AL PAPA*. Sonrió, felicitándose por su proeza deductiva. Cuando Conchita fue a ver cómo estaba Aurora y darle otra de las pastillas de las que Acevedo estaba misteriosamente bien provisto, la muchacha trató de señalarla con su brazo enyesado y le dijo:

—Eres un diploma. —Luego se volvió a hundir en la serenidad química.

—Y tú eres una fugitiva —pudo haberle contestado—. No te ves mal en los carteles de recompensa. El precio que tiene tu cabeza tampoco está nada mal. Es más atractivo que tú. Alcanza para comprar esta vecindad. Sólo tengo que entregarte.

Conchita suspiró, mientras revisaba una vez más las curaciones, como si le sirviera de algo. Por lo menos los dedos no se habían puesto morados. Deberían haber llevado a esa muchacha al hospital. Pero el hombre amarillo los había obligado a no hacerlo.

Aurora debía dormir un día más y después sería hora de hablar largo y tendido sobre el hombre de las pesadillas. Era justo que durmiera. En el sueño es posible olvidar el dolor.

Conchita estaba corriendo hacia el Mesón del Alba, cuando chocó de frente con esa mujer que huía del hombre amarillo. Conchita reconoció de inmediato al hombre que gangrenaba mentes, arrastrándose como un insecto enfermizo en persecución de Aurora. La mujer misma lucía terrible: con su brazo roto bamboleándose. Junto, una tubería rota silbaba melodramáticamente. Una columna lenta de humo se elevaba entre las ruinas, preparando la explosión. Pudo ser el fin, pero Acevedo llegó por ellas con un chirriar de neumáticos. Nadie pensó en ese momento. Todos fueron movimientos automáticos. Después de todo, habían visto escenas parecidas en decenas de películas. Conchita aferró a Aurora porque no podía dejarla ahí. Sin saber cómo, se acomodaron los tres sobre la moto y emprendieron la huida. Acevedo no deseaba ser un cadáver frito. Vendían muy bien las fotografías de muertos crocantes, pero si se asaba él no podría vender su propia foto. Era mejor huir, como pretendía antes. Pero ahora huía con un propósito: para salvar sus vidas. Y eso estaba bien, no era cobardía; o en todo caso, justificada. Ninguno volvió la vista (no había espacio para ello) así que no pudieron admirar la bola de fuego que se elevó sobre las ruinas.

—¿Está bien? —dijo Acevedo.

—Dormida.

Conchita miró al reportero. Seguía sucio, oliendo a sudor y miedo, y estaba encantador. Recordó que, mientras vendaban las costillas de Aurora, el reportero había levantado los senos, y ella sintió celos. Se preguntó cuántos senos (con costillas

fracturadas o no) había tocado Acevedo, y cuantos tocaría en el futuro. Quería que sólo fueran los suyos. Pero sabía algo más.

—Quiero decirte algo —dijo, aunque no deseaba decírselo por nada del mundo—. Nos electrocutamos.

Lo miró mientras perdía su lucha contra las lágrimas.

—¿Nos electrocutamos?

—Con la limpia. Hicimos un traslado de energía.

Convertimos el amor al hombre amarillo en amor mutuo.

Acevedo miró a la mujer. Madura, con varios kilos encima, madre de cuatro hijos, bastante cerca de la vejez. Él tampoco era un buen partido. Abrió la boca para defender sus sentimientos, demostrarle su equivocación, pero no pudo encontrar una sola frase adecuada.

—Coges bien —dijo, con delicadeza. Ella sonrió.

—Tú también. Pero no hablo de coger. ¿Matarías por mí?

—Sí.

—Yo mataría por ti. ¿Por qué?

—Porque nos... nos amamos.

Una bonita frase de telenovela. De pronto se dio cuenta que estaba lleno de frases iguales. De sentimientos afines. ¿El amor acabaría en cliché siempre? Habían suspirado juntos, se tomaban tanto tiempo de la mano que él ya estaba aprendiendo a ser zurdo. Nunca escribió un poema pero le regaló sus mejores fotos (es decir, las mejor pagadas) y juntos se habían sentado a ver una multitud de difuntos mutilados y fue un momento romántico que acabó, por supuesto, en la cama.

—¿Desde cuándo somos tan apasionados? —dijo Conchita—. Yo no habría matado por mis hijos. Vete a ti mismo. ¿Lo habrías hecho por otra persona?

—No. Nunca. El mundo tiene...

—... que rascarse con sus propias uñas, ya me lo dijiste. Pero tú no dejaste que me rascara sola con el gas. No dejaste que esa mujer se rascara sola, la llevaste conmigo porque yo te lo pedí.

Ella hablaba entrecortadamente por el llanto y su voz era más firme por ello. Luchaba consigo misma por cada frase, para que esta expresara exactamente sus ideas, y él la amó por ello.

—¿Sabes lo que significa?

—Que nos enamoramos por un hechizo. ¿Y qué más da? Yo me siento bien, tú te sientes bien, tenemos a alguien, tenemos algo.

¿Cuál es el problema?

Tal vez los diálogos, se dijo el reportero, estar condenado siempre a hablar como protagonistas de series rosas por el resto de su vida. Pues bien, hablaría así, ¿qué pedo?

—Siempre te dominará el hombre amarillo. Si no te hiciera limpias seguido lo obedecerías siempre. Los hechizos se aferran y crecen. Ahora te duele la cabeza, pero

de seguir así sentirías como que te la arrancan. Te puede matar el hechizo. Te matará. Debemos quitártelo.

Ella tomó aliento antes de seguir.

—Y en cuanto te lo quite nos dejaremos de querer. Pero mientras, como te quiero, no puedo dejarte con el hechizo en la cabeza. ¿Entiendes? Por amor tengo que destruir nuestro amor. Y tú tienes que ayudarme. No puedo sola.

Está de más decir que ambos se abrazaron, llorando, mientras que Acevedo admiraba la paradoja. Una situación mejor que la presentada por las telenovelas.

Ambos, sin ayuda de la magia, odiaron al jefe de los Convocantes en una forma tan pura como su amor. Matarlo no les bastaría. Acabar con el hechizo no era recompensa suficiente para lo que iban a perder. Querían venganza. Acabar con lo que ese hombre más deseaba era lo adecuado. Destruir el motivo de su vida. Y esa mujer que habían rescatado y ocultaban de la persecución, debería ayudarlos. Ignoraban que ella ya había destrozado a Augusto César. Lo ignoraban todo.

Excepto que se amaban.

XXIII

Pienso, se dijo Gaffé, *luego existo*. No supo si era buena idea.

¿Qué torturas podría imaginar un Ser que destrozaba Realidades?

Sin abrir los ojos, Gaffé pasó revista a su cuerpo. Dejando a un lado el temblor incontrolado del pánico, estaba de lo más cómodo, y eso lo aterrorizó. Sabía que, a veces, un manco podía sentir su mano desaparecida. ¿Qué sentiría la cabeza de un decapitado? *Oh, mira qué cuerpo tan interesante allá atrás ¡y se parece al mío! Excepto, claro, por el detalle de que no tiene cabeza. A propósito ¿qué hago en una cesta?* Ser un espectro tampoco era buena idea. El exterminio de la humanidad traía aparejada la destrucción del ultramundo terrestre, donde se encontraban los fantasmas. Todo ardería en el fin.

El objetivo primordial de un torturador era hacer pasar un mal rato al torturado. Un *mal rato* puede definirse de un millón de horribles maneras. Si no había dolor físico eso quería decir que la tortura que aguardada a Gaffé era considerablemente más molesta que ser despellejado con unas tenazas al rojo vivo escarchadas con sal.

—¡A DESAYUNAAAAR! —gritó una voz llena de amargura. Otras tres voces se unieron a la primera. Entre todas lograron que el ambiente crepitara lleno de malas vibraciones. Las voces de sus tías: Graciela, Blanca, Florita. Gaffé supo dónde estaba. Lo que era peor, supo CUANDO estaba. En que terrible tiempo. Sus tías estaban muertas, pero podía escucharlas, usando el tono de voz que había hecho que la niñez de Gaffé fuera tan agradable como para hacerle desear destruir al mundo. Voces del pasado, cuando el esoterista no tenía más de seis años.

La puerta se abrió y el horror entró a su habitación. Gaffé abrió los ojos. Ese horror usaba botas vaqueras.

—¿No oye, chamaco? —dijo el horror, con tono norteño. El horror tenía nombre.

—*Papá* —dijo Gaffé.

XXIV

Cientos de hombres y mujeres colaboraron para la destrucción del planeta. Gente envenenada de Realidad que había decidido matar a todos para sentirse mejor. Forjadores de holocaustos. Todos ellos recibieron un mensaje urgente por medio de los caminos astrales: *Vengan, es hora, el Umbral espera, el mundo está a punto de hervir en aceite. Feliz día.*

Por fin, el Fin.

El Umbral era una dimensión exclusiva para ellos, un mundo donde gobernarían sobre los pocos sobrevivientes de la humanidad. Era el pago del *Visitante* por permitirle destruir al mundo.

Los Convocantes que se trasladaban hacia Puebla de los Ángeles incubaban siniestros planes para los sobrevivientes. Hombrecillos y mujercitas que habían sido dejados a un lado demasiadas veces, insultados de mil formas, humillados a diario. Ya no tendrían que esconderse, ahora iban a reinar. Todos ellos imaginaban cómo sería su vida dentro del Umbral, porque la destrucción de la Realidad no les había sabido a nada. Es cierto que trajeron al *Visitante*, que iban a destruir el mundo; pero no pasó de leer fórmulas en diversas oscuridades, matar a unas cuantas personas, llamar a no-muertos, quemar edificios, sacrificar algunos bebés particularmente llorones, y ya. Ninguno de los espectaculares cambios que hicieron en el Todo los tocaron a ellos. No fueron diferentes a sí mismos. Es más, siguieron sintiéndose marginados. Como siempre, los únicos que se divertían eran los jefes. Gaffé y Augusto César, habían acaparado toda la emoción del asunto, con esa batalla que se rumoraba fue magnífica. Augusto César debía de estar pasándola de maravilla. En cuanto estuvieran en el Umbral le dirían un par de cosas. Por el momento iban llegando a la ciudad. El aura del Cambio había potencializado sus poderes. Podían matar a alguien con verlo gacho, provocar muertes al hacer el signo del Mal de Ojo.

Claro que, también, el aura había fortalecido todos los símbolos mágicos. Cruzar los dedos modificaba las leyes de probabilidades, derramar sal era mortífero, pasar bajo una escalera ligeramente menos peligroso que tratar de detener una guillotina con el cuello. El gesto de mentadas de madre había dejado huérfanos a cientos de personas, los albures causaban extrañas transformaciones sexuales a los participantes de tales juegos filológicos que se habían transformado en signos de magia. Las señales en las carreteras estaban convirtiéndose en literales. Después de CURVA PELIGROSA un chofer podía encontrarse con que al camino le habían salido colmillos.

La magia estaba desatada en el lugar, podía sentirse rodar por todos los lugares. Los Convocantes eran los amos, pero eso no les sirvió de mucho. No mientras los espejos continuaran mostrándoles que seguían iguales. Pero en el Umbral obligarían a mentir a los espejos, traidores de cristal. En el Umbral serían bellos, hermosos, poderosos. ¿Quién necesitaba la Realidad? ¿Quién quería a los espejos?

Augusto César podría responderles pero ni siquiera estaba en ánimos de darles ánimo a sus hombres y mujeres. Para el dueño del mundo lo único que le agradaría ya no era el fin de la humanidad sino el matar personalmente a una mujer. No pensaba hacer nada melodramático. Eso, considerando como no melodramático el dispararle a la cabeza una bala explosiva. Sin torturas, ni frases llenas de odio. Sólo un tiro. No pedía más. No deseaba que muriera en el holocausto. Quería matarla él mismo. Nada más tenía importancia.

¿Qué placer había en la Conquista sino era capaz de servirse de ella para la venganza?

XXV

La fábrica abandonada daba el aspecto de estar... parecía encontrarse... bueno, abandonada. O tal vez la palabra justa fuera muerta. Era una lápida. Aurora trató de contener las lágrimas. Aquí descansan los restos del ejército del bien.

Acevedo y Conchita miraban nerviosamente a su alrededor. Pero no había nada que ver, más que el vacío. Los Convocantes no llegaron a ese lugar llenos de ira y fuego. Lo cual quería decir que no era necesario. Lo que hubiera dado Aurora por una emboscada, hasta una pequeña era suficiente. ¿Qué fue del Xanto? ¿De Arturo?

De existir sobrevivientes deberían haberse reunido en ese lugar. Pero sólo llegó ella con un par de nuevos aliados. ¿Qué se supone que hace el último de los mohicanos, con un brazo enyesado, con costillas rotas que han descubierto el placer de gritar?

Se sintió un lemming perdiéndose injustamente la masacre. Lo mismo que experimentó Cenicienta al no poder ir al baile. *Hada madrina, concédeme morir en el campo de batalla. Estoy sucia de sobrevivencia. No quiero las zapatillas de cristal sino la placa de CADAVER DESCONOCIDO amarrada en el dedo gordo del pie.*

—Este era nuestro cuartel general —dijo, como quien habla de bellos tiempos, sin acordarse que, entonces, el lugar le pareció ridículo. Pero aún no había visto los cadáveres, a un espejo reventar lleno de pus. No habían desaparecido todos los demás.

—Habría jurado que hace una semana este lugar no estaba abandonado —dijo Acevedo.

—Es el Cambio.

—¿La fábrica se cambió?

—La Realidad está cambiando. Modificándose. No puede ser destruido así como así. Deben limarse sus partes, socavarse su base. —Aurora, después de haber dicho eso admiró lo bien que imitaba a Gaffé.

El esoterista le habló de libros blasfemos que habían guardado en sus impíos interiores la forma terrible para el llamado. Había llegado ahí en su búsqueda. Muerto el Xanto (y Arturo) y los demás, al menos alguien debía llevar la contraria a los Convocantes. Y era necesario empezar por algún lado.

Aurora odiaba a los Convocantes porque obligaban a la gente común y corriente (como Arturo, como ella misma, como esa pareja que miraba la Fábrica tomada de la mano) a ser guerreros sin su permiso, títeres de fuerzas primordiales. Porque consideraba una falta de cortesía (y más falta de madre) el fundir un planeta por los traumas de algunos desadaptados.

Fueron a la fábrica buscando el *Necronomicón*, el *De Vermiis Misteris*, *La Vera Historia de los Bolcanes de la Nueva España* y todos esos textos que generaciones de hombres habían lanzado a las hogueras. Al parecer esas cosas sobrevivieron el tiempo suficiente para lanzar a la hoguera a los hombres.

Ahí estaban Aurora y la pareja, haciéndose a la idea de que el mundo, la humanidad entera, en todos los tiempos dependían de ellos.

Eran sus héroes, su última carta, la esperanza final. La Realidad estaba en problemas.

XXVI

Los inicios de una batalla pueden encontrarse en las incomodidades domésticas. En los regaños que pueden descargarse sobre la mesa familiar si no se hace lo que el jefe ordena. Gaffé se preguntó qué demonios le importaba a él que lo regañara su padre. Y más, teniendo en cuenta de que su padre estaba muerto.

Retrofantasma, se dijo Gaffé. *No eres un espectro sino un eco. FUERA MÁSCARAS* dijo el Visitante. *Pero ¿cuál era mi máscara? Yo era un general del bien, la última esperanza de la humanidad, el Convocante del Xanto. ¿Ahora qué soy? Un chiquillo temiendo ser regañado por su padre. Por ello estoy aquí. Por eso mi padre me trata (y me ve) como a un niño de seis años. Estoy atrapado en la peor clase de viaje por el tiempo. He retrocedido en mi tiempo interno, estoy en años subjetivos. No sé lo que el Visitante le hizo a mi mente. No sé cómo logro encerrarme a merced del único fantasma que nunca he podido exorcizar. Te odio, maldito.*

Había mil razones. Gaffé se descubrió obedeciendo a su padre como si fuera, aún, un niño. Fue a regañadientes a la escuela. Él, que conocía los límites de los conocimientos prohibidos, él tenía que dibujar una vaca y un gato que, para colmo, se negaban a salirle bien. Todo el mundo lo veía como un niño de seis años. Era vulnerable. Se necesitaba tan poco para alegrarlo, y mucho menos para amargarle la vida. Era un niño, después de todo, y su vida dependía de las personas que estaban desayunando a su alrededor.

Los malditos inconscientes. ¿Cómo fui a caer en tus manos, papá? ¿Qué requisitos llenaste para obtener un niño en quien descargar tus frustraciones?

Gaffé suspiró. El requisito debió ser una eyaculación, por supuesto. Era bueno recordar que en un tiempo odió la Realidad tanto como los Convocantes.

Tengo que escapar, se dijo el esoterista. A pesar de todo su odio Gaffé quería quedar bien con su padre. Y no había forma de hacerlo. Nunca la hubo: entonces lo comprendió.

Gaffé deseaba decirle que, cuando ocultaba el sol, no era posible ver las estrellas sino una membrana roja, palpitante, obscuramente orgánica, brillando por ácidos oscuros que resbalaban por su interior. Que los días trascurrían como si tuvieran menos horas, que los meses ahí duraban demasiado poco. Tal vez no se hubiera sentido tan desesperado, de convencerse que no era más que un chamaco de seis años que se creía el posible salvador del mundo, pero la membrana le recordaba todo. Necesitaba que alguien lo rescatara. Bastaba con un cataclismo o un héroe. Pero él ya había llamado antes a un héroe y no le sirvió para nada. Los héroes no pueden rescatarnos de nosotros mismos. Nunca pueden. Y es lo que les pedimos siempre. Por eso nadie cree ya en los héroes.

XXVII

Algol, la estrella asesina, arrastrándose en la oscuridad del espacio destruyendo planetas con su radiación enfermiza, empezó a brillar intensamente sobre el cielo de la Tierra con su luz extraña. Un cáncer en el tejido del espacio-tiempo, una célula salvaje devorando el Todo para sobrevivir, destruyendo las Realidades. En cuanto Algol ocupara una posición propicia, en el cenit astral, el planeta entero iba a incendiarse y la humanidad sería presentada formalmente con el holocausto.

La luminosidad de Algol era, paradójicamente, oscura. La luz del Cambio empezaba a iluminar al planeta.

Las transmisiones del mundo desaparecían en medio de un estallido de estática. Llevar audífonos era poner el oído cerca de una inteligencia electroestática que lo único que deseaba era volver loco a los escuchas desprevenidos. Ver un aparato de TV era como asomarse a un test de Rorschach malévolos. Más de una psique fue destrozada por las asociaciones de ideas. Incluso las comunicaciones mediante cable sufrieron lo suyo: hablar por teléfono ponía en contacto directo con todos los decibeles de un huracán que azotaba internamente el sistema. Las redes de computación se llenaron de virus que, en más de una ocasión, no se limitaron a permanecer en pantalla.

La humanidad se fue quedando aislada, un silencio sobrenatural empezó a anegar al mundo. En las ciudades, ese silencio fue particularmente violento. Los cables, antenas, aparatos de recepción en sus múltiples variantes fueron llenándose de una escarcha amarga. Están solos, decían los aparatos mudos. Están aislado. Nadie puede escuchar tus gritos.

El que las líneas de luz empezaran a fallar no mejoraron las cosas. La noche estaba llena de cosas oscuras de incandescentes ojos sanguinolentos. Las velas fueron el único refugio contra la oscuridad.

Estamos retrocediendo, se dijo más de uno, estamos regresando a la tribu reunida alrededor del fuego. No hay más seguridad que este débil círculo de luz. Mientras exista estamos libres del espanto.

Pero ya no existía la tribu, sólo hombres y mujeres solitarios con sus velas, algunas familias que, a pesar de que no había pasado nada grave (todavía no) más que el silencio y la oscuridad, tenían caras devastadas. Muchos comprendieron en ese instante lo terrible que es estar con uno mismo.

Siempre existe quien ame la noche, pero aún ellos encontraron a la oscuridad viscosa, llena de presagios. Las horas muertas.

Las pandillas hallaron que sombras imprecisas se apretaban contra ellas, demasiadas para sentirse a gusto. Las fábricas nocturnas empezaron a quedarse sin personal.

Puebla había cumplido, al fin, los sueños más puritanos. A su pesar la gente abandonaba sus actividades y todo el mundo buscaba resguardo de la noche,

incluyendo ladrones, prostitutas, borrachos, patrullas. Todos a la cama (los que tenían cama) a la misma hora, como las gallinas. Pero les costaba más trabajo conciliar el sueño. La ciudad había alargado el tiempo para ellos, y ahora se ahogaban en los nuevos minutos, en sus habitaciones negras, rodeados de aparatos muertos. Los techos se volvieron el espectáculo más observado. Era bastante macabro ver una ciudad con sus calles vacías y sus edificios llenos de ventanas con su titilante luz interna. Era posible ya contar las soledades.

El refugio eran las velas, las llamas minúsculas, el remedo de las fogatas prehistóricas.

Entonces, las velas empezaron a fallar.

XXVIII

El balonazo súbito no sorprendió a Gaffé: vivir de nuevo con su padre, le hizo recuperar la sensación de que el mundo tenía derecho a golpearlo cuando se le diera la gana. Comprendía perfectamente los sentimientos del gastado balón de fútbol. Lo abrazó para protegerlo de los que venían a recuperarlo para seguir pateándolo.

—Que fácil fue vencerme —se dijo— que sencillo volverme pueril. ¿Para qué protejo este balón si todo aquí es falso?

Pero las manos que trataban de quitarle la pelota eran verdaderas. Era un contacto cálido, de ser vivo. Los retrofantasmas tenían un tacto frío, absurdamente helado. Alzó la vista y vio un niño que lo miraba con la misma cara de asombro. La pelota cayó de sus manos. El equipo de fut la recuperó y se fueron; dejándolos solos con su descubrimiento.

—¿Quién...? —empezó a decir el niño, que poseía un absurdo tono de voz: profundo, como si tuviera un pecho enorme. Un tono conocido.

Gaffé aferró a su compañero como a la proverbial tabla de salvación. Un niño enclenque, delgado, con un filo duro en la mirada.

Un niño que tenía el tono de voz de la Amenaza Roja.

El luchador casi lloró, mientras el esoterista trataba de explicarle lo que era un retrofantasma, por qué su abuelo que lo golpeaba estaba de nuevo vivo. *Para infierno este sitio no está mal*, afirmó, *el regreso de los malos tiempos*.

—¡No me hables! —dijo Gaffé mientras trataba de seguir ese concepto que estaba a punto de escapársele, con un alivio inmenso de que alguien le hiciera caso.

Conozco el saber blasfemo, pensó Gaffé. *Puedo deducir con los hechos las Realidades Mágicas. ¿Por qué no me molesté en usar mis habilidades antes? Por qué sólo era un niño, alguien insignificante. Necesitaba que alguien no viera lo insignificante en mí, necesitaba una máscara. Ahora la tengo. La Amenaza me la dio. Con su confianza, aunque ya no exista un hechizo que lo obligue a amarme. Él necesita mis conocimientos: no tiene más contacto con la explicación del mundo invisible que yo. Para él soy Gaffé, el Esoterista. Soy Gaffé, el General de las Fuerzas del bien. ¿Cómo chingaos no?*

Tiempo, había dicho. Desde que vivía de nuevo con su padre los días pasaban como sombras. Las noches eran casi instantáneas, sólo alcanzaban para un par de miedos nocturnos y ver unos minutos la membrana y...

—¿Has visto estrellas?

—No, sólo el cielo rojo, lleno de líquidos, palpitante, yo...

—¡No me hables!

Tengo que pensar. No estamos en un tiempo lineal, creemos que han pasado meses, pero no es así. No puede ser así. Los Convocantes no pueden dejar pasar meses sin provocar el fin. Los astros se mueven. Algol sólo puede estar en la posición idónea unas horas. Estamos en un tiempo diferente. ¿Quién tiene un tiempo distinto al nuestro, no lineal?

¿Qué es esa noche palpitante? Roja. Orgánica...

No puedes ver lo que no comprendes. Por eso convertimos a los monstruos en representaciones imprecisas, sombras, por ello todos parecen tener ojos incandescentes. Si no comprendo la verdadera forma de esta noche, mi mente la transforma en lo más cercano a lo que mi experiencia dice que es.

—¡No me hables! —se dijo a sí mismo. Ya no era necesario.

Las respuestas estaban ahí, finalmente.

¿A qué se parece una membrana roja, cubriendo el horizonte, llena de líquidos que se adhieren a paredes ciclópeas? ¿Cuál Ser que él conociera vive en un tiempo discontinuo, o para decirlo más claro, no terrestre, no humano, no de esta dimensión? Tan claro como el agua.

—Amenaza. Estamos en el estómago del *Visitante*.

Gaffé miró a su tropa. Veinte niños que tenían el tacto vivo, las manos cálidas. Sólo veinte. Los demás habían sido capturados por la policía o murieron en la batalla. Todos ellos podían morir. Las batallas exigen víctimas. Un pensamiento empezó a bailar en la mente de Gaffé: *los requisitos de la batalla*. Había algo importante en ese concepto.

Pero no había tiempo de pensar: era el tiempo de la acción.

—Estamos en un vientre subjetivo. Nos encontramos en medio de algo que no comprendemos, y nuestras mentes han tomado la imagen más cercana a lo que creen qué es. En este caso: el interior de una bolsa orgánica. Ignoro dónde estamos, tal vez apretujados en un vejiga monstruosa del *Visitante*, soñando con todo esto, pero estamos vivos. Al tocarnos podemos sentir que estamos vivos. Nada de lo que ven a su alrededor es cierto. Cuando intentemos escapar seguramente múltiples visiones intentarán detenernos. Visiones terribles.

—¿Demonios?

—Nuestras madres. Nuestras familias, prometiéndonos castigos, blandiendo cinturones, correas, palabras duras. No importa. No son reales. Podemos pasar sobre ellos. *Debemos* pasar sobre ellos. Quienes no se sientan con fuerza suficiente para golpear a sus padres, que golpeen a los padres de quien está junto. El *Visitante* nos hace soñar imágenes falsas. No sirve de nada apoderarnos de armas que pueden ser ficticias. Sólo tenemos algo real: nuestros cuerpos. Son nuestra única arma. Ya que sólo podemos confiar en nuestros cuerpos, la acción a seguir es bastante sencilla:

primero debemos avanzar hasta golpear contra alguna pared. Ese es el primer paso.

Antes de que a alguien se le ocurriera preguntar detalles, Gaffé empezó a caminar hacia la pared. Ni siquiera le dijo adiós a sus retrofantasmas. No tenía caso. Los llevaba, de nuevo, en sus recuerdos. La furia que había acumulado esos días era suficiente para abrirse paso ante cualquier obstáculo. No habría trago amargo que no hubiera tomado antes. Nada peor que su ayer.

El tiempo, los meses que había pasado ahí eran falsos, como todas sus experiencias dentro del Ser. Seguramente no habrían transcurrido más que unas horas, un par de días en la Realidad que los Convocantes pretendían destruir. Él no iba a permitirlo.

En cuanto llegara a la pared les diría a sus efectivos lo que tenían que hacer. Lo que sabía era el único medio para salir de ahí.

Llegar a una pared, con aspecto orgánico o no. Y empezar a morder, sólo eso.

XXIX

La estrategia más difícil de llevar a cabo es aquella en la que se debe ocultar que existe una estrategia.

El *Visitante* sabía, (como los Convocantes, como recién se enteró Aurora en los textos prohibidos) que ninguna ceremonia, método, arma era capaz de hacerle daño. El Saber Prohibido sólo habla del Equilibrio.

Augusto César no comprendía lo que significaba ese concepto, ni Gaffé, ni Aurora, ni el Xanto. Sólo el *Visitante*. Las implicaciones del Equilibrio durante el Cambio no eran difíciles de deducir, pero el Ser se había encargado que fuera imposible pensar en ellas para los implicados. Los hechos los ahogaban. Múltiples hechos que les había lanzado a la cara con despreocupación, seguro que ellos se arrojarían a ellos sin pensar en más.

Gaffé y sus luchadores venían cargados de resentimientos nuevos, dispuestos a hacerlo pedazos aunque fuera con uñas y dientes. Magnífico. Guerreros fanáticos. Perfecto. Excelente. Había escogido perfectamente a los comparsas del Cambio.

Tal vez si Augusto César no buscara venganza, si no estuviera destrozado ante tanto espejo vacío, roto porque su reflejo (cualquier reflejo suyo) había desaparecido, podría haberse preguntado por qué llegó el Xanto como Héroe. Habiendo tantos héroes nuevos, tantos antiguos. ¿Por qué el Xanto? Un simple hombre, un tipo que se ganaba la vida saltando en el *ring*, más cerca de un personaje de circo que de un mito.

El *Visitante* era de los pocos que comprendía el verdadero valor del Luchador de las Multitudes. Todos, hasta Arturo, lo subestimaban sin darse cuenta lo apropiado que era, el único capaz de enfrentarse a ese Ser multidimensional.

Gaffé envenenó el videocasete seguro que el azar le traería la solución. Pero olvidó que no hay azar en el Cambio. El que Arturo Villalobos convocara al Xanto no fue una coincidencia. El *Visitante* se había preparado mucho antes de llegar a la Realidad, había estado moviendo las piezas disponibles buscando a sus futuros enemigos.

El Equilibrio lo exigía así.

A toda acción corresponde una reacción, de la misma magnitud y en sentido inverso.

Una ley fundamental.

El Ser había visitado a Gaffé sin que este lo supiera, colocó la sonrisa del padre muerto en Augusto César para convencer al esotérico a luchar contra él. Pobre Gaffé urdiendo planes equivocados. Realizó los ritos sin estar consciente sobre cuales realizaba. Era natural que al final de todo apareciera un Héroe. Esa es la finalidad de todas las ceremonias que rogaban la ayuda de las fuerzas fuera de la Realidad: se pedía un Héroe o una respuesta.

El Xanto era las dos cosas, pero todos lo ignoraban. Hasta el mismo luchador.

No se puede destruir una Realidad sin conocer las fuerzas que la protegen. No si

se uno toma en serio el trabajo.

Por ejemplo, él sabía que era, en realidad, El Luchador de las Multitudes.

Era dos seres, un hombre que se encontró con que la fama podía adquirirse a base de golpes, de piruetas en el *ring*, de máscaras sangrantes y cabelleras arrancadas. Que se vio ante cámaras de cine para enfrentarse a monstruos ridículos en filmaciones apresuradas de directores casi infantiles. Un hombre que vivió su propio mito y murió un días de tantos como mueren todos los hombres no importa lo famosos que sean. Y estaba el Xanto, el ser que vivió su realidad de celuloide, aquel que se enfrentó a momias y científicos locos y vampiros y extraterrestres, el que salvó a la humanidad más de una vez mediante un tope volador desde la tercer cuerda del *ring*. El *Visitante* se preguntó si alguien comprendía el enorme caudal de magia atrapado en las imágenes del cine. Pocas razas habían logrado edificar un cauce tan poderoso de la nada. El imperio más grande jamás construido por el ser humano.

A ese Xanto habían llamado. No al luchador, ni al ídolo deportivo sino al personaje de las películas. Y a pesar de ello era un héroe subestimado, como lo son, ahora, todos los héroes.

Perfecto.

Mientras sus huestes humanas no comprendieran, mejor. Mientras sus enemigos no supieran que tenían en sus manos (o tendrían, en cuanto escaparan todos) el arma definitiva, mejor.

No hay nada más absorbente que la venganza. Aurora lo sabía, Gaffé, La Amenaza Roja, Augusto César.

No hay mejor manera de cegarlos, de obligarlos a ayudarlo a destruir la Tierra.

El Equilibrio.

Las fuerzas del bien surgirían en cualquier instante sin saber la enorme ayuda que les brindara el *Visitante*, pero es que el bien está tan mal a últimas fechas que cualquier ayuda servía.

Equilibrio.

Y sin hacerlo exactamente, pero realizando manifestaciones análogas que se podían interpretar como tales, el Ser mordió un puro, escupió un pedazo, encendió el resto y esperó el alumbramiento del odio.

XXX

—¿De veras vas a servirte otra cerveza, Arturo? —me dijo el tipo de blanco.

—¿Sabes que sueñas igualito a Luis Manuel Pelayo? —contesté mientras me servía la cerveza nomás para molestarlo.

Él no bebía, no fumaba, no andaba con muchachas, y no hacía más que meditar. Tenía demasiadas buenas costumbres. Me senté frente a él en uno de esos incómodos cojines de seda roja que se deslizaban al menor contacto, el único mobiliario en esa especie de castillo hindú donde me encontraba.

Serenidad y paciencia, me dije, aunque era frase del tipo que portaba un maldito turbante coronado por una gema como de medio kilo en donde alguien había estampado una K gigante. La joya lucía como el más increíble caramelo de cereza jamás hecho.

Suspiré, hastiado. En el castillo no había más que pasillos de piedra, tapetes persas, estatuillas de la diosa Kali, una biblioteca con las obras completas de Gibran Jalil Gibran y Og Mandino. Los únicos habitantes eran ese tipo y un repelente chamaco que llevaba una gorra como de monito amaestrado.

—¿No te aburres? —dije, para empezar una conversación aunque, la verdad, no tenía caso alguno.

—Para quien observa la naturaleza de las cosas nunca existe el aburrimiento —contestó, como siempre, con una frase hecha, alguna afirmación moral. No lo golpeaba, simplemente porque se veía tan blando como un pisapapeles de metal.

—Tengo que hacer algo, cualquier cosa —afirmé, y para demostrarle la firmeza de mi propósito empecé por acabarme la cerveza de un trago.

—La ociosidad es la madre de todos los vicios. Yo no tengo vicios.

Entonces, deduje, no tienes madre. Pero no tenía caso decir nada. Me pregunté cómo escapar de un castillo enorme ubicado al parecer en las montañas del Tíbet por donde nunca pasa nadie.

—Debes aprovechar el tiempo de espera —me dijo el hombre de blanco— es tiempo de meditación. En la soledad un hombre puede saber cosas de sí mismo que en ningún otro lugar puede aprender.

—Por ejemplo, que los oídos zumban cuando están en el silencio absoluto.

—Por ejemplo. O quién eres en realidad.

Chupé el borde del vaso para darme unos segundos de tiempo. ¿Quién era en realidad? Arturo Villalobos, por supuesto. Atrapado en un sitio desconocido, con un adorador de la diosa Kali. Había una explicación muy buena para ello, pero nadie se había molestado en dármela.

¿Sólo Arturo? No estaba seguro. No estaba seguro de nada, sólo recuerdo gritándome a mí mismo que no podía hacerle una zancadilla a una montaña y un círculo perfecto de nebrura cayendo sobre mí. Después me había despertado aquí, sin Aurora, sin más que las paredes de un castillo café ocre. Con el Hombre Increíble,

frente a mis ojos, levitando ligeramente.

—Es el tiempo muerto —dijo— el compás de espera.

Estamos aquí aguardando el llamado del Destino.

Esperaba que el destino tuviera un buen servicio de mensajería porque, la verdad, llevaba demasiado tiempo no pasando nada. Y eso estaba terriblemente mal.

El mundo se encontraba en peligro. Algo, muy dentro, de mí me lo decía. Y yo tenía algo que ver con que dejara de estarlo.

—También he tenido que salvar al mundo, un par de veces —me dijo el hombre de blanco— pero esta vez no. Esta vez te toca a ti.

—¿Me estás leyendo la mente? Me miró, con desagrado.

—Sí. Tienes una mente muy extraña. Eres dos. Uno. Y ambas cosas y menos que ninguno. Te restas a ti mismo cuando eres dos.

—Muy claro.

—Eres Arturo Villalobos y eres Xanto, el Luchador de las Multitudes, el Enmascarado. Los dos, pero no te dejas serlo.

Suspiró.

—¿Sabes que el mundo se está poniendo muy raro? —me dijo, aterrizando suavemente en el cojín.

Antes de que pudiera contestarle se escuchó un crujido en una pared. Un crujido muy poco común: un chapoteo orgánico, un sonido de músculos desgarrados.

—Creo que es hora de que entres en acción —me dijo el hombre de blanco, mientras la pared empezaba a sangrar— recuerda que no hay poder más grande que la mente humana. Hay algunos poderes que funcionan, pero no hay ninguno más grande.

Antes de que pudiera decir más el muro cayó, no como cascajo, sino con el aspecto de carne molida y filetes llenos de nervios. En el hueco no podía verse el cielo hindú, sino, a lo lejos, una escuela prefabricada de aspecto muy nacional. Y cerca, desde el hueco, un hombre gordo, sonriéndome sin darse cuenta que tenía los dientes llenos de fibras de carne palpitante.

—Xanto —dijo, muy feliz.

Antes de que pudiera contestarle sentí cómo algo surgía de mí, como mis músculos fueron cambiando y mi cara empezó a exudar una tela.

—Gaffé —me escuché decir.

El hombre pasó junto a mí y se puso a morder la pared que estaba detrás.

—Es hora de la batalla —afirmó.

LA BATALLA

XXXI

Después del castillo hindú, se encontraron con una selva africana y con un elefante rabioso estorbándoles el paso, haciendo horribles sonidos viscosos a través de su trompa llena de espuma. El Xanto se preparó a saltarle encima y ahorcarlo, pero Gaffé avanzó hasta poder darle un mordisco. De inmediato la selva se inmovilizó, como una película. Destrozaron al paquidermo a base de dientes y se encontraron que en su interior no había más elefante sino un océano: la siguiente imagen ofrecida por el estómago. Faltaba poco. Casi podían sentirlo, unos cuantos escenarios más y serían libres. Cada vez que aparecía un obstáculo lo mordían, el obstáculo sangraba y era la señal de continuar adelante. Después del océano, se encontraron en un raquítico bosquecito rodeado por una cerca metálica. Avanzaron hasta ella y la mordieron con todas sus fuerzas.

Gaffé soltó la cerca, sobándose las encías, mientras diferentes *ugs*, *aks*, amén de chasquidos secos, les convencieron que esa cerca era de verdad y de metal.

Estaban ya en la Realidad.

Gaffé se volvió de inmediato para enfrentarse al *Visitante* pero no vio más que una gigantesca bolsa de carne que empezaba a licuarse suavemente. *Salimos de ahí*, se dijo. Era increíble que hubieran cabido todos. Sólo entonces comprendió que el Ser los acababa de burlar de nuevo. El *Visitante* no sólo era multidimensional, al parecer, también era desarmable.

—¿Dónde estamos?

—Es el Parque Ecológico de Puebla —dijo alguien— pero...

—Se deberían ver las luces de la ciudad —completo el Xanto. No había luna ni estrellas, únicamente el brillo enfermizo de Algol. Gaffé respingó al ver la estrella tan cerca de su cenit astral.

Tan poco tiempo...

Algo había pasado. Algo grave. Las ciudades no acostumbran ceder a la noche, se protegen de ella con luces mercuriales, con el blanco inclemente de las lámparas fluorescentes y el amarillo conocido de los focos de mil *watts*. Cuando la electricidad huye hay velas titilantes. No la oscuridad. No ese aspecto expectante. No el silencio.

—Esta es una ciudad sitiada —dijo, para sí, Gaffé.

—O una ciudad con fantasmas.

—*Ya que lo mencionan...* —dijo una voz junto a ellos, cargada con el polvo de las criptas, la frialdad de la tumba y con un indiscutible acento poblano.

Los luchadores se volvieron a ver al dueño de esa voz, que flotaba sobre el pasto reseco del Parque Ecológico. Un hombre, sin duda transparente, resplandeciendo como una luciérnaga. No se veía amenazador y sí un poco apenado por la atención desconcertada que le brindaban los luchadores. Incluso tanto ojo fijo sobre él lo hicieron ruborizarse un poco. Pero tenía que hablar con el hombrecillo gordo que los comandaba. Ese tenía el brillo negro de los que conocen el submundo. Él debería

saber cómo demonios se podía regresar al Más Allá. En un instante estaba flotando en la nada, ocupado en sus rutinas fantasmales y en el siguiente ya se encontraba en el mundo que tan gustosamente había abandonado con ayuda de una bala en la cabeza. Esa noche extraña lo ponía nervioso. El aire a desastre que podían sentirse en el lugar. Un fantasma no puede ser lastimado por los elementos de la Realidad, sin embargo, en ese momento, sentía miedo de que algo surgiera de esa noche inusual para morder su carne insustancial y devorar sus tejidos ectoplásmicos. Algo oscuro.

Tenía miedo, necesidad de compañía, deseaba acurrucarse en su limbo y olvidarse de todo. Pero estaba ahí, sin saber muy bien el motivo o la razón de ello.

Gaffé sabía por qué el fantasma se encontraba ahí. Había sido convocado para la destrucción.

XXXII

Las criaturas de la noche recorrían la ciudad. Gritos inhumanos, el deslizarse silencioso de cosas aladas, garras rascando en las puertas pidiendo entrar. Los seres ocultos fueron sacados de sus tibias camas y lanzados a la noche. Para ellos, los habitantes de lo oscuro, que lo oscuro fuera desconocido los llenaba de una rabia impotente. Gritaron al negro cielo y se aprestaron a despedazar todo aquello que se acercara a su furia, por ejemplo, ese montón de luchadores que le dieron unas patadas a una jauría que, por desgracia, no estaba compuesta por los famélicos perros comunes y corrientes sino por un grupo de licántropos de malhumor que se irguieron sobre sus patas para mostrar sus terribles rostros humanos y se lanzaron al ataque dispuestos a destrozar, asesinar y destruir, porque no hay cómo seguir las rutinas para huir del miedo a lo desconocido. A lo lejos una mujer desgarrada por el sufrimiento, ya no gritaba *¿Dónde están mis hijos?* sino *¿Dónde chingaos estoy ahora?*

En el abandonado cine Variedades, con alfombras verdes de moho, un hombre caminó por el ruinoso vestíbulo y penetró en la sala. Augusto César Rojas que llevaba en las manos un corazón arrancado con desgana a una víctima sorprendida de que sus asesinos bostezaran mientras preparaban las infames ceremonias.

Augusto, que nunca había entendido los largos suspiros de los enamorados despechados, ahora parecía alma en pena. Pero debía cumplir con sus obligaciones de jefe. Había conquistado al mundo, después de todo. Era hora de abandonarlo. Debía de crear el Umbral (un submundo particular alejado del Todo, para que la destrucción de la Realidad no acabara con los Convocantes) el sitio donde lo que restara de la humanidad sería eternamente torturada por los suyos. Arrojó el corazón a mitad de la pantalla, dejando una larga mancha sorprendida en medio del gris. En la oscuridad, esa sangre muerta tenía un aspecto demasiado vital. De pronto desarrolló brazos de plasma, sanguíneos seudópodos, y fue expandiéndose. Augusto César quemó hierbas, convocó a los seres oscuros, dio las dimensiones del Umbral. Fuera del cine, las hormigas del Cambio empezaron a acercarse, atraídas por el poder de los ritos, una niebla viva que subió por las paredes. Una marea que fue transformándose en monstruosa, ríos de hormigas inundando el lugar.

La polvosa acústica del cine permitía que las voces blasfemas pudieran escucharse de maravilla. En la oscuridad palpitante, dentro de la sangre que crecía, fue posible ver a los demonios de dimensiones menores empezar a construir los impíos paisajes del tormento. Faltaba reunir por última vez a los Convocantes, para trasladarse hacia el Umbral, un segundo antes de que la ciudad ardiera. Una bonita despedida: entrar al futuro dejando atrás las cenizas del planeta. Para César Augusto habría significado entrar al cristal, amar infinitamente su imagen y ser felices para siempre. Pero ya no había nada para él en el Umbral. No le quedaba más que la venganza.

Faltaba poco tiempo para el fin, las Puertas se derrumbaban en las dimensiones de

protección y era posible escuchar cómo la probabilidad caía de bruces sin meter las manos, con un gesto de sorpresa en el rostro.

Los Convocantes se aburrían en sus habitaciones de hotel, sin desear ni siquiera echarles un ojo a los monstruos de la noche. A la mayoría les había decepcionado el aspecto de las brujas. Estas necesitaban un buen baño y un par de explicaciones; porque, simples artesanas de los poderes, no entendían el maravilloso juego de saber prohibido que permitió la llegada del Ser y el fin de la humanidad y todos sus submundos.

Más de un Convocante encendió un cigarrillo, suspirando por lo bajo. El fin del mundo resultó un Viaje Todo Pagado: recorre Cancún, Cozumel, Islas Mujeres en dos días y tres noches y no sea más que un bulto en nuestro camión de turismo. ¿Tantas horas de estudio para ello? ¿Tanto ocultarse del mundo para aburrirse?

Habían destruido la Realidad para acabar con esas malditas horas muertas. Tal vez, sólo tal vez, algunos de ellos empezaban a planear la mejor manera de acabar con el Umbral. No ahora, en algunos años, cuando ya todo resultara demasiado conocido.

Aurora no había encontrado en ninguno de los libros blasfemos un método para destruir al *Visitante*, ninguno sugería forma alguna de conseguirse un arma dimensional, alguna forma ya no de matarlo, ni siquiera de chamuscar uno solo de sus seudópodos. Sólo encontró múltiples referencias al Equilibrio. Necesitaba de alguna manera convertirlo en un Ser desequilibrado, sacarlo de balance de las Fuerzas Primordiales, meterle una zancadilla astral.

Ella era nueva en esas escaramuzas metafísicas. Sólo sabía que Algol rozaba el cenit. Que su ejército de dos aguardaba órdenes. No se le ocurrió más que la estrategia de Gaffé. No había otro camino que el método kamikaze.

En el centro de la ciudad, firmemente plantado en el Zócalo, el *Visitante* se erguía con toda su putrefacta magnitud, una montaña de figura indeterminada alzándose contra las estrellas, de alguna manera fosilizándose. Aurora no sabía por qué, el motivo o la razón de esa inmovilidad. Pero era imposible golpearlo de lejos, debía acercarse. Tomó sus armas (libros, hechizos, la sensación absoluta de derrota) y le dijo a sus huestes que mejor se quedaran porque iba a estar el asunto de la chingada, pero ellos ya lo sabían y lo único que deseaban era una oportunidad de perforarle un ojo a Augusto César con la viejísima Colt del reportero, y una última oportunidad de hacerse el amor.

Pues apúrense, les dijo Aurora y mientras ellos se perdían en sus cuerpos ella se alejó de ahí sin acabarse de creer que, en verdad, el mundo dependiera de ella. Se preguntó cuántas personas se lanzaron a la batalla con la sensación de que de un momento a otro se iba a presentar alguien para informarles que todo había sido una terrible equivocación y era hora de retomar su vida normal y olvidarse de cosas como guerra, bajas y enemigos.

Casi todas las víctimas, decidió.

Antes de dar un par de pasos fuera de la fábrica se topó con un comando de zombis que se volvieron a verla con sus caras llenas de gusanos algo desconcertados porque su alimento se moviera.

Nadie se presentó a decirle que todo era una equivocación.

XXXIII

Si alguien sabe qué hacer frente a un licántropo, ese es el Xanto, que ya se ha enfrentado a ellos en más de una ocasión. En cuanto vio que el jefe de la manada le sonreía con 39 colmillos sumamente afilados, gritó:

—¡Corran!

El enmascarado cumplió de inmediato su propia orden. Todos lo siguieron, incluyendo el licántropo que nunca dejaba de sorprenderse de la velocidad obtenida por los humanos con dos miserables pies. El monstruo fue acercándose al Xanto que, imperceptiblemente, se iba rezagando. Estaba tan cerca que casi saboreaba esa piel. Hubiera preferido una mujer virgen, pero un tentempié no estaba mal. Cerca, muy cerca, un par de zancadas y podría hundir sus dientes en esa sangre fresca. De pronto, sin decir aguas va, el Xanto se detuvo en seco, dio media vuelta haciendo revolotear su capa y lanzó una patada estilo despeje de fútbol americano al licántropo que sólo fue consciente del agudo dolor en su boca y de que se estaba tragando todo su armamento dental. La manada se quedó con la boca abierta, mientras el Xanto tomaba a su líder de los pelos del pecho con un gesto en el cual era fácil imaginar que lo que deseaba era agarrarlo de las solapas de un saco inexistente y se acercó al monstruo desarmado a la cara. La manada se detuvo, sin atreverse a mover un solo músculo. Su jefe había sido derrotado en forma tan absoluta que no dejaba espacio ni para que le dieran una manita, saltando todos sobre el luchador únicamente para mantener el estatus. Pero, si su líder cayó tan fácil era posible inferir que habían sido guiados durante años por un imbécil. Lo mejor, para mantener su autoestima intacta, era observar el curso de los acontecimientos, mientras se hacían los desentendidos rascándose las pulgas.

—Llévame con tu jefe —dijo el Xanto—. Llévame con el Vampiro.

Gaffé, detenido a unos metros, resollando, se preguntó dónde estaba la lógica de considerar que el jefe de los hombres-lobo era un vampiro, pero no dijo nada. El Xanto conocía la organización política del submundo mejor que nadie. Después de todo, durante años se dedicó a poner a las criaturas del Más Allá precisamente en su lugar.

—¿Quieres ver al Vampiro?, eso es sencillo de arreglar.

—Debo hablar con él.

—Eso es más difícil, consideran que es de mala educación hablar con la boca llena.

El Xanto lo fulminó con la mirada y el lobo empezó a temblar, había algo implacable en esos rasgos de tela. Un rostro lleno de poder, el monstruo comprendió que estaba en manos de una fuerza primordial, más allá de las explicaciones.

El licántropo levantó la cabeza hacia el vacío innoble de la oscuridad y lanzó un amargo gemido, como añorando todas las lunas del mundo. Su tribu, por empatía, empezó a aullar con un tono tan desolado, tan lleno de distancias inconmensurables,

que arrancó más de una lagrimita a los luchadores.

En la oscuridad se escuchó un elegante sonido, como el susurro de un vestido negro, y el sereno golpear de las velas de un barco en un mar inmóvil. Algo, un cuerpo navegaba en medio de las sombras, lleno de poder. Esa figura invisible se deslizaba entre la noche, una venus de abismos marítimos que porta con ella los secretos y las imágenes de simas donde el sol jamás ha existido.

Lo primero que vieron de esa figura fueron sus ojos incandescentes y, paradójicamente, oscuros. Una mirada que hacía temblar las piernas de un deseo inexpresado, que convertía a los más endurecidos seductores en virginales jovencitos ante su primer cuerpo desnudo. Ojos que invitaban a placeres sin importar su precio, su altísimo precio en las sombras.

Era un vampiro mujer, la líder de las razas unidas del submundo. Casi podría llamarse la gobernante de ultratumba pero había tantos monstruos *free-lance* que no admitían órdenes de nadie que lo más justo era nombrarla como reina de una pequeña parcela de las Sombras. Pero ella se portaba como una emperatriz y no había nadie que dudara de su poder, o exigiera elecciones democráticas.

Había llegado a ese puesto matando, traicionando, destruyendo, masacrando, chupándoles la sangre aún a los suyos. Le había robado el poder al mismo Conde de Transilvania por el sencillo método de convertirlo en un retrasado mental enterrándole una astilla de madera en el cerebro. Y había disfrutado de cada momento, cada víctima era un grato recuerdo, cada traición un día bien aprovechado, no había mayor placer que el de asesinar, aún a los no-muertos. La muerte la excitaba.

Por lo que apareció con un aspecto desbordante de sensualidad, el aspecto de una *femme fatal* que sabe que el morir puede ser placentero si se sabe el método adecuado, y ella sabía todo sobre el placer y la muerte.

Y conocía al Xanto. Durante un tiempo, pensó que era un buen compañero para la emperatriz, pero él prefirió penetrarla con una estaca en el corazón. Peleas de enamorados.

—Te ves tan joven como la última vez —dijo el Xanto, demostrando que, ante todo, era un caballero.

Ella sonrió, complacida.

—Ya tengo más de 800 años y lo sabes.

—Te creí muerta.

—Un buen vampiro nunca muere.

Nadie comentó que ella era una buena, buenísima vampira.

—Tu gente está en peligro —dijo el Xanto.

Ella levantó una ceja, levemente desconcertada. Su gente siempre estaba en peligro. Los cazadores, por regla general, deben enfrentarse a las trampas con las que sus presas pretenden asegurarse de que no terminen con ellas de una buena vez. No era casual el vivir en las sombras, la oscuridad era el símbolo perfecto de su

condición. La nada, que podía contener una víctima o un asesino. Los vampiros acostumbran tener pesadillas de amaneceres llenos de gorjeos de pajaritos. El peligro era tan normal como la sangre ajena corriendo por sus bocas.

Sin embargo ella misma sentía que la oscuridad estaba cambiando, pertenecía a otros, a poderes muy alejados de los suyos, a seres que no comprendían (o no les importaba) la dualidad vida-muerte que era el eje de las criaturas del ultramundo.

—Necesito tu ayuda —dijo el Xanto.

Y yo necesito tu sangre, se dijo la vampira, pero no era el momento para placeres.

—Pídeme lo que quieras —afirmó, consciente de sus palabras. Una promesa, incluso una promesa implícita, dicha por un vampiro, es un pacto irrompible, un juramento de sangre.

Más de un luchador suspiró, lo que no darían porque una mujer (así fuera esta un vampiro) como la Emperatriz les dijera esas palabras.

La *Amenaza* tragó saliva y trató de pensar que estaban luchando por salvar al mundo, que importaba que la Emperatriz hablara con susurros llenos de caricias, que su sonrisa dejara en calidad de adefesios a las mayores diosas del sexo. Uno de sus mayores poderes era el que podía ser mimética a las fantasías sexuales, idéntica a quién despertó inicialmente el deseo, el libido del mortal que la observaba.

Para la *Amenaza*, ella se vio igual a la mujer que había provocado su primer sueño erótico. Fue, para él, Lorena Velázquez.

Para la vampiro todos se veían como un estupendo bufete.

—Queremos paso libre, no tenemos tiempo de luchar contra ustedes.

Ella prometió que sus huestes les darían paso franco.

—Pero toda la Oscuridad está allá afuera.

El Xanto asintió, sabía lo que encerraba esa afirmación. Había más que monstruos en la noche del Fin. Poderes desconocidos sueltos por el Cambio. Mil formas de morir antes de enfrentarse con aquello que los destruyó tan fácil la primera vez. Pero tenía que ir al encuentro de ello. Era hora de salvar al mundo.

El trabajo es el trabajo.

XXXIV

Se escuchó un crujido, casi subliminal, y sin embargo catastrófico. El sonido, sin ser estruendoso, ensordeció con su débil voz, se tragó todos los ruidos a pesar de que cualquiera de ellos era más fuerte que la susurrante hecatombe. Todo el mundo se miró (o más bien, trató de mirarse en la oscuridad). Era el sonido de los Goznes.

Las Puertas se abrían, las Puertas conectadas a los horrores más allá de la Realidad, las que finalmente iban a devorar al mundo. Puertas siempre cerradas, hasta ahora, llenas del polvo de las eras, de millones de esencias de criaturas y hombres enmoheciendo el metal ensangrentado del que estaban construidas.

Las Puertas Del Tiempo.

El Visitante, desde su fosilizada actitud se preparaba a cruzarlas. Lenta, cuidadosamente. El poder de aquello que debía traspasar era infinitamente mayor al suyo. Debía cumplir con los ritos de pasaje o quedar atrapado en la indeterminación de las Dimensiones Menores.

Augusto César supo que el tiempo de la humanidad se había acabado. El Umbral estaba casi listo. Era el momento de apartar a los Elegidos.

Algo malo había pasado. El hombre oteó la oscuridad. La noche le devolvió la mirada cargada de signos de desastre.

El sonido, decidió, fue el maldito sonido el que destrozó la poca seguridad que había logrado reunir encerrándose tras fuertes puertas de metal, rodeado amorosamente de trampas a su familia.

El estruendo silencioso marcó el final de esa unidad fraterna. Ya no más noches aceitando armas, afilando cuchillos, preparándose para enfrentar la catástrofe que casi se podía sentirse en el ambiente. El hecho de que se fuera la luz demostró lo bien preparados que estaban, reunirse alrededor de una lámpara de halógeno lo llenó de un poder que nunca había experimentado antes, aunque la maldita lámpara fallara a las pocas horas. Para entonces ya había convencido a sus hermanas que el mejor camuflaje era la oscuridad, y en caso de necesitar iluminación, tenían las luces químicas. Que viniera el desastre, él estaba dispuesto a recibirlo con armamento de primera. Sin embargo, el juego de la supervivencia perdió de golpe su encanto. No había manera de escapar de la colosal indiferencia del sonido que los inundó: era como escuchar la Tierra convertida, súbitamente, en arena deslizándose hacia la nada.

Por ello, cuando su hermana gritó, supo que la batalla estaba perdida de antemano. Se encontró con Lucha mirándose la mano muerta de miedo, mientras Rosa agitaba desesperada una luz química para que su resplandor verde llenara la estancia de sombras indefinidas.

—¿Qué pasó?

—La mordió una araña —dijo Rosa.

—¿Tanto grito por eso?

—La araña parecía hablar, pedir algo.

—¿Y qué decía la araña?

—*Sopa*.

Rosa y su hermano se estremecieron ante esas dos sílabas que tenían el tono justo de haber sido pronunciadas por un arácnido especialmente malévolos, por una tarántula rabiosa, por un albino insecto de ojos de fuego. *Sssssso-pa*. La primera sílaba era parecida a dos mandíbulas de hierro cerrándose, raspar de metal contra metal, la segunda estaba compuesta por un chasquido seco, definitivo, como si esas mandíbulas cargadas de veneno se abrieran de golpe dejando caer una gota transparente de muerte líquida. Se volvieron a ver a Lucha que los miraba con unos ojos cargados de horror. La mujer abrió lentamente la boca, con la velocidad de las pesadillas y de su garganta no brotó el grito que pretendía sino un increíble número de arañas, saltando una sobre otra, pululando, como un líquido verde bajo la luz de emergencia, gotas que se lanzaron de inmediato sobre los atónitos testigos. Las Arañas del Cambio pidiendo *sopa*. El hombre ni siquiera lo pensó: disparó a la cara. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho era demasiado tarde, la bala iba en camino. El proyectil entró justo en la boca abierta y desapareció entre el río de arañas. El hombre sabía lo que podía esperar al atinarle a alguien con una bala expansiva a esa distancia: un estallido líquido que reventaría la cabeza como si fuera un globo relleno de sangre. Ante las circunstancias no era posible deducir qué era peor. Pero la bala se perdió en ese interior y no pasó nada. Ni siquiera un chasquido. Lo único que ocurrió es que salieron más arañas.

Rosa y su hermano empezaron a retroceder, mientras la luz verde se iba agotando. En la nueva oscuridad Rosa gritó.

—¡Me mordió! ¡Me mordió! ¡La araña me mordió! ¡Me mordi... *sopa*.

El hombre no necesitó más, se dio media vuelta y salió corriendo de ahí, aferrando su arma inútil, dejando atrás a sus hermanas, perseguido por una frase mortal.

—*Sopa*.

XXXV

La ciudad empezó a gritar.

El Xanto miró los edificios a su alrededor, y de todos ellos surgió el clamor del espanto. Se escuchaban carreras desesperadas, hombres y mujeres huyendo en las trampas negras de las habitaciones sin luz, a veces vidrios rotos y algún grito en bajada de quienes decidieron que el vacío era preferible a lo que sea que estuviera pasando en el interior de todos los cuartos.

—¡NO SE DISPERSEN! —le gritó Gaffé a su tropa que se dispersó de inmediato, corriendo a prestar ayuda, dejándolo solo y abandonado a sus recursos.

Aurora, examinando cuidadosamente los restos de los zombis a los que había eliminado con un solo frasco de hechizo color verdoso, saltó cuando el fragor de la ciudad llegó hasta ella.

Miró a los cadáveres a sus pies, por lo visto eran uno de los peligros menores de esa noche. Observó el campamento zombi, en donde, al parecer, los muertos-vivos habían pasado días aguardando. Un campamento no humano, donde no había fogatas extinguidas, restos de comida, sino cajas con tierra negra donde se acostaron para añorar sus lejanas tumbas, algunos gusanitos que alimentar, multitud de armas de fuego, e infinidad de espejos colocados de tal manera que fuera casi imposible verse en ellos. Aurora comprendía el por qué de todos esos elementos, excepto los espejos. Los muertos los evitaban, no debe ser muy agradable ver los músculos desnudos y putrefactos aún moviéndose.

La habían estado esperando.

El pensamiento fue un susurro claro en medio de la vociferante noche. El murmullo de la voz de la razón que funcionaba a pesar de estar sumergida en el delirio.

Te estaban esperando, y no sólo eso, te cuidaban.

Por ello las armas automáticas, una docena de granadas. Ella, al ser parte del ejército del bien, había adquirido una mágica protección a ser baleada por el equipo del mal. Para matar a un ser mágico debes atravesarlo con un arma blanca. Esas armas no eran para encargarse de ella. Eran para posibles enemigos.

Pero los zombis no tenían más enemigos que ella, la única superviviente de las fuerzas de Gaffé. ¿No era así?

Allá a lo lejos, aún desde esa distancia, podía ver la figura del *Visitante*, una montaña putrefacta sobre la ciudad.

Soy lo único que te impide ganar, entonces ¿por qué un campamento zombi a las puertas de mi refugio secreto?

Porque las fuerzas desatadas de la noche no debían destruirme.

Esos cadáveres la estaban cuidando de los cazadores de recompensas, de las hordas desatadas por los Convocantes. Eso quería decir que había sido preservada aún de las fuerzas del mal por aquel que las manejaba, por el mismo *Visitante*.

¿Por qué?

Porque el Visitante me necesita.

¿Y para qué me necesita? ¿Cómo es que le soy útil a ese Ser?

—**Porque eres un cebo, un contrapeso, la zanahoria frente a la nariz y un as bajo la manga** —dijo una voz compuesta a partes iguales de amenaza y vidrio molido.

Aurora levantó la vista y vio en el espejo el reflejo de Augusto César. Con un grito se dio media vuelta dispuesta a encararlo, mínimo a tratar de sacarle un ojo con las uñas y sólo se encontró con la noche.

Un vampiro es un ser físico que no tiene reflejo ¿qué es un reflejo que no tiene ser físico?

No tuvo tiempo para pensar en nada más, porque el espejo se rompió a sí mismo en un millón de fragmento y cada uno de ellos no estaba compuesto por una partícula de cristal sino por multitudes de arañas del Cambio, que avanzaron incontenibles hacia la mujer que de inmediato les arrojó otro frasco de hechizo verdoso que ni siquiera sintieron en su avance hacia su víctima. Parecían hablar, pedir algo. Aurora echó a correr mientras se decía que no era posible que le pidieran sopa...

XXXVI

Gaffé miró el resplandor que se acercaba. La ciudad continuaba gritando, pero ya no era una multitud vociferante, sino sonidos cada vez más aislados, solitarias islas de horror. Era claro que algo había atacado a la gente en la precaria seguridad de sus habitaciones. Si no había un congestionamiento de autos tratando de huir, era sencillo deducir que no funcionaba ningún transporte.

Algol podía generar un pulso electromagnético, parar relojes, detener circuitos, pero también era capaz de volver obsoletas todas las máquinas: las bicicletas estaban tan muertas como los automóviles, todo sistema que no fuera biológico. Nadie había apagado el circuito lumínico de las luciérnagas. La única luz existente, si descontamos el brillo insano de la estrella asesina y aquel que se acercaba, sereno, por las calles. Una luz artificial.

Gaffé supo que estaba solo, nuevamente. Sus luchadores no habían vuelto, creyó escuchar gritar a más de uno, solidarizándose con las víctimas al convertirse en otra baja más, aunque la sensación era diferente: era como si los gritos hubieran devorado a su ejército. No hubo tiempo de pensar qué significaba ello. La luz terminó con todas sus preguntas. Se agazapó en una esquina sin saber por qué. Un cuerpo enorme, pasó a su lado, majestuosamente. Un camión ADO. Decenas de lentos camiones. Dentro, rostros iluminados por luces fluorescentes. Extraños peces de un mar secreto: los Convocantes.

Ahí debería estar, se dijo Gaffé. De continuar a las órdenes de Augusto César, debería estar dentro de esa luz. Entonces podría ver la oscuridad apretujarse contra las ventanas como si no tuviera nada que ver conmigo, echándole una última mirada al mundo que hemos destruido.

No están más alegres que yo, se sorprendió el esotérico, no van cantando los himnos de la Libertad, siguen siendo ellos, bostezando.

Gaffé los conocía en su mayor parte, después de todo había sido el segundo al mando en la organización de los Convocantes. Sabía los nombres, los gustos, los pecados de cada uno de ellos, el motivo por el cual deseaban reducir el mundo a cenizas.

Y no se han librado de él, no son más libres que yo.

Llevaban al Umbral su pasado, cargados con sus retrofantasmas. El esoterista sintió una ira amarga.

Tanto para nada. Magia desatada, prodigios colosales, la maestría de los ritos. ¿Para qué? ¿Por qué? Ni siquiera los vencedores estaban disfrutando con el asunto. ¡Era el colmo!

*¡Maté por ustedes! ¡Llevé a la muerte a mucha gente, primero para apoyarlos y luego para vencerlos! ¡Estamos jugando con el Equilibrio de las Fuerzas del Todo, para que **ni siquiera** lo estén disfrutando!*

Pero eso no era lo peor. Lo peor es que Gaffé no era diferente a ninguno de esos

rostros detrás del cristal. Lo peor es que todo lo que había pasado no lo limpió de pertenecer a ese grupo.

Podrían recibirme aún, unirme a sus huestes, ellos me harían un lugar en su camión, ofreciéndome uno de esos asientos acolchados con mantelitos de papel en el respaldo, un Jumex y un montón de gente que torturar. ¡Y yo podría aceptar!

El Cambio, se dijo. Él también era una criatura del Cambio, como las hormigas albinas a punto de prenderle fuego a la Realidad. Como las arañas. Como esos hombres y mujeres en sus peceras mecanizadas, observando la inmensidad del océano de la noche y despreciándolo desde sus interiores de cristal.

Deseó matarlos, destruirlos, desgarrar sus pieles, morder sus entrañas. Porque eran como él. Porque siempre lo habían sido, porque aún lo eran.

El *Visitante* sólo era una excrescencia más de su locura, ellos eran el origen de todo esto. Ellos eran los que huían, los que dejaban atrás el mundo. No era justo. Como no lo había sido encontrar de nuevo a su padre por su culpa.

Por ello, por eso, por todo, Gaffé empezó a seguir los camiones, dispuesto a averiguar el método de herirlos, de matarlos si era preciso.

Junto con los Convocantes empezó a caminar hacia el Umbral.

XXXVII

Tendría que traicionarlo.

Augusto César Rojas paladeó ese pensamiento sin encontrarle sabor alguno. La traición sólo era un paso necesario, no tenía ninguna carga emocional, a pesar de que era volverle la espalda a la labor de toda su vida. Tanto daba. El jefe de los Convocantes miró los camiones que iban delante de él. No podía importarle menos su destino.

César estaba descubriendo cosas nuevas de él, por ejemplo: que la ira arde en el fondo del estómago, la desesperación se siente en la punta de los dedos; saberse impotente para cambiar las cosas duele en los huesos y los nervios tienen una voz propia, más convincente que cualquier otra voz, incluyendo la de la supervivencia.

¿No deseaba sentir algo? ¿No fue por ello que se había metido en una cruzada blasfema? Pues bien, lo había conseguido, estaba sintiendo todas las emociones anheladas siempre: al mismo tiempo y en paquete. No faltaba nada, por fin podía decirse a sí mismo que estaba vivo.

Estar vivo duele.

Estaba mejor muerto, pensó Augusto César.

Su automóvil, negro y excesivamente vital por los hechizos, cerraba la procesión de los triunfadores. Los asientos respiraban. Su chofer no. Los zombis respiran sólo por costumbre, pero pronto se olvidan de ello. El primer paso para la traición era matarlo. El tercer Mensajero destruido durante el Cambio.

Pensar en Mensajeros le cerró la garganta y le dio el valor suficiente para tomar el frasco con el hechizo y estrellarlo contra el piso del auto. El frasco no se hizo pedazos. El Mensajero se volvió a verlo, mientras sacaba un cuchillo con toda la calma del mundo. Para un muerto-vivo esos movimientos eran relampagueantes. Augusto César pisó el frasco con la fuerza suficiente para romperlo y se vieron envueltos en un gas verdoso que hizo que el mismo carro empezara a toser y se apagara. Durante un segundo no paso nada. Simplemente un auto lleno de humo. Augusto César bajó de él preguntándose por qué diablos no había sentido miedo. Sus piernas temblorosas le dijeron que sí lo había sentido, pero no miedo a la muerte, sino a la posibilidad de no poder cumplir sus propósitos.

Debía detener el Cambio a como diera lugar.

Muerta Aurora escaparía de él, a salvo en la muerte colectiva, vencedora al ser masacrada. Era inaceptable. Si no había tiempo para la venganza antes de que se acabara el mundo, la opción a seguir era sencilla: era necesario detener el fin del mundo. Y para hacerlo debía traicionar al *Visitante*.

Augusto César miró hacia el enorme Ser multidimensional que se elevaba sobre el zócalo. No podía ser destruido. Ninguno de los escritos mencionaba un método para dañarlo, ni fórmulas, ni hechizos, ni pactos con otros seres. Hablaban del Equilibrio.

El saber prohibido, al parecer, también era incompleto, pero no importaba. Nada importaba ya, todo había perdido significado desde el momento en que su imagen desapareció. O más bien, sólo una cosa tenían sentido: la muerte de Aurora. El después no importaba. La Venganza es una sed que debía satisfacer aunque fuera con agua envenenada.

Se lo debía a su imagen. Al vidrio astillado, en donde todo terminó para él. El jefe de los Convocantes era demasiado inteligente para no darse cuenta que la venganza, entre sus muchas características, también tiene espacio para el absurdo melodrama, para una visión romántica de las cosas. Podía ser perfectamente cursi y a pesar de ello, lo aceptaba.

Meterle un tiro a Aurora era un acto de amor. Un homenaje para su amada imagen, como llevarle rosas, como acariciarla.

Un símbolo. *Todavía te quiero* Nada más.

Impostergable.

Augusto César echo a correr hacia el zócalo, sin sorprenderse de la batalla que estaba dispuesto a librar. Una batalla ajena repentinamente propia.

Estaba descubriendo que estar vivo, también, es estar a merced de las ironías.

XXXVIII

Acevedo levantó la cámara sobre su cabeza, con el ángulo preciso para captar lo que ocurriera al otro lado de la pared. Ya lo sabía, pero necesitaba las fotos. De sobrevivir se venderían bastante bien, eran exactos los gustos de *Amarga Realidad*:

¡HOMBRE DEVORADO POR ARAÑAS MORTALES!

—Tal vez no se lo estén comiendo —susurró Conchita, junto a él— se ve como si lo estuvieran guardando.

—Quizá para la cena.

El cuerpo era cubierto por una tela sanguinolenta que nada tenía que ver con las pulcras, limpias y elegantes telarañas.

—Tiene una agarradera —afirmó Conchita— se ve como una maleta; pescado envuelto en periódico para que te lo lleves a tu casa.

Acevedo se dijo que tenía más el aspecto de una torta de milanesa llena de grasa, envuelta en una servilleta sucia. Se imaginó dentro de la membrana, lejos de la mujer, y se estremeció. Buscó la mano de ella y la apretó un segundo. Seguían en la Fábrica, las arañas no habían entrado en ese lugar. Tuvieron que usar el teleobjetivo de la cámara para tratar de entender qué estaba sucediendo allá afuera.

Un hombre estuvo quieto el tiempo suficiente para que lo vieran mirarse aterrado las manos, y empezar a vomitar arañas. Después se quedó inmóvil, una estatua de sal que fue cuidadosamente envuelta. Una y otra vez la misma historia, muchas víctimas y muchas más arañas.

—Tal vez tenga que ver con el Umbral.

Acevedo no dijo nada, mientras cargaba de nuevo la cámara. Tenía fotos de espectros, hombres-lobo, vampiros. Seres increíbles que también huían. Nadie estaba a salvo allá afuera.

—¿El Umbral?

—El lugar de las torturas. La recompensa de los Convocantes.

—¿Qué con él?

—Se supone que debe estar lleno de víctimas, de gente a quien lastimar durante la eternidad. No creo que nadie vaya por gusto al infierno.

No era mala idea. Las arañas eran las encargadas de escoger a los Elegidos. El reportero se imaginó al mundo desapareciendo de golpe, dejando en el espacio flotantes restos de un naufragio astral, partículas rojizas: las telarañas sangrientas. Entonces, demonios menores saldrían del Umbral para recoger a las víctimas.

Los Elegidos eran los afortunados. Los sobrevivientes. Tal vez Aurora estuviera entre ellos. Casi podrían haber adivinado que los dejaría atrás. No la culpaban de ello, no tenía madera para líder, no estaba dispuesta a sacrificar a nadie a cambio de los resultados.

Como, por ejemplo, a ese hombre que se dirigía, sin saberlo, a un bullente agujero rebosante de arañas. Ya no se escuchaban gritos y los malditos bichos habían dejado

de saltar. Podía ser una trampa. Para saberlo era necesaria una víctima. Por ello Acevedo no le advirtió con un seco grito al hombre. Desde atrás del lente, el reportero se encontró con una lejana sensación de pérdida. Ya no era divertido tratar de entrar al drama de otros a través de imágenes. Tenía su propio drama que le interesaba más. Pero no por ello dejó de tomar fotos. El hombre cayó, y un segundo después salió del agujero sacudiéndose los insectos con histéricos manotazos. Se había terminado. Ya no más víctimas empaquetadas. Las arañas empezaron a avanzar hacia algún lado caminando en disciplinadas hileras, casi arrastrando los pies. Podían dirigirse a tres lugares: 1.-Hacia el Visitante para rendirle cuentas a su fosilizado jefe, 2.-Al Umbral para pedir empleo como celadores, o tal vez como abridores de capullos, 3.-A cualquier otro maldito lugar.

De todas maneras los conduciría a algún lado.

—Vamos —dijo Acevedo— debemos seguir esas arañas.

—Si van al Umbral podríamos encontrar al hombre amarillo.

—Lo sé.

El reportero sacó su arma. En esa noche desorbitada parecía no tener sentido. Era demasiado minúscula, no era más que un método para impulsar trocitos de plomo. Pero debía bastar.

XXXIX

Pensar estorba, pensó Arturo Villalobos, pero el Xanto ni caso le hizo mientras golpeaba arañas. Era difícil patearlas al vuelo, impedir que se subieran encima, y pisarlas al mismo tiempo, pero el luchador lo estaba logrando. La Amenaza Roja, ni siquiera hizo el intento de ayudar, simplemente se quedó a un lado, admirándolo. Cada movimiento lleno de poder, implacable y preciso. Los arácnidos no habían tenido tiempo de cerrar sus mandíbulas antes de haber sido golpeadas. El Xanto sabía que no sólo luchaba para salvarse, sino, principalmente, para impedir que La Amenaza Roja y las inocentes víctimas en el rincón, fueran *lunch*. Si el Luchador de las Multitudes hubiera dedicado sólo una pequeñísima parte de su atención a Arturo habría sido derrotado. De entre las paredes surgieron, repentinamente, unos seres oscuros; habitantes de las Puertas dispuestos a matar. La Amenaza Roja no pudo decirse por qué diablos le parecieron que tenían garras, babeantes mandíbulas venenosas, ojos de fuego, si en realidad no eran así: eran peores, lo más que se acercaba a una descripción precisa era la imagen de nubes de navajas, combinación de niebla londinense y Jack El Destripador en uno. Y eran muchos. El Xanto tomó una bola de arañas que trataban de meterse entre los agujeros de su máscara, y se los arrojó a esas cosas. Las arañas tampoco estaban de muy buen humor y antes de que la *Amenaza* pudiera deducir qué estaba pasando, había un montón de nubes diciendo *sopa* y muchos bichos partidos a la mitad. El Xanto tomó a las inocentes víctimas y a la Amenaza Roja y se fueron de ahí antes de que apareciera otro enemigo. El Xanto sabía que estaba perdiendo el tiempo, ya se había visto antes en la necesidad de dejar que se efectuara una masacre porque hay cosas peores que unos cuantos miles de muertos. No tenía tiempo de rescatar a quienes gritaban. Debía ir a enfrentarse contra el *Visitante*. Gaffé sabría cómo detenerlo, pero Gaffé había desaparecido. Podía ir a buscarlo o seguir sólo su marcha. *Búscalo, búscalo, necesitas su ayuda, sólo eres un personaje de cine*, dijo Arturo. El Xanto se tocó, levemente, su sien enmascarada. Había escuchado eso. Miró hacia la mole fosilizada del *Visitante*. Las Puertas estaban abiertas, sus habitantes salían, y no sólo eso: el Ser entraba. De alguna manera ello tenía que ver con que fuera más consciente del extraño pasajero que llevaba en su interior. **Equilibrio**, susurró otra voz, mitad Arturo, mitad Xanto: la fusión. Pero también era una voz lejana.

—Ven —dijo a La Amenaza Roja, y sin más los dos se echaron a correr hacia el zócalo.

La ciudad se había hundido en el silencio, sólo flotaban, aquí y allá, algunos restos de ese titánico naufragio, restos sonoros: algún lloriqueo, pasos perdidos en la oscuridad. En una noche que se estaba volviendo viscosa. La Amenaza tardó unos segundos en darse cuenta de ello: la oscuridad pesaba. Ya habría tiempo para asustarse, se dijo, ahorita no, no mientras corría, no mientras Gaffé estuviera en algún lugar seguramente tratando de salvar al mundo. La Amenaza Roja tenía esposa, hijos,

familia que podían ser en ese momento un capullo ensangrentado. Ya pensaría en eso después, cuando la batalla terminara. Entonces sería cuestión de hacer un recuento de daños (entre los cuales, por supuesto, podía estar su muerte). Pero ahora no había lugar más que para la acción, aunque esta fuera tan sencilla como seguir al Xanto. Miró los ríos albinos de una procesión sin precedente de hormigas blancas. Sabía que su misión era incendiar al mundo.

—Van hacia el Umbral —dijo el Xanto.

Se dirigían hacia el cine Variedades, lo inundaban, desde el exterior ya no era posible ver un edificio en una calle, era fijarse en una pululante pared viva. Tampoco había tiempo para pensar en ello.

Un ruido detrás de él lo alertó. Se volvió a ver qué diablos podía ser, qué criatura informe los perseguía en ese momento, se detuvo en seco ante lo que miraba.

Detrás de ellos, corriendo también, con la expresión de que nada podría detener su paso, dos siluetas, par de figuras imposibles y conocidas, corriendo para alcanzarlos. No eran otros que ellos mismos: Xanto, El Luchador de las Multitudes y La Amenaza Roja.

XL

Augusto César alzó la vista, asustado. Había oído pasos en las escaleras. Tomó la afilada espada, y esperó. La puerta se abrió sin un chirrido (nunca lo hacía) y Augusto César Rojas entró a la habitación. Para entonces Augusto César había dejado caer la hoja con toda fuerza. Durante un aterrador segundo vio que quien acababa de entrar era él mismo.

Me asesine, pudo haber pensado pero su mente, bastante rápida, le dio una alternativa aún peor: lo que entraba era su reflejo reencarnado, su amor vuelto de la muerte, resucitado por algún rebote mágico de la caída de la Realidad. E iba a dividirlo en dos.

Augusto César Rojas atravesó a Augusto César Rojas con tal fuerza que la punta del arma pudo enterrarse en el piso. No brotó sangre, ni saltaron vísceras, el Augusto que entraba no dio muestras de haberse enterado de que fue atravesado por el filo. Fue como tratar de acuchillar a un holograma.

El Augusto con la espada reconoció los gestos del otro, la forma como éste último miraba a su alrededor, como él había hecho al entrar unos minutos antes.

Los mismos gestos.

Soy yo, se dijo. Bueno, por supuesto que soy yo.

Pero el segundo Augusto no era un ser físico, sino una imagen del pasado inmediato. De apenas unos segundos antes. Para demostrarlo se sentó y empezó a hojear un libro, para después alzar la cabeza, asustado, y se puso de pie de golpe aferrando una espada que había traído consigo, rápidamente fue a situarse detrás de la puerta y esperó que algo entrara: un Augusto tres al cual intentó partir, reconociéndolo en el último instante, y poniendo tal cara de susto y miedo que el Augusto original no pudo reprimir una sonrisa. Acto seguido el Augusto tres entró muy quitado de la pena, y miró a su alrededor. No era difícil adivinar que habría un Augusto cuatro, cinco, tal vez mil si es que la Realidad no ardía antes. No tenía caso intentar tocarlos, estaban en otra dimensión, la más común de todas: la dimensión del tiempo.

El propósito del *Visitante* era destruir a la humanidad, y no sólo eso, sino también borrar su plano astral, el pasado mismo del mundo. Para lograrlo debía penetrar por las Puertas y destruir el ayer a dentelladas. Eso quería decir que, durante un instante, los tiempos simultáneos de los hombres se unirían en el fin.

Cualquier día que vivamos, todos los instantes que creímos haber dejado definitivamente atrás existen inmóviles en las dimensiones del tiempo, ayeres eternos, entretejidos con lo sucesivo. Sin la existencia de un pasado es imposible el presente y el futuro, si un solo eslabón fuera roto el resto sería modificado. Augusto César nunca se preguntó por qué era necesario destruir el ayer a dentelladas. A él, cuando empezó la cruzada del Fin, le bastaba con que ardiera el planeta, se derritieran los continentes, se evaporara el mar, poca cosa. Pero el *Visitante* era un ser

multidimensional, al actuar en una Realidad era parte del río temporal de la Realidad en la que se encontraba. Por ello le era imprescindible destruir el ayer, precisamente porque las dimensiones temporales están unidas unas a otras, cada una consecuencia de la anterior. Un tejido en que cada hebra es vital para la existencia del conjunto. Si una sola hebra era modificada, el conjunto total, los hechos reunidos en la Realidad serían otros, y aún el *Visitante*, inmerso en esta dimensión también podría ser modificado.

Augusto Cesar trató de pensar con todas sus fuerzas.

Esas imágenes del pasado inmediato, esos Augustos Césares que, lentamente iban a sentarse donde él estaba eran grietas en el tejido del tiempo, las primeras señales que estaba cediendo, resquebrajándose. Nada más que ecos visuales, pero... podían ser la solución. Las Puertas podían ser el modo: *Eran la forma de detener el fin del mundo*.

Durante un instante, unos segundos antes del fin, cuando los tiempos, todos los días de la humanidad, todas las épocas, estuvieran juntas para arder en el holocausto final el Augusto dos no sería sólo un fantasma óptico, sería un autentico Augusto, podría tocarlo, sería posible convencerlo de cambiar los hechos. Podía modificar el tiempo y la cadena de hechos que lo llevaron a esa habitación. ¡Podía transformar el pasado y, por lógica, el presente!

Claro que antes debía destruir al *Visitante*, el Invulnerable. Pero ningún plan es perfecto.

Para demostrarlo la puerta se abrió de nuevo y entró un Habitante de las Dimensiones Muertas, el nuevo Mensajero, cargando un capullo de las Arañas del Cambio. El Mensajero arrojó su carga ante el ex-jefe de los Convocantes.

—El *Visitante* me manda a traerle esto —explicó con su voz muerta—. En cuanto acabara de traicionarlo, dijo. Cuando tuvieras cara de haber deducido la forma de detener el Cambio.

Augusto empezó a retroceder lentamente. Una silla cobró vida detrás de él y un millón de tentáculos surgidos de la nada brotaron del piso y lo aferraron.

Estaba en una habitación viva. El edificio se había convertido en un organismo biológico. Para ello eran necesarios ciertos hechizos que llevaban tiempo. Por lo visto su último refugio había sido descubierto hace mucho por el *Visitante*.

Puedo ser devorado, se dijo. **Voy a ser devorado.**

De nuevo lo embargó la ira, no podía, no debía serlo. No mientras no se vengara, no mientras esa mujer siguiera viva.

—Tranquilo —recomendó el Mensajero, señaló el capullo—. Es un regalo. Después de todo, estamos aquí por usted. El *Visitante* quiere agradecersele. Darle otra oportunidad. Me manda decirle que lo comprende. Los seres biológicos son, en el fondo, todos iguales. Piden pocas cosas, él puede darle algunas, sólo necesita que le haga un par de trabajos más.

—¿Qué tipo de trabajos?

—Quiere que se enfrente al Xanto, por favor.

—¿El Xanto? ¿No estaba muerto? ¿No había sido devorado?

—No lo suficiente.

—Olvídalo. No me interesa, no me importa nada...

—... que no sea la venganza. Lo sé. El *Visitante* también. Por ello le traje esto. Es un primer pago. Te lo entregaré cuando termines con El Luchador de las Multitudes.

El Mensajero se acercó al capullo, e hizo un par de gestos mágicos para mostrar lo que había encerrado en su interior, a la víctima dormida. Cuando César vio lo que había dentro se le cortó el aliento, de inmediato dijo que sí, que mataría al Xanto, dejando a un lado la impresión de que era un juguete en manos del *Visitante*, una ficha para moverla a capricho.

Ahí, inmóvil, durmiendo aún, tranquila, se encontraba Aurora Roldán Parrilla.

XLI

Quienes juegan ajedrez comprenden que cada movimiento es parte de un todo. Las fichas no tienen opinión y el azar está prácticamente excluido. Pero en toda batalla las fichas se mueven como pueden, indiferentes a la estrategia.

O, como en el caso de la batalla final por la Realidad, indiferentes al Equilibrio.

Perfecto, se dijo el *Visitante*.

Augusto César adivinó que había un plan, pero no le importaba. No mientras le dieran a Aurora a cambio. Lo que debía hacer para enfrentarse al Xanto era fácil: debía comerse al Mensajero. Augusto César lo miró detenidamente: sus putrefactas extremidades, la saliva roja que surgía de todo orificio existente en esa cosa que se veía todo menos apetitosa.

De acuerdo, dijo. El ser se deslizó por su garganta musitando *bon appétit*. El de nuevo jefe de los Convocantes pudo sentir cómo ese ser se transformaba en su estómago en una multitud de pequeños tentáculos afilados, agujas móviles que perforaron los órganos internos, trezándose con sus músculos, incorporándose a su carne, como si fuera un muñeco de trapo al que se le ha puesto un esqueleto de alambre, movió su mano y supo que era capaz de arrancar el pavimento como quien agarra borra, nomás para probar le dio un puñetazo a la pared y esta se derrumbó encima de él. Pero el cascote no le hizo daño, ni siquiera sintió los ladrillos que lo golpearon. Sonrió, sorprendido. Era el hombre de acero, ni más ni menos. Era lo justo, necesario. Después de todo, si había que derrotar al Xanto debía hacerse mediante la lucha libre, dos a tres caídas sin límite de tiempo. Por su boca surgió un líquido negro que se distribuyó por su cara, externamente, amoldándose a sus rasgos, afianzándose en su carne de tal manera que era como llevar un casco de ojos brillantes, una máscara cubierta por una cabellera digna de Medusa, zarcillos vivos y afilados. Máscara contra máscara y cabellera. Estaba listo para el combate.

Lo mismo que Acevedo y Conchita, aunque no tan bien armados. Llevaban la ira, la consciencia del fin, el deseo de arrancarle los ojos a Augusto César. Habían perdido la pistola. En cuanto dieron vuelta a una esquina se encontraron de frente con un licántropo que de un zarpazo le arrebató el arma al reportero antes de seguir huyendo. La pareja no podía saber que el *Visitante* había azuzado a ese hombre lobo en particular, mostrándole una y otra vez que el ser un monstruo ya no era una garantía de seguridad en esa noche terrible, y que necesitaba conseguir una pistola para defenderse, también es cierto que buscaba una cruz, pero eso era sólo un efecto secundario. Las piezas del juego son, a veces, demasiado complicadas. El hecho era uno: tenía a Acevedo y Conchita como deseaba, desarmados sin seguridad alguna. Para equilibrar el balance entre las fuerzas del bien y el mal, permitió que Aurora, dormida en su capullo, soñara en una forma de escapar: únicamente debía recordar las palabras de un hechizo de transportación. Y si no, era posible dirigir el rumbo de Conchita y el reportero para que la salvaran, aunque si esto fuera el caso, durante el

proceso uno de los tres debería morir.

El balance de las fuerzas era excelente. El bien tenía a Gaffé libre, al Xanto en inmejorable forma. El mal a su campeón, y al *Visitante* destrozando la Realidad. Pero los Convocantes estaban libres, por ello era necesario brindarle más fuerza al Enmascarado. La Amenaza Roja tuvo la extraña impresión de que la máscara del Xanto brillaba casi con luz propia. La capa parecía chisporrotear llena de poder, el avance del luchador era impecable, implacable, nada podía detenerlo, nada frenar su avance, por ello a la *Amenaza* le sacó tanto de onda que el Xanto cayera en un pozo que no debería estar a mitad de la calle, desapareciendo de su vista.

El *Visitante* admiró su obra. Todo pendía de hilo: el eterno instante, la calma antes de la tormenta.

El momento justo para empezar la acción.

XLII

Hay cosas que no se planean al levantarse por la mañana, como aferrarse con una mano del techo, suspendido sobre un montón de butacas ocupadas por los Convocantes. Gaffé subió a la azotea cuando se dio cuenta que era imposible pasar desapercibido con un montón de ecos visuales, ligeramente desfasados, siguiéndole los pasos. Aún podía verlos, saltando trabajosamente los 25 centímetros que separaban al edificio de junto del cine Variedades, pisando la podrida azotea, la cara de sorpresa al ceder el piso, el manoteo desesperado por agarrar cualquier cosa antes de caer, su balancear lento sobre el precipicio. Bonito fin, cuasi suicidio sin haber hecho nada para amargarle un poco la victoria al *Visitante*, porque hay que reconocerlo, el Ser había ganado. No existía ceremonia capaz de destruirlo. Ninguna que Gaffé supiera. Creyó que las Puertas del Tiempo tal vez pudieran acabar con él. Una posibilidad: cuando los ecos visuales se volvieran reales, cuando los tiempos se unieran, bastaba con cambiar algo del pasado, como, por ejemplo, impedir que Augusto descubriera el modo de traer al Ser, y el Cambio sería otro, o desaparecería en la nada. Todo hecho es sucesivo, uno detrás de otro, y unir los tiempos para la destrucción permitía la creación de paradojas: evitar los eventos que lanzaron a las presentes circunstancias. Tan sencillo como eso. Tan imposible. Para penetrar a través de la Puerta del Tiempo antes debía destruir al *Visitante*. Lo cual era imposible. Ningún libro explicaba el cómo, sólo hablaban del Equilibrio. El Equilibrio era necesario para alimentar la ruptura de la Realidad.

Gaffé imaginó que se soltaba. Caería sobre, al menos, un par de tipos allá abajo y, los mataría. Excelente, nunca le agradó la idea de morir solo. Los Convocantes reunidos en el cine oirían un grito desgarrador (¿qué caso tiene bajar hacia la muerte si no lo anuncia uno con suficiente brío?) y una columna descendente de imágenes con cara aterrorizada cuyo final sería una bolsa de sangre y huesos esparcida en el suelo. Los conocía, esa caída era el tipo de cosas que consideraban sumamente graciosas. No en balde estaban ahí esperando su boleto para entrar a un infierno privado dirigido por ellos: el Umbral. Aguardaban la sangre, la muerte y el sufrimiento como un espectáculo incansable. Y él sería el primer número. Una forma tan buena como cualquier otra de alegrarles el día. No, masculló, tensando los músculos. No podía permitirselo. El heroísmo se alcanza, muchas veces, tratando de amargarles a otros la existencia. Sin saber de dónde sacó fuerzas, el esotérico se alzó a sí mismo fuera del peligro. Miró a todos esos hombres y mujeres allá abajo. Eran proyectos de verdugo, esbozos de tiranos, demasiado tímidos para tratar de imponer sus visiones enfermas al mundo, por ello se deshicieron de la Realidad y pusieron su oasis de torturas. ¿Por qué no demonios se dedicaron a conquistar a la humanidad? Pidieron la intervención más extranjera que pudieron encontrar. Traidores. Gaffé no ignoraba que fue parte de ellos, que reclutó a la mayoría.

Pero me he limpiado, se dijo. Ya no me importan sus planes. El Cambio me

transformó, pero no lo suficiente, encontré a mi padre y aún lo odio, pero sé que está muerto, y que yo sigo siendo yo, y que ninguna Realidad devastada me puede librar de él. No importa. Puedo vivir con ello. Ya no debo demostrarle nada. Sólo era un norteño con mal genio. La última huida fue la definitiva. Yo soy Gaffé. No lo que mi padre quiso, pero soy yo. Al fin en paz. Casi en paz. Debo herirlos definitivamente, devolverles la medicina envenenada que me vendieron: la solución a todos mis problemas no estaba con el Visitante.

Caminó lentamente por el techo, lleno de hormigas blancas. Estaban a punto de incendiarse. Pero no hasta que los Convocantes estuvieran a salvo en su Umbral.

Gaffé escuchó un sonido atrás de él, un susurro de un millón de hormigas cayendo, quiso volverse a ver qué habían ocultado, pero un golpe en la espalda lo inmovilizó, la extraña, terrible sensación de que algo penetraba en su cuerpo, avanzaba por su estómago, salía por el frente. Bajó la vista para mirar una varilla afilada saliendo de él mismo.

Esa era otra de las cosas que no había planeado al levantarse por la mañana.

XLIII

Equilibrio: un Gaffé menos exigía una Aurora más. De pronto la mujer se encontró libre, mirando un absurdo cielo donde no había más que una estrella. Algol estaba en el cenit. Era el momento de la destrucción. El cielo se llenó de grietas. Aurora se levantó de un salto abandonando un capullo desgarrado, mientras trataba de ubicar dónde se encontraba. Bastó con que mirara detrás de ella. El *Visitante* se erguía sobre el zócalo como una malévola montaña. La mujer dudó entre lanzarse a darle patadas al Ser o huir para planear una estrategia. Pero ya no había tiempo de estrategias. No cuando un millón de imágenes de sí misma se levantaban interminablemente del capullo roto. Se veían demasiado sólidas para ser un producto de su imaginación. Faltaba poco para que fueran reales, más que un eco. Supo que, en cuanto fuera posible sentir el tacto de una de ellas, todo habría terminado.

La ciudad también estaba rodeada de sus ecos visuales, imágenes desfasadas de sí misma internándose en el pasado. De seguir el rastro de Auroras que dejaba atrás podría revivir los días de su vida, retrocediendo años, era posible ver todas las decisiones que tomó, los momentos más importantes. De desearlo podría ver su niñez, observarse como una bebé, como el vientre hinchado de su madre, el instante preciso en que fue concebida en la oscuridad. Había algo de terrible en ello. De desearlo podría ver la vida de todos los demás, seguir el rastro de Arturos Villalobos, los momentos que lo convirtieron en lo que era, todos somos productos del pasado y el pasado estaba reviviendo en ese instante aterrador.

Aquí estamos, desnudos ante el mundo, enseñando nuestras heridas. Heridas de ayer, hechos que nos marcaron. Obsérvenlas, véanse. Miren sus vidas insignificantes entrelazadas con millones de existencias efímeras. No hay nada más obsceno que el pasado desenterrado.

Aurora estaba libre y no tenía la menor idea de qué hacer a continuación. Fue una suerte, porque el suelo se abrió bajo sus pies decidiendo por ella.

La Amenaza Roja le echó una buena mirada al pozo, era negro, profundo, y no se veía el fondo, como todo pozo que se aprecie de serlo. Buscó con la mirada una cuerda, un modo de bajar hasta donde se encontraba el Xanto. La boca del pozo pareció abrirse bostezando, antes de poder huir, la nada estuvo bajo sus pies.

Así es como se siente que una trampa se abra bajo uno, pensó.

No supo si gritó porque el grito quedó allá arriba, suspendido en su espanto, y él no pudo hacer más que descender.

—Van hacia abajo —dijo Conchita mirando cómo las arañas se hundían en las atarjeas, una inundación viva, negras aguas formadas por millones de insectos pululantes.

Acevedo metió la mano en ese líquido, buscando la tapa de metal, la levantó mirando en su interior. Por las paredes internas rezumantes de líquidos y desechos sólidos los arácnidos bajaban en apretadas filas, con un rumbo preciso, ocultando, casi, unos travesaños de acero que servían para hundirse en esas profundidades. El olor a cloaca llenó los pulmones del reportero.

—Puebla no tiene cloacas de este tamaño —afirmó.

—Ahora sí —dijo Conchita, preparándose a bajar.

El reportero la tomó de un brazo, mirándola a los ojos.

—Puede ser peligroso (*¿con arañas asesinas, con demonios dimensionales y todavía adviertes que puede ser peligroso?*). No bajes.

Ella simplemente adelantó el rostro y le dio un beso.

—Déjame intentar salvarte.

Luego se sumergió en la corriente.

Acevedo se quedó un segundo desconcertado. ¿Intentar salvarlo? ¿No debía ser al revés, no debería tratar él de salvar a su mujer? Sí, los dos tenían que salvarse de la oscuridad y el peligro. Ella estaba ahí sobre todo por él, para librarlo de la imagen del hombre amarillo. El secreto de un amor eterno es enamorarse a cada momento del compañero. Conchita se veía adorable descendiendo entre cosas oscuras, hundiéndose en cloacas que no deberían estar ahí. Para no ser menos, también dispuesto a todo por ella, Acevedo le tomó un par de fotos y la siguió de inmediato.

Unos instantes después, se escuchó un fragor terrible, un resplandor que destrozó las sombras, el avance de una ola de calor secando todos los árboles, agrietando las paredes, incendiando las pinturas, destruyendo cientos de edificios. Los pocos sobrevivientes miraron hacia el cielo y vieron una columna de fuego elevándose desde la ciudad, un hongo de fuego lleno del estruendo del holocausto.

El Umbral se había abierto. El Umbral se había cerrado.

Las hormigas del Cambio empezaron a arder, multiplicándose.

XLIV

Ni me dolió, dijo Gaffé, qué curioso. O mejor dicho, el dolor era tanto que dejaba de existir. El zombi que lo hirió, lo transportaba agarrándolo de un pie. Pretendía llevarlo hasta la pantalla de cine, exhibirlo ante la que había sido su grey. Iban bajando una escalera interminable, rebotando en cada peldaño, atorándose muy de vez en cuando la varilla que lo había atravesado.

Podías habérmela sacado, no, mejor no: cubre la herida, en cierto modo conservo la integridad de mi cuerpo, que no vean mi interior, ni mis órganos sangrantes. Por eso tapan a los muertos. Es lo único que se puede brindar a quienes lo han perdido todo: un poco de intimidad.

Sólo un poco. Todos iban a verlo, pasarían junto a su cuerpo. La pantalla era la puerta hacia el Umbral donde iban a reinar los Convocantes.

Adiós, adiós, no me pesa quedarme, desangrándome. Es más digno que ir a buscar las fantasías de escape. Porque eso hacen, huyen de aquí, escapan con el rabo entre las patas de un mundo que era demasiado para ustedes. Prefieren destruirlo a salvarlo, hacerlo polvo a evitar que volviera a realizar las mismas injusticias que hizo con ustedes. Egoístas, nada les importa más que sus personas. Que todo lo demás desaparezca si ustedes están bien. Adiós, será un placer no volverlos a ver.

Una multitud de Gaffés dejaba un rastro de sangre tras de sí.

Nada más eso voy a dejar. No pude hacer nada, ni golpear al Visitante, ni derrotar a Augusto César, ni ayudar a las fuerzas del bien. Nada.

Eso le dolía más que la herida. La conciencia de que había sido un simple zombi el que había derrotado al general de las fuerzas del bien. Ni siquiera en medio de una batalla épica. Lo había golpeado por la espalda, indignamente. No importaba la trascendencia cósmica de su rango, un simple peón podía destruirlo mediante un arma. Eso era duro de aceptar.

Parte del Equilibrio.

Equilibrio.

La palabra empezó a punzar en el fondo de su mente. De pronto lo dedujo todo: supo que la batalla final no era tanto un choque de fuerzas sino el delicado temblor de unas balanzas. El motivo por el qué había sido traído el Xanto, el Luchador de las Multitudes desde las plateadas imaginerías del cine:

Porque podía ganar.

Porque parecía que no iba a ganar. Porque siempre fue un héroe devaluado.

Todos sabían de su fuerza y su poder, y sin embargo dudaron de su eficacia. Hasta quienes lo convocaron. Gaffé no esperó que fuera a rescatarlo de sus retrofantasmas. En esos momentos en que todo parecía perdido, el Xanto...

—... podía ganar —dijo Gaffé cuando lo arrojaron a los pies de la pantalla blanca. Vista desde el piso, elevándose en la polvosa oscuridad del cine, ciertamente

parecía la puerta hacia otro mundo.

¿Qué esperan? ¿Por qué no entran al Umbral si las hormigas se están impacientando?

Faltaba Augusto César. Era necesario uno de los hombres del Poder Primario para abrir la Puerta del Umbral. Gaffé sabía hacerlo. Tuvo en sus manos el Poder Primario del Bien.

Sonrió, manchándose de sangre, hizo un par de gestos en la silenciosa oscuridad. De pronto, sus manos se llenaron de luz. Trabajosamente se puso de pie y encaró al montón de espectadores que miraban, desde sus butacas, como el esotérico se levantaba con una lanza atravesando su cuerpo y las manos llenas de poder.

Gaffé dijo un par de frases blasfemas, hizo unos cuantos pases mágicos, ni siquiera tuvo que sacrificar a nadie para abrir la última llave. Tomó la sangre que caía de su propio cuerpo en el cuenco de sus manos y lo arrojó a la pantalla. Los Convocantes empezaron a ponerse de pie, sorprendidos. Gaffé estaba abriendo el Umbral. Muriéndose lo estaba abriendo.

La pantalla blanca se desgarró mientras que una luz que no provenía de nada de esta dimensión inundaba al cine. Gaffé podía sentir la magia recorriendo el cuerpo, limpiándolo de culpas. Estaba bien lo que estaba haciendo, sonrió a sí mismo, era lo que estaba buscando: una manera de justificar su fin.

Riéndose desgarró la membrana que separaba los mundos. Allá, a lo lejos, podían verse los campos de muerte, la lava hirviendo, castillos con oscuros estandartes ondeando en el fresco aire.

Las piernas de Gaffé estaban muertas, pero la magia lo mantenía erguido. Poderosamente de pie.

Vale la pena. Morir así vale la pena.

Las hormigas se prepararon. Había llegado el momento de reproducirse, faltaban unos instantes para que se autoincendiaran orgiásticamente, para empezar a volver cenizas al mundo.

—¡EL PARAÍSO, SEÑORES! —gritó Gaffé, y su voz retumbó en el enorme local cerrado—. ¡AHORA LO VEN...!

Gaffé cerró los puños y cruzó violentamente los brazos delante, una señal clara, la última, su pase mágico final:

El signo de cierre.

—¡... Y AHORA NO LO VEN!

Los Convocantes vieron cerrarse las puertas del Umbral en sus narices.

Las órdenes de las hormigas eran sencillas: encenderse en cuanto se cerrara el Umbral.

La última imagen que la Realidad ofreció a los Convocantes, antes de ser consumidos en el fuego que ellos mismos habían llamado, fue la de Gaffé cayendo muerto sin dejar de reír.

XLV

El Xanto nunca ha sabido volar, ¿qué caso tiene saber volar si se sabe caer?

Al término de su larga trayectoria hacia las profundidades, el Enmascarado dejó sueltos los músculos y en cuanto tocó tierra empezó a rodar para amortiguar el golpe. La línea de impacto destrozó sus zapatos y empezaba a hacerle polvo los huesos de los pies cuando el luchador ya giraba sobre sí mismo dejando que la inercia cayera de sus hombros, sacudiéndose las fuerzas físicas que, lógicamente, deberían haberlo matado por el descenso. Se puso de pie con un revoloteo de capa y miró a su alrededor.

Una cueva. La máscara del Xanto brillaba débilmente en esa oscuridad inmensa, reflejando una invisible luz lejana y enorme, de alguna manera conectada al resplandor de un tranquilo mediodía en esa noche del Cambio.

La cueva retumbó, mientras algo emergía lentamente entre la roca: un ser dual. Un humano de un tinte amarillento, con el aspecto enfermizo de un desahuciado y a la vez tan poderoso como una montaña, firmemente apuntalado por las venas negras que cruzaban todo su cuerpo, un exoesqueleto dúctil que no dejaba de palpitar y derramarse sobre el cuerpo amarillo, como si portara un traje hecho con líquidos primordiales. Y en vez de rostro había más de esa substancia formando una máscara llena de picos, rematada con una cabellera viva, con dientes y navajas y ojos sanguinolentos. El Luchador Oscuro.

Augusto César Rojas, inmenso en las profundidades del Mensajero, poderoso físicamente por primera y única vez en su vida comprendió que el pensar con los músculos permite olvidarse de la mente y de sus complicaciones un buen rato, *quédense ahí traumas, dolores, recriminaciones, mato al Xanto y regreso*. No había espacio para nada más que la batalla.

Con un grito de guerra que siempre deseó lanzar, el Luchador Oscuro inició el ataque.

El Xanto adoptó de inmediato la posición de defensa. Asentado firmemente en sus piernas, flexionó las rodillas, preparó los brazos para recibir el cuerpo que se venía encima a toda velocidad, y adelantó la máscara. Estaba listo, preparaba su estrategia de lucha: defenderse como podía y a ver qué pasaba. El Luchador Oscuro dio un salto dejando impresas en las rocas sus huellas al tomar impulso. Se elevó como si no tuviera nada que ver con la gravedad terrestre y cayó hacia el Xanto con el silbido característico de las bombas.

El Xanto lo esperó sin moverse, no hasta el último momento en que se hizo a un lado, dejando que Augusto César se estrellara contra el piso. El Luchador Oscuro lo atravesó sin esfuerzo, haciendo un boquete de impacto que lanzó cascote y al Xanto fuera de ahí. El Oscuro se levantó, furioso, y antes de que pudiera hacer nada tenía ya al Enmascarado apretándole la garganta mediante una llave de caballito. Eso habría bastado para inmovilizarlo si no fuera porque el Xanto se había apoyado en el líquido

oscuro que de inmediato empezó a morderle las manos, arrancando pequeños trozos, mientras que la cabellera se expandía buscando la cara del Xanto, cada cabello era un zarcillo rebosante de veneno. El Xanto se apoyó en la columna vertebral de César y se lanzó de espaldas sin soltarlo, impulsándolo hacia una pared en donde el líquido oscuro salpicó, sorprendido, formando la silueta clásica que hace un dibujo animado al estrellarse. De inmediato se solidificó de nuevo en César, el cual desgarró con las manos un pedazo de pared y lo lanzó contra el Xanto que se dejó caer para esquivar esa roca que lo habría decapitado de haberse quedado quieto. El Luchador Oscuro venía detrás de la roca y le cayó encima al Enmascarado con la fuerza suficiente para hundirlo contra el piso. Tomó vuelo, dejándose caer de nuevo, y volvió a elevarse para repetir por tercera vez el golpe cuando el Luchador de las Multitudes giró sobre sí mismo y elevó una pierna para que la tráquea de César fuera a estrellarse contra su bota aprovechando el impulso para tratar de arrancarle la cabeza al jefe de los Convocantes. El hueso del Luchador Oscuro tronó con un chasquido y de inmediato el líquido le formó un nuevo cuello, lleno de clavos, como collar de dóberman. El Xanto se puso de pie y saludó a su enemigo como si alguien los acabara de presentar, brindándole su mano, César estiró la suya en un movimiento reflejo que el enmascarado aprovechó colgándose de ese brazo como si fuera una liana, lanzando una patada al mismo tiempo contra las piernas de su contendiente sacándolo de balance y lanzándolo al otro extremo de la cueva. El Oscuro rebotó dos veces contra el piso antes de detenerse el tiempo suficiente para que el Xanto pudiera lanzarse sobre él, usándose a sí mismo como arma, lanzando 88 kilos de luchador bien macizo para aplastarlo definitivamente, buscando romper alguna costilla. Se rompieron todas hundiéndose aún más el escuálido pecho de Augusto César. Pero El Oscuro no estaba derrotado. Lanzó hacia su atacante un brazo lleno de navajas formadas por el líquido negro, las cuales se doblaron todas al chocar contra la máscara del Luchador de las Multitudes. Con un gesto desesperado Augusto se aferró a los orificios oculares de la máscara, como quien se agarra a la proverbial tabla de la salvación. Tenía que ganar, su reflejo lo reclamaba, se lo debía. Con un gesto que habría partido en dos un tráiler, César apoyó un codo en el pecho del Luchador de las Multitudes y jaló la máscara.

Se escuchó un desgarrar terrible, un destello de luz y luego nada, el Xanto fue lanzado hacia la oscuridad de la cueva.

César miró lo que tenía en las manos y no pudo creerlo.

Ahí, desgarrada, estaba la máscara. La cara, ahora desecha del Xanto.

XLVI

Diez minutos. No más. La Amenaza Roja lo supo en ese instante, a la humanidad le quedaban diez minutos de vida. Para entonces el *Visitante* habría atravesado las Puertas para destrozar el ayer a dentelladas. Tenía 600 segundos exactos para salvar al mundo. Pero el mundo debía esperar a que la *Amenaza* acabara de caer. Iba a tardarse poco, a pesar de sus esfuerzos. Las raíces en que se aferraba cedían muy fácil, las pocas piedras de las que pudo agarrarse se desmoronaban un segundo después. Después de un declive por demás lleno de grava, la *Amenaza* aterrizó y se quedó viendo el techo mientras su reloj interno (lo único, al parecer, que había salido bien librado de la caída) le decían que ahora faltaban sólo 570 segundos para el fin.

Acevedo se soltó de los peldaños, dejándose caer sobre algo que parecía un pulpo esperando al final de las escaleras un bocado. Conchita lo miró pasar junto a ella antes de desaparecer en medio de una masa gelatinosa que se deshacía con un sonido viscoso. *Fue como asesinar una cama de agua*, se dijo el reportero mientras se miraba nerviosamente la muñeca. No había ningún reloj ahí, pero supo que faltaban 550 segundos para que el dolor de cabeza, el hechizo, y el inextinguible amor que le profesara a Conchita dejaran de importarle. Debía decidir si les daba tiempo para hacer por última vez el amor o seguían internándose en esa terrible oscuridad. Empezó a quitarse la ropa, pero Conchita le dio un pequeño beso y un argumento irrefutable para continuar en busca de la venganza. Susurró un número: 510.

Augusto César echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada con el tono que deben lanzar los vencedores. Carcajadas como murciélagos enloquecidos que giraban alrededor de una torre oscura. Pero debió saberlo, ese el momento justo para que alguien lo golpeé por la espalda. Un luchador que no era Xanto, el desenmascarado. La Amenaza Roja, sin poderes paranormales se le fue encima con un absurdo grito de guerra:

¡CUATROSCIENTOSTREINTAAAAAAAAAAAA! Estrellarse contra Augusto fue como tratar de derribar un edificio con un empujón. César dejó caer la máscara del Xanto con un gesto indiferente y se lanzó sobre la *Amenaza* que hizo lo que hace todo buen luchador ante un enemigo inamovible: se echó a correr, tal vez buscando las cuerdas para rebotar en ellas y lanzarse de nueva cuenta al ataque, pero no había cuerda alguna, sólo un muro impenetrable de roca donde fue arrinconado. Augusto aferró al luchador para después lanzarlo al otro extremo de la cueva. La Amenaza Roja se encontró volando, sin tener manera alguna de detenerse, excepto la pared del otro extremo. Se retorció en el aire tratando de esquivarla, de hacerla a un lado con los brazos. Pudo ver, con la terrible perspectiva de lo inevitable, cómo sus manos se quebraban con un chasquido seco, un segundo exacto antes de estrellarse él mismo contra ellas. Escuchó un crujido incesante de ramas, un haz de leña hecho polvo. No quiso decirse que era el sonido de sus huesos, tenía tantos... Aún trató de darse vuelta y enfrentarse a Augusto César, pero lo único que hizo fue desplomarse, casi

majestuosamente, en el frío piso del lugar. Cayó sobre la máscara del Xanto, ocultando su brillo. En la total oscuridad pudo oír una risita satisfecha del jefe de los Convocantes. Él no merecía carcajada alguna. Lo buscaba para rematarlo. No tendría que molestarse. Ya había hecho lo suficiente. La única sensación que tenía (aparte del dolor) era una ligera calidez que le trasmitía la máscara bajo él. Era el calor amable de los brazos amorosos de su esposa, protegiéndolo de la oscuridad. ¿Qué fue de ella? ¿Qué fue de todos allá arriba? Quiso despedirse de su mujer, disculparse por no morir a su lado, estaba ocupado salvando al mundo, pero ya no, tenía ahora todo el tiempo para decirle adiós, 380 segundos enteramente suyos. En medio del dolor eran demasiados, pero la calidez de la máscara decían que eran muy pocos. La máscara del Xanto sin el Xanto era una señal de muchas cosas, todas ellas terribles. También quería despedirse del Luchador de las (posiblemente extintas). Multitudes, al igual que él debió haber hecho su mejor esfuerzo. Al parecer no significó nada ni cambió en modo alguno el rumbo del holocausto, pero al menos lo habían intentado. Era un buen epitafio para todos los héroes derrotados: AL MENOS LO INTENTARON. Ni siquiera iba a quedar un solo sitio donde grabar esa sentencia en una bonita lápida. El Luchador Oscuro se detuvo a su lado, preparando el golpe final. La *Amenaza* se dijo que era, 360, el momento justo para un milagro, pero la máscara en su mano afirmaba que los milagros se habían terminado. Entonces se escucharon pasos. Ambos contendientes giraron la cabeza para ver quién se acercaba y fue cuando el mundo se llenó de la luz blanca, increíblemente pura, de un *flash*. Acevedo al fin tenía una placa fotográfica del tipo que le había metido un hechizo en la cabeza, del responsable de decenas de cuartos ensangrentados, de una ciudad devorada, del fin de la humanidad. El hombre amarillo retrocedió lentamente. *Le tiene miedo a la luz*, se dijo el reportero, mientras sacaba otra foto. *Toma, desgraciado, otra más, sonríele al pajarito, infeliz*. La batería del *flash* aguantaba. Tal vez lo estuviera matando. El Mensajero y César apenas podían ver, pero entre resplandor y resplandor observaron a un hombre sucio aferrando una cámara como si fuera una cruz y ellos un vampiro, y atrás una mujer madura blandiendo ruda y lanzando maldiciones verbales que 50 años de vida y tres vecindades enseñaron a hacerlas casi físicamente venenosas, lucían casi invencibles, tal vez por ello se sorprendieron tanto de que el Luchador Oscuro diera un ligero revés que rompió la cámara en mil pedazos, porque no era el *flash*, ni ellos el motivo por el cual retrocedía el Mensajero, dejando atrás a su víctima más reciente, abandonando en las sombras a la Amenaza Roja que había rodado sobre sí y brindaba (una estafeta, un símbolo, el poder) la máscara arrancada, intensamente blanca en la oscuridad, a alguien que no era ni Conchita, ni Acevedo: una silueta surgida del fondo de la cueva, dispuesta a continuar la lucha que la *Amenaza* había perdido. Un hombre que tomaba la máscara, la sacudía un poco para quitarle el polvo y estaba poniéndosela, iluminando con su resplandor el lugar, con los fuegos primordiales del Poder. Xanto, el Luchador de las Multitudes, reclamando lo que era suyo, volvía a colocarse su rostro, y lo miraba intensamente por los

agujeros de la destrozada tela. Abajo de ella, a través de las múltiples desgarraduras, no se veía la piel de Arturo Villalobos, porque abajo había (¿cómo olvidarlo? ¿cómo si era tan lógico, tan propio del personaje?) otra máscara, y abajo otra, y abajo habría muchas más. Porque el Xanto no era un simple hombre, ni siquiera el luchador técnico ídolo de las multitudes. El Xanto era el Contrincante, una fuerza capaz de derrotar al Ser, de destruir a la Destrucción que se cebaba allá arriba con el mundo. Fue entonces cuando Augusto César Rojas supo cuál fue su papel en todo ese asunto: carne de cañón, y entonces el número (300) presionando en su mente tuvo un significado. Era todo lo que valía. Los segundos que debía hacer que el Enmascarado gastara matándolo. Ya no habría, nunca hubo, oportunidad para la venganza. Entonces estuvo claro otro punto de los hechos, en cuanto vio que el Xanto no estaba ni siquiera herido comprendió a qué se referían los textos blasfemos cuando hablaban del Equilibrio. Entonces tuvo un atisbo del plan del *Visitante*, del complicado juego de ajedrez y estrategia en el que estaban atrapados en ese instante. Comprendió al mismo tiempo muchas cosas: que la imagen del espejo había sido un señuelo, que Aurora fue una zanahoria para hacerlo seguir ciegamente el plan, el cual, en sí era bastante sencillo: el Xanto no debía enterarse que era posible ganar. Augusto César contra su voluntad empezó a avanzar a grandes pasos para enfrentarse al Luchador de las Multitudes, pero no era él, sino el Mensajero el que se lanzaba a la batalla, estaba de pasajero junto con un piloto kamikaze, lo comprendió en cuanto se desvió un poco para quebrarle el cuello a la Amenaza Roja que ya esperaba algo así. El dolor último, la muerte no fue suficiente para ahogar el sentimiento de que, en cierta forma, había ganado: fue tan perfecto el momento en que le brindó al Xanto la máscara... Sólo quedaban 268 segundos. *Espera, espera, espera* gritaba Augusto César a su cuerpo el cual no le hizo el menor caso. *¡Xanto!*, gritó, *¡SE COMO DETENER AL...*, nadie supo qué dijo después porque el Mensajero le inundó la boca, sumergiéndose en sus pulmones. Un ser humano tarda seis minutos en morir asfixiado, Augusto se consoló al decirse que no tenía tiempo para morir así. Al comprenderlo, el Mensajero lo abandonó de inmediato justo en las manos de Acevedo y Conchita. En un segundo era un monstruo poderoso e imbatible y en el siguiente un hombrecillo con las costillas rotas a merced de sus enemigos. *¡Sé cómo derrotar al Visit...*, empezó a decir antes de que se diera cuenta de que alguien lo había apuñalado con un manojo de ruda. *Que interesante*, podría haber pensado. Después de todo había otro método para herir a los seres rodeados de la magia. Eso era nuevo. Lo estaban matando como quien limpia un aire, destruyéndolo a base de huevos, blanquillos que le oprimían en la frente mientras le arrojaban humo de cigarro en la cara. Quiso decir algo, pedir un poco de tiempo, pero el tiempo se había terminado, la última sensación (*me mataron*) se desvanecía, la última oportunidad de explicarle al Xanto cómo podía salvar al mundo. En cierta forma se sentía raro de estar tan vulnerable. De no haber existido nunca un Augusto César Rojas nunca nadie podría haber reunido a los Convocantes, abierto los Sellos, él, con los estudios que nadie se atrevió o imaginó hacer, él era la

única pieza vital en el proceso, un Einstein esotérico que comprendió la fórmula de la relatividad de las dimensiones del caos, un genio. Tanta gloria, tanto poder no podían terminar así. Pero terminaban justo así. No podría haber imaginado el terrible esfuerzo que significó para Conchita y Acevedo matarlo, porque ya no era él su víctima sino su amor. Estaban destruyendo junto con Augusto lo único que había tenido sentido en sus vidas. Adiós momentos en los que ellos ya no eran ellos (una mujer al final de todo, un hombre sin esperanzas) sino un par de absurdos amantes cuyo universo tenía sentido porque terminaba en el límite común de sus pieles. Se miraron un segundo eterno antes de romper un último huevo en un vaso de agua, el paso final para terminar con el hechizo de César. En cuanto vieran la imagen contenida en la yema caerían las escamas de sus ojos y ya no estarían obligados por la magia a amarse. No se atrevieron a besarse porque sabían, que entonces, se detendrían. Ni siquiera se tocaron o susurraron un adiós, se amaban demasiado para hacerlo. Conchita rompió el blanquillo y en el vaso no cayó ninguna yema, sólo vidrio molido: el último hálito vital de los Convocantes. Conchita soltó el vaso, se escuchó un absurdo tintineo alegre al romperse, enmarcado por el estruendo del Xanto y el Mensajero enfrascados en una lucha a muerte que estaba ganando el Enmascarado. Acevedo no quería mirar a la mujer, por primera vez en su vida se dio cuenta qué tan terrible puede ser el don de la vista, bastaba un rápido vistazo para saber que su amor se había terminado. Ver la cara de la mujer que había amado demandó todo su valor, jamás dudó en asomarse en atrocidad alguna y ahora ese rostro era una prueba que debía pasar. Levantó la vista y la fijó en ella que lo miraba intensamente. Se quedaron inmóviles antes de empezar a reír, de abrazarse sin acabar de creer el milagro. Las escamas habían caído de sus ojos y aún así se encontraban adorables. Ella tenía mil arrugas y canas, y él mil detalles asquerosos y aún así se amaban. Tal vez el amor también tuviera inercia, y siguiera de frente aunque lo sobrenatural ya no lo impulsara. No importaba más que el tocarse, que el saberse cerca, eternamente unidos y mientras se besaban se prometieron con su aliento entrecortado, con el rápido roce de sus lenguas, que nunca se separarían y que serían felices el resto de su vida. Y lo fueron. 10 segundos llenos de felicidad sin fin que terminaron cuando el *Visitante* derrumbó sobre ellos la cueva, millones de toneladas sepultándolos junto con el Mensajero y el Luchador de las Multitudes.

XLVII

El *Visitante* espera, satisfecho, a que los últimos segundos de la humanidad transcurran. Se prepara para esa victoria que lleva preparando tanto tiempo que considera ya suya. Puede escuchar al Enmascarado cavando una salida que lo lleve ante él. Perfecto. El *Visitante* casi ha terminado de cruzar la Puerta del Tiempo. Los ecos visuales se están solidificando lentamente. Puede ver el maravilloso ayer de los hombres casi al alcance de sus garras. Aparecerá al mismo tiempo en todos los lugares y épocas, destruyendo a la humanidad, la existencia misma de ese mísero planeta. Otro triunfo. Casi triunfo, porque todavía se encuentra en los Umbrales de Tránsito, todavía es posible detenerlo. Y el Xanto, esa fuerza primordial convocada por el Cambio debe saberlo, sentirlo dentro de sí. Ahí, en la oscuridad del derrumbe es el momento justo para que se diera cuenta de que no sólo era un hombre. Ningún hombre podría haber sobrevivido al derrumbe de la cueva. Es Xanto, el Luchador de las Multitudes, quien ha impedido invasiones extraterrestres, dominios de licántropos, derrumbado imperios vampíricos. Un héroe que vino de la infancia de Arturo Villalobos, de recuerdos que causan a partes iguales nostalgia y embarazo por haberse dejado seducir por películas mal hechas. Pero el Xanto no era un sueño de tercera, sino un sueño necesario. Porque los héroes existen cuando han sido convocados, ¿qué importa que la Convocación se realice en un cine comiendo palomitas? El poder de lo Oculto sólo sabe que la existencia de los Dioses y los Héroes es directamente proporcional al número de sus creyentes e inversamente proporcional a su verosimilitud en el mundo normal. Entre más increíbles sean sus poderes más posibilidad de existencia tienen. ¿Y qué más increíble que un hombre pasado de peso, cubierto con una máscara enfrentándose solo al *Visitante*, el Devorador de Mundos?

El Final es siempre el momento más adecuado para acabar de resolver los rompecabezas, el momento justo para las respuestas incómodas. ¿Porqué el Xanto? ¿Y porqué Arturo Villalobos? ¿Por qué Gaffé convocándolos? ¿Por qué todo?

Porque así lo quiso el *Visitante*.

Ahí, bajo tierra, desgajando las rocas para poder salir, el Contrincante debería comprenderlo. En cada Cambio eran necesarios dos polos de igual magnitud: el Equilibrio.

El Xanto era tan poderoso como el *Visitante*. Siempre lo fue. Cualquier otro héroe convocado lo habría entendido de inmediato, pero no el Enmascarado, no cuando había sido lastrado con Arturo Villalobos.

Para Arturo, el Xanto no era un héroe sino una necesidad, el resultado de su infancia. Sabía que era falso y aún así lo admiraba. Porque era falso, por su falta de verosimilitud. Y cuando el héroe fue traído a la Realidad siguió creyendo en su falsedad. El enemigo estaba dentro del Contrincante, sin que ninguno de los dos (El Xanto, Arturo) lo supiera. No hasta ese momento en que ambos descubrieron que una ciudad caída sobre ellos no los había matado, no cuando el delicado Equilibrio (libre

ya de las comparsas: los Convocantes y el ejército de Gaffé) se decantaba hacia los dos Antagonistas que decidirían el destino de la humanidad. Cuando el Xanto saliera de los escombros debía ignorar que aún en esos momentos, aún cuando comprendiera que podía derrotar al Ser e imaginara cómo (escalando su forma monstruosa, tratando de arrancarle aquello vivo que daba el aspecto de ser la cabellera del *Visitante*) aún en ese momento el luchador debía desconocer el hecho de que seguía los hilos trenzados por el Devorador de Mundos.

Debía ignorar que continuaba siendo una marioneta.

XLVIII

La ciudad ardía. Las llamas giraban sobre sí mismas, crepitando, hablando su idioma de fuego. El cielo estaba a punto de ser incendiado por el calor. Los automóviles habían decidido que era el momento de contribuir al caos general y estallaban elevándose como si algo gigantesco les hubiera dado una patada en la cajuela.

Para entonces los sobrevivientes habían decidido que no querían tener nada que ver con un incendio tan esplendido y escapaban despavoridos sin detenerse a admirar lo hermosa que puede ser una ciudad ubicada en medio de una columna de fuego. Aunque tampoco se estaban perdiendo de nada. El fuego avanzaba detrás de ellos, derramándose por el mundo. Dentro de las llamas era posible escuchar el suspiro satisfecho de las hormigas del Cambio al reproducirse, billones de minúsculos orgasmos que estaban destruyendo al mundo. El oxígeno de la Tierra era devorado ferozmente por el incendio y la temperatura empezó a subir destrozando el delicado equilibrio atmosférico. Pero no importaba eso, ni los glaciales derritiéndose, ni los pingüinos encontrando, de pronto, tibio el hielo en el polo. No mientras el incendio continuara avanzando geoméricamente. Nada importaba porque ya no había sitio donde huir.

Pero incluso el incendio no se atrevía a entrar en territorios del *Visitante*. Dentro, el frío reinaba escarchando levemente la gigantesca figura que se levantaba sobre lo que había sido el zócalo de esa ciudad. Imbatible, invencible. El hielo en su superficie hablaba de su poder.

La devastación era su territorio y el desastre su trono.

Pero alguien, caminaba a su encuentro, una figura extraña aún en esos contornos. Un hombre solo que iba a enfrentarse con el Ser cuyo poder era casi infinito. Un hombre sin armas pero avanzando como si con él mismo fuera suficiente.

¿Y porqué no?

El hombre que se dirigía hacia la oscuridad donde moraba el *Visitante* no era otro que Xanto, el Luchador de las Multitudes.

XLIX

De una manera u otra ese sería el último enfrentamiento, la Lucha Final. No había tiempo para otra. Faltaban dos minutos exactos para que el pasado estuviera al alcance del *Visitante*. 120 segundos. 119. 118. 117. La capa del Xanto ondeaba levemente detrás de él. Surgiendo de entre un túnel de fuego era un digno representante de las fuerzas del bien. La máscara resplandecía con la pureza del día. A pesar de haber surgido de entre los escombros el Enmascarado no estaba sucio, cuando mucho un ligerísimo sudor cubría su cuerpo haciendo que brillara como si le hubieran untado aceite para remarcar cada músculo de su cuerpo, su algo prominente estómago. Parecía imposible adivinar alguna expresión en su rostro de tela, pero no había tal intensidad en sus ojos, en su avance, que cualquiera adivinaría que estaba dispuesto al todo por el todo.

El *Visitante* seguía petrificado atravesando los Umbrales de Tránsito hacia el ayer, segregando una saliva sobrenatural, mientras sus múltiples estómagos gruñían impacientes. Su forma seguía siendo la de una montaña inmóvil. Pero no estaba indefenso. A sus pies, esperando que el luchador estuviera cerca, había una figura. El último Mensajero. El encargado de la trampa final.

El Mensajero estaba formado por minúsculas astillas de vidrio, imagen reflejada y espejo al mismo tiempo. Era Augusto César Rojas, o mejor dicho, su falsa imagen, el motivo por el cual el jefe de los ahora fritos Convocantes había decidido enfrentarse a todo y a todos. El Mensajero estaba recargado indolentemente en una sombra que, a pesar de estar inmóvil, daba la sensación de estar descendiendo, cayendo de ningún sitio hacia ningún lado, moviéndose en su inmovilidad. Cuando el Xanto estuvo lo suficientemente cerca chasqueó los dedos y se pudo escuchar una tintineante nota que rompió la extraña sombra.

De ella cayó Aurora Roldán Parrilla.

En su larga caída la mujer había deducido gran parte del plan del Ser. Tan sencillo. Tuvo sentido, entonces, esa palabra que salía a relucir una y otra vez cuando buscaban la forma de terminar con el Cambio, de destruir al *Visitante*: Equilibrio.

Supo a qué Equilibrio se refería, supo por qué fue mantenida a salvo por el Ser cuando Gaffé fue derrotado: el *Visitante* necesitaba un contrapeso. Alguien contra quien luchar, algo que se le opusiera.

El Equilibrio lo exigía así.

Era la respuesta. Y si ahora estaba ahí, era para ser usada: era la carta definitiva para acabar con la humanidad.

Vio frente a sí al Xanto, increíblemente poderoso, dispuesto a la batalla. Supo entonces que eso era un error.

—¡Es una trampa! —gritó mientras le hacía una zancadilla al Mensajero pero no pudo derribarlo, su pierna golpeó el tobillo de vidrio y continuó su camino, pero su pie no. Había sido cortado limpiamente por el cristal. No tuvo tiempo de

sorprenderse, ni de sentir dolor. No tuvo tiempo de nada cuando el Mensajero le golpeó la garganta.

Un instante eterno. El Xanto y Arturo Villalobos dentro de él se quedaron ahí, de pie, sin acabarse de creer lo que estaba sucediendo. La forma en que la cabeza de la mujer que amaban rodaba hacia ellos.

Arturo gritó. El Xanto gritó. El Mensajero hundió las manos en sus bolsillos para sacar un diapasón. Lo golpeó contra el piso, dirigiéndolo luego contra sí. La vibración lo hizo polvo, desapareciendo de la escena con una carcajada de vidrio molido que tampoco se escuchó en el estruendo.

El último crimen exigía venganza. Sangre. Hacerle exactamente lo mismo al enemigo. Tenía exactamente 58 segundos para cortarle la cabeza al *Visitante*, el cual, a pesar de estar físicamente impedido para ello, estaba a punto de esbozar una sonrisa.

La victoria era suya.

XL

A los héroes se les pide lo imposible. No es otra su función: deben robar el fuego sagrado, apartar las columnas que sostienen continentes, vencer de dos a tres caídas sin límite de tiempo, o mejor dicho, cuando el tiempo está en su contra.

La especialidad de los héroes es hacer lo inconcebible, intentar vencer cuando todo está perdido. No importaba lo que hiciera el Xanto, el mundo y la Realidad habían sufrido tantas heridas que a pesar de que faltaban aún 33 segundos para el fin, estas eran mortales. Detrás del luchador los ecos visuales se estaban solidificando, sentían ya el calor, era posible adivinar la silueta monstruosa de la Puerta del Tiempo. El Xanto, de desearlo, podría atravesarla, era posible ver en ella las líneas temporales, los nudos de hechos que llevaron a ese momento. Podía ver el pasado de la Humanidad y todos los momentos vitales que llevaron a ese extraño hoy. Mil hilos, mil vidas. Sólo una era imprescindible para formar el Cambio: Augusto César Rojas. Fue posible verlo hablar con Gaffé en el pasado, buscar los libros del saber prohibido. Descubrir las claves en el blasfemo *La Vera Historia de los Bolcanes* y en el *Necronomicón Ilustrado*. Pudo ver una encrucijada temporal. Una pareja en un auto con un amplio asiento trasero, casi desnuda, a punto de realizar el coctel genético necesario para crear al hombre que destruiría la Realidad. Bastaba con detenerlos. Con impedir que hicieran el amor en ese momento. La ley de las posibilidades especificaba que sería sumamente improbable que fuera el mismo espermatozoide (el 50% de César) el que fecundara el óvulo dispuesto ya. Sin César y su genialidad en el esoterismo, todas las demás existencias involucradas en esa lucha seguirían sus vidas comunes y corrientes, Gaffé todavía un estudioso con sus retrofantasmas, la Amenaza Roja un luchador del montón, Acevedo y Conchita personas alejadas una del otro. Ninguna victoria es simple. Siempre hay víctimas, pero para llegar ante esa pareja en el auto, a ese tiempo pasado, debería ser destruido el *Visitante*. Y no había forma de acabar con él. Excepto el Equilibrio.

Mientras se lanzaban al combate ni Arturo ni el Xanto podían comprenderlo. Pero ellos dos estaban juntos. Formaban una nueva personalidad. Eran un Héroe. El *Héroe*. La humanidad dependía enteramente de él.

Y por fin se estaba dando cuenta.

¡Es una trampa! —dijo Aurora antes de morir. ¿Una trampa?

¿Qué trampa?

El Equilibrio. 20 segundos.

El *Visitante* sabía que el Xanto sería su Contrincante. Incluso era posible que el propio Ser lo escogiera. Muy bien ¿por qué? Para que no fuera tan fácil deducir que era tan poderoso como el Devorador de Mundos. Y esa cosa era invulnerable, del mismo modo que ahora el Xanto lo era. Pero no lo fue siempre. No cuando rescató a Gaffé de los multiseres y a la Amenaza Roja del fuego. El *Visitante* pudo mandar a sus esbirros a matar a Arturo Villalobos en cualquier instante.

¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué mantener vivo hasta el final al enemigo? ¿Por qué permitir que se enfrente a él en el último instante (16 segundos) lleno de fuerza?

¿Por qué arrojarle a la cara la terrible muerte de Aurora? Porque era necesario para el Equilibrio.

En cada Cambio a cada *Visitante* debía contraponerse un Contrincante.

¿Por qué?

¿Por qué dos fuerzas igualmente poderosas?

¿Qué se logra cuando juntas dos fuerzas de igual magnitud y en sentidos opuestos?

El Equilibrio.

El Xanto se detuvo en seco, Arturo Villalobos intentó aún dar dos pasos pero de pronto todo estuvo terriblemente claro.

El *Visitante* existiría mientras existiera el Contrincante.

Si uno faltaba no habría Equilibrio. Sería imposible el Cambio.

¿Y de dónde sacaban sus fuerzas ambos Antagonistas? ¿Quién hizo posible al Xanto en la Realidad y su fuerza? ¿La invulnerabilidad de ambos?

El Cambio.

De no existir el Cambio serían vulnerables.

Y el *Visitante* estaba en el Umbral de Tránsito, en medio de dimensiones. De acabar su vulnerabilidad en ese instante podía ser destruido.

Pero... ¿cómo acabar con el Cambio? Terminando con uno de los Antagonistas.

Por eso el Xanto realizó lo imposible (3 segundos), como todo Héroe hizo lo que nadie esperaba de él.

Por ello, por libre voluntad, se quitó la máscara (todas las máscaras que formaban su rostro) y dejó libre a Arturo Villalobos que se dejó caer de espaldas y golpeó el piso tres veces.

—Me rindo —dijo.

Y entonces el Tiempo cayó en pedazos a su alrededor.

El *Visitante* no gritó, no podía hacerlo atrapado en el terrible Tiempo Humano, no dijo nada (aunque lo hubiera dicho, era imposible entender su sintaxis), simplemente experimentó en sí mismo el dolor que había infringido en mil mundos, pudo sentir en aquello que él llamaba carne la terrible mordedura de la nada. De pronto, al tener casi a su alcance todas las épocas, todos esos años lo golpearon al mismo tiempo. La montaña sobrenatural que era, se llenó de grietas, de polvo milenario, cada segundo pesaba sobre él, cada instante. En cada era hubo un atisbo de su silueta, un miedo ancestral hacia lo desconocido, pero se disolvió en los evos, sin dejar rastro alguno.

El tiempo se llenó de grietas, el *Visitante* había atravesado casi las dimensiones de Tránsito, su disolución afectó la Puerta. Fue posible alcanzar el pasado durante un instante, una fracción de segundo. Arturo Villalobos, desde el piso, vio la oportunidad perfecta, el momento justo para lograr lo inconcebible, el *Deus Ex Machina* que sólo el Xanto podría lograr en el último instante. Tomó las máscaras que llevaba en la

mano y las arrojó con todas sus fuerzas (que no eran muchas) a través de la Puerta antes de que se cerrara, hacia el nudo temporal donde se gestó el holocausto. En un ayer diferente, en el pasado donde una pareja se disponía a hacer el amor, algo golpeó las ventanillas del auto, un objeto rompió el parabrisas bañando a los casi amantes en vidrio molido, una máscara de tela increíblemente dura, un montón de rostros del Xanto, el Luchador de las Multitudes. La pareja gritó, apagada toda su pasión, terriblemente desconcertada.

Las Puertas del Tiempo se cerraron.

Arturo se encontró rodeado del fuego, sin oxígeno que respirar. En el último segundo de la humanidad.

Un segundo que nunca transcurrió.

EPÍLOGO

¿Qué onda con el Xanto?

Últimamente he pensado mucho en él, tropezándome con su imagen una y otra vez en mis recuerdos. El Luchador de las Multitudes. Están pasando de nuevo sus películas en la televisión.

Despierto a medianoche sin motivo, sintiendo la oscuridad llena de enemigos. No es una sensación atemorizante. Al contrario. Despierto sonriendo, muriéndome de ganas por aplicarle a las sombras una llave al cuello. Pienso en el Enmascarado. En el sabor de la aventura que nunca he sentido. No desde que dejé de correr por los pasillos de mi casa, sosteniendo con una mano una toalla que hacía las veces de capa. No desde que dejé de ser niño.

Aunque Aurora afirma que nunca he dejado de serlo. No lo sé. No mientras dude cada día frente al espejo, después de bañarme, entre secarme o colgarme la toalla al cuello.

Miro al Luchador de las Multitudes enfrentarse contra Lorena Velázquez en la pantalla chica. Tengo algo en común con ese hombre e ignoro qué puede ser.

Tengo sueños raros, indefinidos, sin imágenes precisas. Tengo la impresión de que son, de alguna manera la explicación del extraño vacío que siento dentro de mí. Aurora afirma que lo único que demuestran mis sueños es que duermo demasiado.

Posiblemente.

Quisiera ser otro. Pero entonces nunca habría conocido a Aurora, mi vida hubiera sido otra. ¿Me daría cuenta de ello? ¿En las noches extrañaría una vida sedentaria?

El Xanto, en la pantalla, me mira a los ojos. He visto esa mirada antes. No sé dónde. Tal vez en una película anterior. Está a punto de irse: los malos han muerto y el bien se ha restaurado. El mundo a salvo una vez más. Los héroes no dejan que les den las gracias, desaparecen en sus refugios secretos no por timidez (El Xanto no es nada tímido) sino porque es terrible quedarse al recuento de los daños.

El héroe desaparece llevándose consigo el sentido que el peligro brinda a las rutinas. Deja atrás un vacío imposible de llenar. Ni con películas antiguas ni practicando llaves que nunca me salen.

Sé, sin motivo alguno, que debería sentirme contento por algo de lo que no tengo ni la menor idea de lo que sea. Miro el cielo lleno de estrellas y algo me dice que ello es un triunfo, los días iguales donde todo es normal. Observo el zócalo buscando (qué raro) una montaña y me digo que debo estar feliz porque no está.

Pero no puedo. No mientras no sepa por qué la mirada del Luchador de las Multitudes me es tan familiar.

Espero.

No sé qué, pero espero.

Aurora también. Puedo sentir que a veces se levanta para ver la noche como quien admira un territorio conquistado. Habla dormida.

Yo también.

A veces tengo la impresión de que en las horas muertas de la madrugada, cuando estamos sumergidos en el sueño, hablamos de algo que compartimos y no sabemos qué es. Nos comentamos los detalles de una aventura que, en la vigilia, no hemos vivido.

Creo que en esos momentos somos felices. Victoriosos.

Mientras tanto, espero.

Me detengo siempre antes de rasurarme, con la toalla en la mano, mirando mi rostro en el espejo empañado.

Viendo mis ojos.

He visto esos ojos antes... por supuesto que he visto esos ojos antes, quiero decir que los he visto en otro lugar que no es mi rostro.

Pero no puedo recordar dónde.



José Luis Zárate (Puebla, Puebla; 1966) es uno de los escritores mexicanos más reconocidos y respetados dentro del género de la ciencia ficción, aunque también ha desarrollado trabajos literarios de otros géneros. Su obra abarca ensayo, poesía y narrativa, y permite considerarlo parte de un movimiento renovador en la literatura mexicana de finales del siglo xx, que abandona el nacionalismo imperante hasta aquel momento y busca volverse más universal y cosmopolita.